Asturias - Kafka - Palma
Russell y otros

Antología del cuento extraño

3

Selección, traducción y noticias biográficas de
Rodolfo J. Walsh

Largos o breves, estos relatos tienen la característica común de describir insólitas experiencias o de situarse en un clima extraño en el que la realidad prosaica y cotidiana no halla cabida.

Lectulandia

AA. VV.

Antología del cuento extraño 3

Antología del cuento extraño - 3

ePub r1.0
Ascheriit 02.02.16

Título original: *Antología del cuento extraño 3*
AA. VV., 1976
Traducción: Rodolfo Walsh

Editor digital: Ascheriit
ePub base r1.2

1

El monstruo verde
Gérard de Nerval

GÉRARD DE NERVAL nació en París en 1808.

Espíritu de fuertes tendencias religiosas, que no lo logra encauzar y a las que en cierto modo sucumbe, se interesa sucesivamente por las leyendas orientales, la mística, el pitagorismo, el ocultismo. De esas raíces se nutre su obra. A partir de 1851 tiene repetidas crisis de desequilibrio mental, de las que hay amargo testimonio en *Aurelia*. Termina por ahorcarse de una viga del techo, en 1855.

Otros títulos: *Voyage en Orient*, *Les Filles de Feu*.

I
EL CASTILLO DEL DIABLO

Hablaré de uno de los más antiguos habitantes de París; antaño lo llamaban el diablo Vauvert.

De ahí nació el proverbio: «Eso queda en lo del diablo Vauvert. ¡Váyase al diablo Vauvert!». Es decir: «Vaya a… tomar el fresco en los Campos Elíseos».

Los porteros suelen decir: «Eso queda en lo del diablo de los gusanos», cuando quieren designar un sitio muy alejado[1]. Y la expresión significa que habrá que pagarles en buen dinero la comisión que se les encarga. Pero se trata además de una locución viciosa y corrupta, como muchas otras con las que están familiarizados los parisienses.

El diablo Vauvert es esencialmente un habitante de París, donde vive desde hace muchos siglos, si hemos de creer a los historiadores. Sauval, Félibien, Sainte-Foix y Dulaure han referido extensamente sus hazañas.

Parece que en los primeros tiempos habitó el castillo de Vauvert, que estaba situado en el lugar ocupado actualmente por el alegre salón de baile de la Chartreuse,

al extremo del Luxemburgo y frente a las avenidas del Observatorio, en la Rue d'Enfer.

Ese castillo, de triste celebridad, fue demolido en parte, y las ruinas se convirtieron en una dependencia de un convento de cartujos, donde murió en 1313 Jean de la Lune, sobrino del antipapa Benedicto XIII.

Jean de la Lune había sido sospechado de tener relaciones con cierto demonio, que quizá fuese el espíritu familiar del antiguo castillo de Vauvert, pues, como se sabe, cada uno de esos edificios feudales tenía el suyo.

El diablo Vauvert dio que hablar nuevamente en la época de Luis XIII.

Durante muchísimo tiempo se había oído, todas las noches, un gran ruido en una casa construida con escombros del antiguo convento y cuyos propietarios estaban ausentes desde hacía varios años. Y esto aterrorizaba bastante a los vecinos.

Fueron a prevenir al teniente de policía, quien envió algunos de sus arqueros. ¡Cuál habrá sido el asombro de estos militares al oír un tintineo de vasos, mezclado de risas estridentes!

Se creyó en el primer momento que eran falsificadores entregados a una orgía, y juzgándoselos numerosos por la intensidad del ruido, se ordenó ir en busca de refuerzos.

Pero después se estimó que el pelotón no era suficiente; ningún sargento se mostraba ansioso por conducir sus hombres al interior de esa guarida, donde parecía oírse el fragor de todo un ejército.

Por fin, al amanecer, llegaron tropas suficientes. Entraron en la casa. No encontraron nada.

El sol disipó las sombras.

Durante todo el día prosiguieron las búsquedas; después se conjeturó que el ruido procedía de las catacumbas que, como se sabe, están situadas bajo ese distrito.

Se dispusieron a entrar; pero mientras la policía tomaba las precauciones necesarias, cayó nuevamente la noche y recomenzó el ruido, más fuerte que nunca.

Esta vez, nadie se atrevió a bajar, pues siendo evidente que en el subsuelo no había más que botellas, debía ser el mismo diablo quien las hacía bailar.

Se contentaron con ocupar los alrededores de la calle y pedir rogativas al clero.

Los clérigos elevaron sinnúmero de oraciones e incluso echaron agua bendita, por medio de jeringas, a través del tragaluz de la bodega.

El ruido persistió.

II
EL SARGENTO

Durante una semana una muchedumbre de parisienses no dejó de obstruir las inmediaciones, espantándose y pidiendo noticias.

Al fin un sargento de la guardia civil, más audaz que los otros, se ofreció a penetrar en la bodega maldita, a cambio de una pensión que, en caso de fallecimiento, beneficiaría a una costurera llamada Margot.

Era un hombre valiente y más enamorado que crédulo. Adoraba a esa costurera, bastante elegante y muy económica (inclusive un poco avara), que no había querido casarse con un simple sargento desprovisto de toda fortuna.

Claro está que, al obtener una pensión, el sargento se convertía en otro hombre.

Alentado por esa perspectiva, el sargento exclamó que «él no creía ni en Dios ni en el diablo, y que daría razón de ese ruido».

—¿En qué crees, entonces? —le preguntó uno de sus compañeros.

—Creo —respondió— en el señor teniente de lo criminal y en el señor preboste de París.

Era mucho decir en pocas palabras.

Aferró el sable entre los dientes y una pistola en cada mano y se aventuró por la escalera. Cuando llegó al piso de la bodega, presenció el espectáculo más extraordinario.

Todas las botellas se entregaban a una frenética zarabanda, formando las más graciosas figuras. Los sellos verdes representaban a los hombres; los sellos rojos, a las mujeres.

E inclusive se había formado una orquesta sobre los estantes.

Las botellas vacías resonaban como instrumentos de viento, las rotas como címbalos y triángulos, y las que estaban cascadas imitaban la penetrante armonía de los violines.

El sargento, que había bebido varios cuartillos antes de iniciar la expedición, al no ver allí otra cosa que botellas, se sintió muy tranquilizado y empezó a bailar también por espíritu de imitación.

Cada vez más animado por la alegría y el hechizo del espectáculo, tomó una hermosa botella de largo cuello, cuidadosamente sellada de rojo, que al parecer contenía un burdeos blanco, y la estrechó amorosamente contra su corazón.

De los cuatro costados partieron risas frenéticas; el sargento, intrigado, dejó caer la botella, que se rompió en mil pedazos.

Cesó la danza, se oyeron en los rincones de la bodega gritos de espanto y el sargento sintió que se le ponían los pelos de punta al ver que el vino derramado parecía formar un charco de sangre.

Entre sus pies, yacía extendido el cadáver de una mujer desnuda, cuyos rubios

cabellos se esparcían por tierra, empapándose en la sangre.

El sargento no habría tenido miedo del diablo en persona, pero ese espectáculo lo llenó de horror. Mas pensando que al fin y al cabo debía dar cuenta de su misión, se apoderó de una botella de sello verde que parecía reírsele en las narices, y exclamó:

—¡Por lo menos, me llevaré una!

Una carcajada inmensa le respondió.

Pero ya él había subido la escalera, y mostrando la botella a sus camaradas, gritó:

—¡Aquí está el duende! ¡Sois bastante cobardes (pronunció otra palabra mucho más fuerte), ya que no os atrevéis a bajar!

Su ironía era amarga. Los arqueros se precipitaron a la bodega, donde sólo encontraron una botella de burdeos, rota. Todo lo demás estaba en orden.

Los arqueros deploraron la suerte de la botella rota; pero, sintiéndose valientes ahora, se empeñaron en subir todos con una botella en la mano.

Y se les permitió beber.

El sargento, por su parte, afirmó:

—Yo guardaré la mía para el día de mi casamiento.

Y no le pudieron negar la pensión prometida, y se casó con la costurera y…

¿Creeréis que tuvieron muchos hijos?

Sólo tuvieron uno.

III
LO QUE PASÓ DESPUÉS

La noche de sus bodas, que se celebró en la Rapée, el sargento puso entre él y su esposa la famosa botella de sello verde, e insistió en que sólo ella y él bebieran de ese vino.

La botella era verde como la hiel, el vino era rojo como la sangre.

Nueve meses más tarde la costurera dio a luz un pequeño monstruo, enteramente verde, con cuernos rojos en la frente.

¡Y ahora ir, mozuelas, ir a bailar en la Chartreuse, donde antes estuvo el castillo de Vauvert!

Sin embargo, el niño creció, si no en virtud, por lo menos en tamaño. Dos cosas contrariaban a sus padres: su color verde y un apéndice caudal que al principio pareció simplemente una prolongación del coxis, pero que poco a poco tomó el aspecto de una verdadera cola.

Se consultó a los sabios, quienes declararon que era imposible extirparla sin comprometer la vida del niño. Agregaron que era un caso bastante raro, pero que había ejemplos citados en Herodoto y en Plinio el joven. En esa época aún no se preveía el sistema de Fourier.

En cuanto al color, fue atribuido a un predominio del sistema bilioso. Sin embargo, se ensayaron varios cáusticos para atenuar el matiz demasiado pronunciado de la epidermis, y se consiguió, merced a innumerables lociones y fricciones, rebajarlo primero a un tono verde botella, después verde agua y por fin; verde manzana. En cierta oportunidad pareció que toda la piel se volvía blanca; mas por la noche recobró su color.

El sargento y la costurera no podían consolarse de los disgustos que les daba ese pequeño monstruo, que se volvía cada vez más testarudo, colérico y perverso.

La melancolía que experimentaban los condujo a un vicio más común entre gente de parecida suerte. Se entregaron a la bebida.

Pero el sargento se empeñó en no beber nunca otra cosa que vino de sello rojo, y su mujer vino de sello verde.

Cada vez que el sargento estaba ebrio como una cuba, veía en sueños a la mujer ensangrentada cuya aparición lo había aterrado en la bodega, después de romper la botella.

Esta mujer le decía:

—¿Por qué me apretaste contra tu corazón y después me inmolaste… si yo te amaba tanto?

Y cada vez que la esposa del sargento empinaba demasiado la botella de sello verde, se le aparecía en sueños un gran demonio, de espantoso aspecto, que le decía:

—¿Por qué te asombras de verme… puesto que has bebido de la botella? ¿No soy el padre de tu hijo?

¡Oh, misterio!

Al llegar a la edad de trece años, el chico desapareció.

Sus padres, inconsolables, siguieron bebiendo, pero no volvieron a ver las terribles apariciones que habían atormentado su sueño.

IV
MORALEJA

Así fue castigado el sargento por su impiedad, y la costurera por su avaricia.

V
QUÉ FUE DEL DEMONIO VERDE

Nunca más se supo.

2

Enoch Soames
Max Beerbohm

El tema del diablo ha dado origen a innumerables leyendas e invenciones. Pocas tan afortunadas como ésta de MAX BEERBOHM, ensayista y caricaturista inglés, nacido en 1872, educado en Oxford, sucesor de Bernard Shaw como crítico literario de la *Saturday Review*, autor de *Seven Men*, *The Happy Hypocrite*, *Zuleika Dobson*.

Uno de los recursos más eficaces de *Enoch Soames* es el fondo de realidad contra el que se mueven los protagonistas. Existió el Café Royal, existieron Rothenstein y *The Yellow Book* (y desde luego Whistler y Beardsley), existió ese Londres finisecular con su atmósfera casi parisiense, Chesterton nos asegura que existe el príncipe de las tinieblas, y en cuanto a Enoch Soames sólo en el futuro se dijo (se dirá) que nunca llegó a existir.

Cuando el señor Holbrook Jackson dio al mundo un libro sobre la literatura del 90, busqué ansiosamente en el índice el nombre de SOAMES, ENOCH. Temía que no estuviese. Y no estaba. Sin embargo, figuraban todos los demás. Muchos escritores a quienes yo olvidara por completo o sólo recordaba vagamente, resucitaron ante mí, con sus obras, en las páginas del señor Holbrook Jackson. El libro era tan minucioso como brillante.

De ahí que la omisión descubierta por mí fuese la evidencia más cabal de que el pobre Soames no había dejado huella alguna en la literatura de su década.

Creo que soy la única persona que lo notó… ¡tan lamentable había sido el fracaso de Soames! Y es inútil alegar que, si hubiera conquistado algún mediano éxito, quizá se habría esfumado de mi memoria, como los demás, para retornar tan sólo al llamado del historiador. Es cierto que si las dotes que poseía le hubieran sido reconocidas en vida, jamás habría celebrado el pacto que yo le vi celebrar… ese extraño pacto cuyos resultados le otorgaron para siempre un lugar en el primer plano de mis recuerdos. No obstante, es de esos mismos resultados de donde se desprende en toda su claridad cuánto hubo en él de lamentable.

No es la compasión, sin embargo, lo que me impulsa a escribir sobre él. Si por él fuera, pobre diablo, me sentiría inclinado a no mojar la pluma en el tintero. No está

bien burlarse de los muertos. Pero ¿cómo escribir acerca de Enoch Soames sin ridiculizarlo? O más bien, ¿cómo disimular la atroz realidad de que era ridículo? Imposible. Pero tarde o temprano deberé escribir sobre él. Ya se verá, a su debido tiempo, que no me queda otra alternativa. Por consiguiente, será mejor que lo haga ahora.

Durante los cursos del verano de 1893 un prodigio del cielo cayó sobre Oxford. Caló hondo, se incrustó profundamente en el suelo. Profesores y alumnos formaron pálidos corros que no hablaban de otra cosa. ¿De dónde venía aquel meteoro? De París. ¿Cómo se llamaba? Will Rothenstein. ¿Qué se proponía? Pintar una serie de veinticuatro retratos en litografía, que publicaría *The Bodley Head* de Londres. El asunto era urgente. Ya el Decano de A y el Director de B y el Real Catedrático de C habían «posado» humildemente. Ancianos solemnes y malhumorados que jamás consintieran en dejarse retratar por nadie, no podían resistirse a aquel extranjero menudo y dinámico. Él no suplicaba: invitaba; no invitaba: ordenaba. Tenía veintiún años. Usaba lentes que centelleaban increíblemente. Era un hombre de ingenio. Desbordante de ideas. Conocía a Whistler. Conocía a Edmond de Goncourt. Conocía a todo el mundo en París. Los conocía a todos de memoria. Era París en Oxford. Se murmuraba que apenas despachara su selección de profesores, incluiría a unos pocos alumnos de los últimos cursos. Y me sentí pleno de orgullo el día en que yo —yo— fui incluido. La simpatía que me inspiraba Rothenstein no era menor que el miedo que me infundía; sin embargo, nació entre nosotros una amistad que a medida que transcurrieron los años se hizo cada vez más cálida y más valiosa para mí.

Al término del curso, Rothenstein se estableció o más bien irrumpió meteóricamente en Londres. Gracias a él conocí por primera vez ese pequeño mundo de perdurable encanto que es Chelsea, y trabé relación con Walter Sickert y otros venerables próceres que residían allí. Fue Rothenstein quien me llevó a ver, en la calle Cambridge, de Pimlico, a un joven cuyos dibujos eran ya famosos entre la minoría: Aubrey Beardsley. En compañía de Rothenstein hice mi primera visita a *The Bodley Head*. Por él me introduje en otro reino de la inteligencia y la audacia, el salón de dominó del Café Royal.

Ahí, aquella tarde de octubre, en una exuberante perspectiva de dorados y de terciopelos carmesíes intercalados entre simétricos espejos y erguidas cariátides, entre el humo del tabaco que se elevaba incesante hacia el pintado cielo raso pagano y el murmullo de conversaciones presumiblemente cínicas, que de tanto en tanto interrumpía el áspero tableteo de las fichas de dominó sobre las mesas de mármol, aspiré hondo y dije para mis adentros:

—Esto, sin duda, es la vida.

Era antes de la cena. Bebimos vermut. Los que conocían personalmente a Rothenstein lo señalaban a quienes sólo lo conocían de nombre. Sin interrupción entraban por las puertas giratorias hombres que ambulaban lentamente en busca de

mesas vacías u ocupadas por amigos. Uno de estos errabundos me interesó, porque yo estaba seguro de que pretendía llamar la atención de Rothenstein.

Había pasado dos veces ante nuestra mesa, con expresión vacilante; pero Rothenstein, sumido en lo más denso de una disquisición sobre Puvis de Chavannes, no lo vio. Era un individuo encorvado, de paso inseguro, más bien alto, muy pálido, con largos cabellos parduscos. Tenía una barba rala, o más bien una barbilla que se batía en retirada al abrigo de unos cuantos pelos arracimados y tímidamente rizados. Era un sujeto de extraña catadura; pero en el noventa, las apariciones raras eran más frecuentes, creo, que en la actualidad. Los jóvenes escritores de aquella época —y yo estaba seguro de que éste lo era— trataban de singularizarse por su aspecto. Mas los esfuerzos de este hombre habían sido infructuosos. Usaba un sombrero negro, blando, de corte clerical, pero de intención bohemia, y una capa impermeable de color gris que, acaso porque era impermeable, no llegaba a ser romántica. Arribé a la conclusión de que «borroso» era *le mot juste* para él. Yo había hecho mis primeras armas en la literatura y buscaba siempre fervorosamente *le mot juste*, ese Santo Grial de la época.

El hombre borroso se acercaba nuevamente a nuestra mesa, y esta vez resolvió detenerse.

—Usted no me recuerda —dijo con voz inexpresiva.

Rothenstein lo miró vivamente.

—Sí, lo recuerdo —repuso al cabo de un momento, con menos efusión que orgullo: orgullo de su memoria—. Edwin Soames.

—Enoch Soames —dijo Enoch.

—Enoch Soames —repitió Rothenstein, dando a entender por el tono de su voz que ya era bastante haber acertado con el apellido—. Nos encontramos dos o tres veces en París, cuando vivía usted allí. En el Café Groche.

—Y una vez yo fui a su estudio.

—Oh, sí; lamenté haber estado ausente.

—¿Ausente? No. Me mostró algunos de sus cuadros, ¿recuerda?… Tengo entendido que ahora reside en Chelsea.

—Sí.

Me extrañó que después de este monosílabo el señor Soames no siguiera de largo. Se quedó, pacientemente, como un animal obtuso, como un asno que mira por encima de una cerca. Triste figura la suya. Se me ocurrió que hambriento era quizá *le mot juste* para él. Pero ¿hambriento de qué? No parecía apetecer gran cosa. Le tuve lástima. Y Rothenstein, aunque no lo invitara a Chelsea, le pidió que se sentara y bebiera algo. Una vez sentado, pareció más seguro de sí mismo. Echó atrás las alas de la capa con un gesto que —si la capa no hubiera sido impermeable— podía interpretarse como un desafío lanzado al mundo en general. Y pidió un ajenjo.

—*Je me bens toujours fidéle* —le dijo a Rothenstein— *à la sorcière glauque*.

—Le hará mal —respondió secamente Rothenstein.

—Nada me hace mal —dijo Soames—. *Dans ce monde il n'y a ni de bien ni de mal*.

—¿Nada es bueno y nada es malo? ¿Qué quiere decir?

—Lo expliqué todo en el prefacio de *Negaciones*.

—¿*Negaciones*?

—Sí. Le di un ejemplar.

—Oh, sí, por supuesto. ¿Pero explicó usted, por ejemplo, que no hay diferencia entre buena y mala gramática?

—No —dijo Soames—. Naturalmente, en el arte existen el bien y el mal. Pero en la Vida… no.

Liaba un cigarrillo. Tenía manos débiles y blancas, no del todo limpias, con las puntas de los dedos manchadas por la nicotina.

—En la Vida existe la ilusión del bien y del mal, pero…

Su voz decreció a un murmullo en que las palabras *vieux jeu* y *rococo* fueron apenas perceptibles. Si no me equivoco, pensaba que no se estaba haciendo justicia a sí mismo, y temía que Rothenstein señalara las falacias de su argumentación. Lo cierto es que al fin carraspeó y dijo:

—*Parlons d'autre chose*.

¿Creen ustedes que era un tonto? A mí no me pareció. Yo era joven y me faltaba la claridad de juicio que ya poseía Rothenstein. Soames era cinco o seis años mayor que cualquiera de nosotros. Además, había escrito un libro.

Haber escrito un libro era algo portentoso.

Si Rothenstein no hubiera estado presente, yo habría reverenciado a Soames. Aun así, me infundía respeto. Y estuve a punto de reverenciarlo, en verdad, cuando dijo que pronto publicaría otro libro. Le pregunté si podía saberse qué clase de obra era.

—Mis poemas —respondió.

Rothenstein le preguntó si ése sería el título del libro. El poeta meditó la sugerencia, pero al fin dijo que pensaba no ponerle título alguno.

—Si un libro vale por sí mismo… —murmuró, moviendo el cigarrillo en semicírculo.

Rothenstein objetó que la falta de título podría perjudicar la venta.

—Si yo entro en una librería —explicó— y digo sencillamente: «¿Tienen ustedes…?», o bien: «¿Tienen un ejemplar de…?». ¿Cómo sabrán lo que quiero?

—Oh, desde luego, haré poner mi nombre en la tapa —replicó Soames seriamente —. Y me gustaría —añadió mirando con fijeza a Rothenstein—, me gustaría hacer dibujar mi retrato para la portada.

Rothenstein admitió que era una excelente idea, y agregó que pensaba viajar al campo, donde pasaría una temporada. Después miró su reloj, comprobó, con una exclamación, lo avanzado de la hora, pagó la adición y se marchó conmigo para cenar. Soames permaneció en su puesto, fiel a la hechicera glauca.

—¿Por qué se negó tan resueltamente a dibujar su retrato?

—¿Retratarlo? ¿A él? ¿Cómo puedo retratar a un hombre que no existe?

—Es borroso —admití, pero mi *mot juste* cayó en el vacío. Rothenstein repitió que Soames era inexistente.

Sin embargo, Soames era autor de un libro. Le pregunté a Rothenstein si había leído *Negaciones*.

Admitió haberlo hojeado.

—Pero —añadió secamente—, yo no pretendo entender nada de literatura.

Reserva muy característica de la época. Los pintores de entonces se negaban a admitir que alguien, fuera de su propia cofradía, tuviese el derecho de opinar sobre la pintura. Esta ley (grabada en las tablillas que trajo Whistler de la cumbre del Fujiyama) imponía ciertas limitaciones. Si otras artes distintas de la pintura no eran completamente incomprensibles para quienes no las practicaban, la ley se venía abajo; la doctrina Monroe, por decirlo así, perdía su validez. De ahí que ningún pintor arriesgara una opinión sobre un libro sin advertir, por lo menos, que su opinión carecía de valor. Nadie es mejor juez literario que Rothenstein; pero en aquella época habría sido imprudente recordárselo; y yo comprendí que no podía esperar su ayuda para formarme un juicio sobre *Negaciones*.

En aquellos días, no comprar un libro a cuyo autor acababa de conocer personalmente, habría sido para mí un imposible renunciamiento. Cuando regresé a Oxford para los cursos de Navidad, me había procurado un ejemplar de *Negaciones*. Solía dejarlo despreocupadamente sobre la mesa de mi cuarto, y cada vez que alguno de mis amigos lo levantaba para preguntarme de qué trataba, le respondía:

—Oh, es un libro bastante notable. Lo ha escrito un hombre a quien conozco.

Pero nunca alcancé a explicar exactamente «de qué trataba». Aquel delgado volumen verde no tenía, para mí, ni pies ni cabeza. En el prefacio no hallé clave alguna para interpretar el exiguo laberinto del texto, y en ese laberinto, nada que explicara el prefacio.

> *Inclínate hacia la vida. Inclínate, muy cerca… más cerca.*
>
> *La vida es tela, y en ella ni trama ni urdimbre se encuentran, sino solamente la tela.*
>
> *Es por esto que soy Católico en la iglesia y en el pensamiento, pero dejo que el veloz Capricho teja lo que la lanzadera del Capricho quiere.*

Éstas eran las frases iniciales del prefacio, pero las que seguían eran aún más difíciles de entender. A continuación venía «Stark», un cuento sobre una *midinette* que, según alcancé a entender, había asesinado o estaba por asesinar a un maniquí. Parecía un cuento de Catulle Mendès en que el traductor hubiera salteado o eliminado una frase de cada dos. Luego, un diálogo entre Pan y Santa Úrsula, que en mi opinión carecía de «chispa». Después, algunos aforismos (titulados αφορισματα).

En conjunto, a decir verdad, había una gran variedad de formas. Y esas formas habían sido trabajadas con mucho cuidado. Era más bien el contenido lo que se me

escapaba. ¿Había, en realidad, me pregunté, algún contenido? Ahora sí pensé: ¡Supón que Enoch Soames sea un necio! Pero enseguida nació una hipótesis contraria: ¡tal vez lo fuese *yo*! Opté por darle a Soames el beneficio de la duda. Yo había leído *L'Après-midi d'un faune* sin extraerle una pizca de significado. Y sin embargo Mallarmé —por supuesto— era un Maestro. ¿Cómo sabía yo que Soames no era otro? Su prosa tenía cierta musicalidad, que sin duda no alcanzaba a deslumbrar, pero que tal vez, pensé, tuviera la facultad de persistir en la memoria y, acaso, un significado tan profundo como la del mismo Mallarmé. Por lo tanto, me resolví a esperar sus poemas con ánimo libre de prejuicios.

Y después de encontrármelo por segunda vez, los aguardé con verdadera impaciencia. Esto sucedió una tarde de enero. Al entrar en el salón de dominó, pasé junto a una mesa ante la cual estaba sentado un hombre pálido, con un libro abierto. Alzó la vista, y yo lo miré por encima del hombro, con la vaga sensación de que debía haberlo reconocido. Me volví para saludarlo. Después de cambiar unas palabras, dije echando un vistazo al libro abierto:

—Veo que lo he interrumpido.

Y estaba por seguir mi camino, pero Soames respondió con su voz inexpresiva:

—Prefiero ser interrumpido.

Me indicó con un gesto que me sentara, y yo obedecí.

Le pregunté si a menudo leía en ese lugar.

—Sí. Esta clase de cosas las leo aquí —respondió, señalando el título del libro: *Poemas de Shelley*.

—¿Es algo que usted realmente…? —Iba a decir ¿«admira»? Pero cautelosamente dejé la frase inconclusa y enseguida me alegré, porque él dijo con inusitado énfasis:

—Es algo de segunda categoría.

Yo había leído poco de Shelley, pero murmuré:

—Desde luego; es muy desigual.

—Yo diría que lo malo es justamente su igualdad. Una igualdad mortal, por eso lo leo aquí. El ruido de este lugar quiebra el ritmo. Aquí es tolerable.

Soames alzó el libro y lo hojeó. Se echó a reír. La risa de Soames era un sonido breve, aislado y desprovisto de alegría que brotaba de la garganta sin que su rostro se moviera o sus ojos se iluminaran.

—¡Qué época! —exclamó, dejando el libro sobre la mesa—. ¡Y qué país! —añadió.

Le pregunté, con cierta nerviosidad, si en su opinión Keats no había superado, más o menos, las limitaciones del tiempo y el espacio. Admitió que «había algunos pasajes en Keats», pero no los mencionó. De «los viejos», como los llamaba, el único que le gustaba era Milton. «Milton —dijo— no era sentimental». Y además: «Milton tenía una oscura visión interior». Y por fin:

—Siempre puedo leer a Milton en la sala de lectura.

—¿La sala de lectura?

—Del Museo Británico. Voy todos los días.

—¿De veras? Yo sólo estuve una vez. Me pareció un lugar más bien deprimente. Se me ocurrió que… que le resta vitalidad a uno.

—Así es. Por eso voy yo. Cuanto menor es la propia vitalidad, tanto más sensitivo se vuelve uno al arte verdaderamente grande. Yo vivo cerca del Museo. Alquilo un departamento en la calle Dyott.

—¿Y va a la sala de lectura para leer a Milton?

—Casi siempre a Milton. —Me miró—. Fue Milton —certificó— quien me convirtió al Diabolismo.

—¿Al Diabolismo? ¿Sí? ¿Realmente? —dije con esa vaga incomodidad y ese intenso deseo de ser cortés que experimenta uno cuando un hombre le habla de su propia religión—. ¿Usted… adora al Demonio?

Soames meneó la cabeza.

—No se trata de adoración —calificó, sorbiendo su ajenjo—, sino más bien de confianza mutua.

—Ah, sí… Pero yo creí entender por el prefacio de *Negaciones* que usted era… católico.

—*Je t'étais a cette époque*. Quizá lo sea aún. Sí… soy un Diabolista Católico.

Hizo esta profesión de fe con tono casi precipitado. Advertí que lo que prevalecía en su espíritu era el hecho de que yo había leído *Negaciones*. Sus ojos opacos habían brillado por primera vez. Tuve la impresión de que iba a ser examinado, *viva voce*, sobre el tema en que me sentía más flojo. Le pregunté apresuradamente cuándo se publicarían sus poemas.

—La semana próxima —me dijo.

—¿Y sin título?

—No, por fin encontré uno. Pero no se lo diré —añadió, como si yo hubiera tenido la impertinencia de preguntárselo—. Aún no sé si me satisface del todo. Pero es el mejor que he podido encontrar. En cierto modo, sugiere la naturaleza de los poemas… Extrañas vegetaciones, naturales y salvajes, y sin embargo exquisitas y multicolores y llenas de ponzoña.

Le pregunté qué pensaba de Baudelaire. Lanzó aquel bufido que era su risa, y dijo que Baudelaire era «un *bourgeois malgré lui*». Francia sólo tenía un poeta: Villon, «y dos tercios de Villon eran simple periodismo». Verlaine era un «*épicier malgré lui*». Con cierta sorpresa comprobé que, en conjunto, apreciaba menos la literatura francesa que la inglesa. Había «algunos pasajes» en Villiers de l'Isle Adam.

—Pero yo —resumió— no le debo nada a Francia. Ya verá —predijo con un movimiento afirmativo de la cabeza.

Pero, llegado el momento, no vi tal cosa. Pensé que el autor de *Fungoides* debía bastante —inconscientemente, desde luego— a los jóvenes decadentes de París, o a los jóvenes ingleses que a su vez debían algo a aquéllos. Aún pienso lo mismo. El

librito —que compré en Oxford— está ante mí en este momento, mientras escribo. Su cubierta de bocací gris pálido y sus letras de plata no han sobrellevado muy bien el paso del tiempo. Su contenido tampoco. Lo he examinado nuevamente, con melancólico interés. No es gran cosa. Cuando se publicó, abrigué la vaga sospecha de que lo fuera. Supongo que es mi fe en ella la que se ha debilitado, y no la obra del pobre Soames…

TO A YOUNG WOMAN

Thou art, who hast not been!
Pale tunes irresolute
And traceries of old sounds
Blown from a rotted flute
Mingle with noise of cymbals rouged with rust
Nor not strange forms and epicene
Lie bleeding in the dust,
Being wounded with wounds.

For this it is
That in thy counterpart
Of age-long mockeries
Thou hast not been nor art![2]

Me pareció que había cierta contradicción entre la primera y la última línea. Intenté, con el ceño fruncido, resolver esta discordancia. Pero no consideré mi fracaso como totalmente incompatible con un significado en la mente de Soames. ¿No indicaría, más bien, la profundidad del significado? En cuanto a la técnica, «enrojecidos por la herrumbre» me parecía un hallazgo, y las palabras «nor not» en lugar de «and» eran extrañamente felices. Me pregunté quién era la joven, y qué había sacado en limpio de todo eso. Me asalta la triste sospecha de que Soames no habría sido capaz de encontrarle más sentido que ella. Sin embargo, aún ahora, si no trata uno de comprender el poema, y se conforma con atender al sonido, advierte cierta gracia en el ritmo. ¡Soames era un artista… en la medida en que existía, pobre diablo!

Cuando leí *Fungoides* por primera vez, me pareció, extrañamente, que su veta diabolista era lo mejor de Soames. El Diabolismo parecía una influencia alegre y aún saludable dentro de su vida.

NOCTURNE

Round and round the shutter'd Square
I stroll'd with the Devil's arm in mine.

No sound but the scrape of his hoofs was there
And the ring of his laughter and mine.
We had drunk black wine.

I scream'd: «I will race you, Master!».
«What matter», lie shriek'd, «tonight
Which of us runs the faster?
There is nothing to fear tonight
In the foul moon's light!».

Then I look'd him in the eyes,
And I laugh'd full shrill at the lie he told
And the gnawing fear he would fain disguise.
It was true, what I'd time and again been told:
He was old, old.[3]

Aquella primera estrofa, pensé, tenía mucho ímpetu: un acento retozón y jovial de camaradería. La segunda, quizá, era algo histérica. Pero la tercera me gustaba: ¡era tan vivamente heterodoxa, aún con respecto a los dogmas de la extraña secta de Soames! ¡Nada de «confianza mutua» en esas líneas! Soames, triunfante, desenmascarando al Demonio como a un mentiroso, y riéndose «a gritos», era un personaje muy alentador. Eso fue lo que pensé entonces. Ahora, a la luz de lo que sucedió más tarde, ninguno de sus poemas me deprime tanto como el «Nocturno».

Busqué los comentarios de los periódicos metropolitanos. Se dividían en dos clases: los que decían muy poco, y los que no decían nada. La segunda era mucho más numerosa, y los términos en que se expresaba la primera eran fríos. A tal punto que el mejor elogio que pudo presentar el editor de Soames en sus anuncios publicitarios era éste:

> Un acento de modernismo desde el
> principio hasta el fin… Un ritmo ágil. —
> *Preston Telegraph.*

Yo abrigaba la esperanza de poder felicitar al poeta (cuando lo viese) por haber conmovido el ambiente, pues se me ocurría que no estaba tan seguro de su grandeza intrínseca como aparentaba. Pero cuando en efecto nos encontramos, sólo atiné a decir con voz ronca: «Espero que *Fungoides* se venda muy bien». Me miró a través de su vaso de ajenjo y me preguntó si había comprado un ejemplar. Según su editor, sólo se habían vendido tres. Me reí, como si fuese una broma.

—¿No creerá que me importa, verdad? —dijo con algo parecido a un gruñido.

Desestimé la idea. Añadió que no era un comerciante. Dije humildemente que yo

tampoco, y murmuré que un artista que daba al mundo cosas realmente nuevas y grandes, siempre debía esperar mucho tiempo a que se le tributara el debido reconocimiento. Contestó que ese reconocimiento no le importaba un sou. Y yo admití que el acto de la creación era su propia recompensa.

Si yo me hubiera considerado un Don Nadie, su mal humor me habría alejado. Pero ¡ah! ¿Acaso John Lane y Aubrey Beardsley no me habían sugerido que escribiera un ensayo para esa grande y nueva empresa que estaba en marcha —*The Yellow Book*? ¿Y acaso Henry Harland, como jefe de redacción, no había aceptado mi ensayo? ¿Y no aparecía en el mismísimo primer número? En Oxford yo estaba todavía *in statu pupillari*. Pero en Londres me consideraba con todo derecho un egresado, a quien ningún Soames podía abochornar. En parte con fines de ostentación, y en parte por pura buena voluntad, le dije a Soames que debía colaborar en el *Yellow Book*. De su garganta brotó un sonido despreciativo destinado a esa publicación.

Uno o dos días más tarde, sin embargo, le pregunté a Harland, para sondear el terreno, si sabía algo de la obra de un tal Enoch Soames. Harland se detuvo en mitad de su característico paseo alrededor de la habitación, alzó las manos al techo y gimió que a menudo había visto a «ese absurdo individuo» en París, y que esa misma mañana había recibido de él algunos poemas manuscritos.

—¿No tiene talento? —pregunté.

—Tiene una renta. No necesita nada.

Harland era el más jovial de los hombres y el más generoso de los críticos, pero detestaba hablar de algo que no lo entusiasmara. Por consiguiente, abandoné el tema. La noticia de que Soames poseía una renta mitigó mi preocupación. Más tarde supe que era hijo de un fracasado y fallecido librero de Preston, que había heredado de una tía casada una renta anual de trescientas libras, y que no le quedaban parientes en este mundo. Materialmente, pues, «no necesitaba nada». Pero aun así, había en él un *pathos* espiritual, agudizado ahora a mis ojos por la posibilidad de que aún el *Preston Telegraph* no le hubiese dedicado sus elogios si el padre de Soames no hubiera sido un vecino de Preston. Tenía una especie de débil obstinación que yo no podía menos de admirar. Ni él ni su obra recibían el menor estímulo; pero él insistía en comportarse como un personaje, mantenía siempre al tope su deshilachada banderita. En cualquier lugar donde se congregaran los *jeunes féroces* de las artes, en cualquier restaurante de Soho que acabaran de descubrir, en cualquier *music hall* que prefiriesen, ahí estaba Soames entre ellos, o más bien al borde: una figura borrosa pero inevitable. Nunca trataba de captarse la simpatía de sus colegas escritores, jamás deponía un ápice de su arrogancia, cuando se trataba de su propia obra, o de su desprecio, cuando se trataba de los demás. Con los pintores se mostraba respetuoso, y aún humilde; mas para los poetas y prosistas de *The Yellow Book*, y más tarde del Savoy, jamás tuvo una palabra que no fuera de desdén. Su presencia no molestaba a los demás. A nadie se le habría ocurrido que él o su Diabolismo Católico tuvieran

alguna importancia. Cuando en el otoño de 1896 publicó (esta vez por cuenta propia) su tercer libro, su último libro, nadie pronunció una palabra de elogio o de censura. Yo tuve intención de comprarlo, pero me olvidé. No lo vi nunca, y me avergüenza decir que ni siquiera recuerdo cómo se titulaba. Sin embargo, cuando se publicó el libro, le dije a Rothenstein que el pobre viejo Soames me parecía en realidad una figura bastante trágica, y que la falta de resonancia de su obra acabaría realmente por matarlo. Rothenstein se burló. Dijo que yo alardeaba de un buen corazón que en verdad no poseía; y quizá era así. Pero unas semanas más tarde, en la exposición privada del Nuevo Club Inglés de Arte, vi un retrato al pastel de «Enoch Soames, Esq». Se le parecía mucho, y el haberlo ejecutado era característico de Rothenstein. Soames estuvo parado toda la tarde cerca del cuadro, con su sombrero hongo y su capa impermeable. Cualquiera de sus conocidos habría captado en el acto la semejanza del retrato. Pero quien no lo conociera, nunca hubiese identificado el modelo a partir de la imagen; ésta «existía» mucho más que él; era inevitable. Además, no tenía esa expresión de vaga felicidad que ahora se advertía, sí, en el rostro de Soames. El hábito de la fama lo había rozado. En el transcurso de aquel mes fui dos veces más al Club de Arte, y en ambas oportunidades vi a Soames exhibiéndose en persona. Pensándolo bien, creo que la clausura de aquella exposición fue virtualmente el fin de su carrera. Había sentido en la mejilla el aliento de la fama… pero tan tarde y por tan poco tiempo… y al no sentirlo más, cedió, sucumbió, se derrumbó. Él, que nunca había parecido fuerte o saludable, ahora tenía un aspecto espectral, era una sombra de la sombra que antaño había sido. Aún frecuentaba la sala de dominó; pero, habiendo perdido el deseo de provocar curiosidad, ya no leía libros en ella.

—¿Ahora sólo lee en el Museo? —le pregunté, aparentando jovialidad.

Me contestó que ya no iba allí.

—No hay ajenjo en el Museo.

Era una de esas cosas que antaño habría dicho para llamar la atención; ahora la decía convencido. El ajenjo, que antes no fuera más que un factor de la «personalidad» que tan laboriosamente trataba de construirse, se había convertido en solaz y necesidad. Ya no lo llamaba «*la sorcière glauque*». Había renunciado a todas las expresiones en francés. Se había convertido en un hombre de Preston, sencillo y sin barniz.

El fracaso, aun cuando sea un fracaso total, sencillo y sin barniz, aun cuando sea un fracaso mezquino, lleva siempre consigo cierta dignidad. Yo rehuía a Soames porque a su lado me sentía vulgar. Por aquella época John Lane había publicado dos libritos míos, que tuvieron un agradable éxito de crítica. Yo era una «personalidad»… una personalidad menor, pero bien definida. Frank Harris me había contratado para que «pataleara» en el *Saturday Review,* Alfred Harmsworth me permitía hacer lo mismo en *The Daily Mail*. Yo era justamente lo que no era Soames. Él proyectaba una sombra de vergüenza sobre mi triunfo. Si yo hubiera sabido que él creía firme y

verdaderamente en la grandeza de lo que realizara como artista, quizá no habría evitado su presencia. No se puede decir que ha fracasado por completo un hombre que no ha perdido su vanidad. La dignidad de Soames era una ilusión mía. Un día de la primera semana de junio de 1897 esa ilusión desapareció. Pero en la noche de ese día también desapareció Soames.

Yo había estado afuera la mayor parte de la mañana, y como se me hizo tarde para almorzar en casa, fui al «Vingtième». Este pequeño local —cuyo nombre completo era «Restaurant du Vingtième Siècle»— había sido descubierto por los escritores y poetas en 1896, pero más tarde fue abandonado, o poco menos, en beneficio de algún hallazgo posterior. Creo que no subsistió lo bastante para justificar su nombre; mas por ese entonces estaba aún en Greek Street, a pocos pasos de Soho Square, y casi enfrente de esa casa donde en los primeros años del siglo una chiquilla, y junto con ella un muchacho llamado De Quincey, pernoctaban hambrientos en la oscuridad, entre el polvo y las ratas y viejos pergaminos legales. El «Vingtième» no era más que un saloncito blanqueado, que por un extremo daba a la calle y por otro a la cocina. El propietario y cocinero era un francés, a quien llamábamos Monsieur Vingtième; las camareras eran sus dos hijas, Rose y Berthe; y la comida, en verdad, era buena. Las mesas eran tan angostas y estaban tan juntas que cabían en número de doce, seis de cada pared.

Cuando entré, sólo las dos más próximas a la puerta estaban ocupadas. Una, por un hombre alto, llamativo, más bien mefistofélico, a quien yo solía ver de tanto en tanto en el salón de dominó y en otros lugares. En la otra estaba Soames. En aquel soleado recinto, formaban un extraño contraste: Soames, demacrado, con aquel sombrero y aquella capa que jamás le viera quitarse, y este otro, este hombre intensamente vital, ante cuya presencia volvía a preguntarme, con más insistencia que nunca, si era un mercader de diamantes, un ilusionista o el jefe de una agencia de detectives privados. Estoy seguro de que Soames no deseaba mi compañía; sin embargo, le pregunté si podía acompañarlo —no hacerlo habría sido una desconsideración atroz— y me senté frente a él. Fumaba un cigarrillo. Había dejado el plato sin probar y tenía a su lado una botella semivacía de Sauterne. Callaba con cierta obstinación. Dije que Londres estaba imposible, con los preparativos del jubileo (a decir verdad, me gustaban). Manifesté mi deseo de marcharme inmediatamente, hasta que todo aquello terminara. En vano traté de ponerme a tono con su melancolía. Él no parecía oírme ni verme. Pensé que su comportamiento me ridiculizaba a los ojos del otro parroquiano. El pasillo entre las dos hileras de mesas del «Vingtième» tenía apenas dos pies de ancho (Rose y Berthe, al servir, se rozaban siempre, riñendo en voz baja), y cualquiera que estuviera sentado a la mesa contigua compartía prácticamente la que uno ocupaba. Pensé que mi fracasada tentativa de interesar a Soames divertía a mi vecino, y como no podía explicarle que mi insistencia era simplemente un acto de caridad, guardé silencio. Podía verlo perfectamente sin necesidad de volver la cabeza. Abrigué la esperanza de que mi

aspecto fuese menos vulgar que el suyo, en contraste con el de Soames. Yo estaba seguro de que no era inglés; pero, ¿cuál era realmente su nacionalidad? Aunque tenía el cabello (negro como el azabache) cortado en *brosse*, no me pareció francés. A Berthe, que lo atendía, le hablaba en francés con soltura, pero sin el acento y los coloquialismos nativos. Supuse que era su primera visita al «Vingtième», pero Berthe lo atendía sin formalidades. Él no le había causado buena impresión. Sus ojos eran atrayentes, pero —como las mesas del «Vingtième»— demasiado angostos y juntos. Tenía una nariz de ave de rapiña, y las guías del bigote, que se prolongaban a ambos lados de las fosas nasales, le estereotipaban la sonrisa. Decididamente, era siniestro. Y el chaleco escarlata —tan fuera de temporada en el mes de junio—, que le ceñía ajustadamente el pecho amplio, intensificaba la sensación de incomodidad que me producía su presencia. Ese chaleco no sólo era inadecuado por el calor. Era, no sé por qué, inadecuado en sí mismo. No se habría justificado en una mañana de Navidad. Habría sido una nota discordante la noche del estreno de *Hernani*. Yo estaba tratando de explicarme lo que había en él de incongruente, cuando Soames, repentino y extraño, quebró el silencio.

—¡Dentro de cien años…! —murmuró, como si estuviera en trance.

—No estaremos aquí —repuse, pronta y fatuamente.

—Nosotros no estaremos. No —zumbó—, pero el Museo estará en el mismo lugar donde ahora está. Y la sala de lectura, en el mismo lugar de ahora. Y la gente irá a leer.

Aspiró bruscamente el humo, y un espasmo de auténtico dolor le deformó el rostro.

Me pregunté qué encadenamiento de ideas había estado siguiendo el pobre Soames. Pero él mismo aclaró mis dudas cuando dijo, después de una larga pausa:

—Usted cree que no me ha importado.

—¿Que no le ha importado qué, Soames?

—El olvido. El fracaso.

—¿El fracaso? —dije calurosamente—. ¿El fracaso? —repetí vagamente—. El olvido, sí, quizá; pero eso es algo completamente distinto. Desde luego, usted no ha sido… apreciado. Pero ¿qué importa? Cualquier artista que… que da…

Lo que yo quería decir era esto: «Cualquier artista que da al mundo cosas nuevas y grandes, siempre debe esperar mucho tiempo a que se le tribute el debido reconocimiento»; pero el halago se negaba a salir: a la vista de aquella congoja, una congoja tan genuina y desembozada, mis labios no querían pronunciar las palabras.

Y entonces… fue él quien las dijo por mí. Me sonrojé.

—¿Eso es lo que usted iba a decir, verdad? —preguntó.

—¿Cómo lo sabe?

—Es lo que me dijo hace tres años, cuando se publicó *Fungoides*.

Me sonrojé aún más. Innecesariamente, porque él prosiguió:

—Es lo único importante que le he oído decir. Y nunca lo he olvidado. Es cierto.

Es una terrible verdad. Pero ¿recuerda lo que yo le contesté? Le dije: «El reconocimiento no me importa un sou». Y usted me creyó. Usted ha seguido creyendo que estoy por encima de todo eso. Usted es superficial. ¿Qué puede saber de los sentimientos de un hombre como yo? Usted imagina que cuando un gran artista tiene fe en sí mismo y en el veredicto de la posteridad, eso basta para hacerlo feliz… Usted nunca ha adivinado la amargura y la soledad, el… —su voz se quebró; pero luego prosiguió con una fuerza que yo nunca le viera—: ¡La posteridad! ¿De qué me sirve a mí? Un muerto no sabe que la gente visita su tumba, que acuden al lugar donde nació, que le ponen placas conmemorativas, que descubren estatuas suyas. Un muerto no puede leer los libros que se escriben sobre él. ¡Así que pasen cien años! ¡Piense en eso! Si yo pudiera volver a la vida entonces… unas pocas horas, si yo pudiese ir a la sala de lectura y leer! ¡O mejor aún, si ahora, en este momento, pudiera proyectarme a ese futuro, a esa sala de lectura, nada más que por esta tarde! ¡A cambio de eso me vendería en cuerpo y alma al Demonio! Piense: páginas y más páginas del catálogo: «SOAMES, ENOCH», interminablemente… interminables ediciones, comentarios, prolegómenos, biografías… —Al llegar aquí lo interrumpió un brusco y penetrante crujido de la silla colocada ante la mesa contigua. Nuestro vecino se había levantado a medias de su asiento. Se inclinaba hacia nosotros, tratando de disculpar su intromisión.

—Perdonen ustedes… permítanme —dijo suavemente—. Me ha sido imposible no oír. ¿Puedo tomarme esta libertad? En este pequeño *restaurant sans-façon* —extendió las manos en amplio gesto—, ¿puedo, como suele decirse, meter las narices?

No me quedó más remedio que manifestar nuestra conformidad. Berthe había aparecido en la puerta de la cocina, creyendo que el desconocido quería la cuenta. Pero él la alejó con un movimiento del cigarro, y un instante después se había sentado junto a mí, frente a frente con Soames.

—Aunque no soy inglés —explicó—, conozco a Londres muy bien, señor Soames. Su nombre y su fama (y también los del señor Beerbohm) me son muy conocidos. Ustedes se preguntarán: ¿quién soy yo? —Miró rápidamente por encima del hombro, y añadió en voz baja—: Soy el Diablo.

No pude evitarlo: me reí. Traté de no hacerlo; sabía que no había motivo de risa, pues mi propia descortesía me avergonzaba, pero me reí cada vez más fuerte. La serena dignidad del Diablo, la sorpresa y el fastidio de sus cejas enarcadas sólo aumentaron mi hilaridad. Me reí hasta desternillarme, y al final me apoyé, dolorido, en el respaldo de la silla. Me comporté deplorablemente.

—Soy un caballero —dijo él con intenso énfasis— y creía estar en presencia de caballeros.

—¡Oh! —murmuré, ya sin aliento—. ¡Oh, por favor!

—¿Curioso, *nicht war*? —oí que le decía a Soames—. Hay cierta clase de personas para quienes la sola mención de mi nombre es… ¡Oh, tan terriblemente graciosa! En vuestros teatros, al más torpe comediante le basta decir: «¡El Diablo!»

para provocar enseguida «la risa altisonante que delata a los espíritus vacíos». ¿No es así?

Yo había recobrado el aliento, lo suficiente para ofrecer mis excusas. Él las aceptó, pero fríamente, y volvió a dirigirse a Soames.

—Soy un hombre de negocios —dijo—, y siempre me ha gustado ir derecho al grano, como dicen en los Estados Unidos. Usted es un poeta. *Les affaires*… usted los detesta. Pero conmigo negociará, ¿verdad? Lo que acaba de decir me infunde furiosas esperanzas.

Soames no se había movido, salvo para encender un nuevo cigarrillo. Estaba agazapado, con los codos sobre la mesa y la cabeza al ras de las manos, mirando fijamente al Demonio.

—Siga —dijo moviendo afirmativamente la cabeza.

A mí ya no me quedaban ganas de reír.

—Nuestro pequeño pacto —prosiguió el Diablo— será tanto más agradable cuanto que usted, si no me equivoco, es un Diabolista.

—Un Diabolista católico —dijo Soames.

El Demonio aceptó de buena gana esta reserva.

—Usted —prosiguió— quiere visitar ahora, esta tarde, la sala De lectura del museo Británico, ¿verdad? Pero tal como será dentro de cien años, ¿eh? *Parfaitement*. El tiempo… una ilusión. El pasado y el futuro… están siempre tan presentes como el presente, o al menos, por decirlo así, a la vuelta de la esquina. Yo lo sintonizo con cualquier época. Yo lo proyecto… ¡puf! ¿Usted quiere hallarse en la sala de lectura, tal como será en la tarde del 3 de junio de 1997? ¿Quiere encontrarse, de pie, en esa sala, más allá de las puertas giratorias, en este mismo instante, eh? ¿Y quedarse ahí hasta que cierren? ¿No es así?

Soames asintió.

El Diablo miró su reloj.

—Las dos y diez —dijo—. La hora de clausura, en ese entonces, será la misma de ahora: las siete. Tendrá usted casi cinco horas. A las siete, ¡puf!, se encontrará nuevamente aquí, sentado ante esta mesa. Esta noche ceno *dans le monde — dans le high life*. Con eso termina mi presente visita a vuestra gran ciudad. Vendré a buscarlo aquí, señor Soames, en el camino de regreso a mi hogar.

—¿Su hogar? —repetí.

—¡Aunque no sea tan humilde! —dijo despreocupadamente el Demonio.

—Está bien —dijo Soames.

—¡Soames! —supliqué. Pero a mi amigo no se le movió un músculo.

El Diablo estiraba la mano a través de la mesa para tocar el antebrazo de Soames; pero interrumpió el ademán.

—Dentro de cien años, como ahora —dijo sonriendo—, no se permite fumar en la sala delectura, Por lo tanto será mejor que…

Soames se quitó el cigarrillo de la boca y lo dejó caer en su vaso de Sauterne.

—¡Soames! —exclamé de nuevo—. Usted no puede…

Pero el Diablo ya había estirado la mano a través de la mesa, y la dejó caer lentamente… sobre el mantel. La silla de Soames estaba vacía. Su cigarrillo flotaba, hinchado, en el vino de la copa. No quedaban más rastros de él.

Durante algunos instantes el Diablo dejó descansar la mano en el sitio donde la había apoyado, mirándome con el rabillo del ojo, vulgarmente triunfal.

Me asaltó un escalofrío. Me dominé con esfuerzo y me levanté de la silla.

—Muy ingenioso —dije, condescendiente—. Pero ¿no cree usted que *La Máquina del Tiempo* es un libro delicioso? ¡Tan original!

—Usted se complace en el sarcasmo —dijo el Diablo, que también se había puesto de pie—, pero una cosa es escribir acerca de una máquina imposible, y otra muy distinta ser una Potencia Sobrenatural.

Sin embargo, comprendí que se sentía ofendido. Berthe se acercó al oír que nos levantábamos. Le expliqué que habían llamado al señor Soames, pero que tanto él como yo cenaríamos allí por la noche. Recién cuando salí al aire libre empecé a sentirme mareado. Sólo tengo un vaguísimo recuerdo de lo que hice, de los lugares por donde ambulé bajo el sol ardiente de aquella tarde interminable. Recuerdo el sonido de los martillos de los carpinteros, a lo largo de Piccadilly, y el aspecto desnudo y caótico de los «*stands*» a medio construir. ¿Fue en Green Park o en Kensington Gardens, donde me senté en una silla debajo de un árbol y traté de leer un periódico vespertino? El artículo de fondo traía una frase que siguió repitiéndose en mi fatigado cerebro: «Son pocas las cosas que escapan a esta augusta Señora, llena de la sabiduría atesorada en sesenta años de Reinado». Recuerdo haber concebido, en mi desesperación, una carta (que debía ser llevada a Windsor por mensajero expreso, con orden de esperar la respuesta).

> SEÑORA: Sabiendo perfectamente que Su Majestad está llena de sabiduría atesorada en sesenta años de Reinado, me atrevo a solicitar su consejo en este delicado asunto. El señor Enoch Soames, cuyos poemas quizá usted conozca…

¿No había manera alguna de ayudarlo, de salvarlo? Un pacto era un pacto, y yo habría sido el último en ayudar o respaldar a alguien que tratara de rehuir una obligación razonable. No habría movido un dedo para salvar a Fausto. ¡Pero el pobre Soames!, condenado a pagar sin tregua un precio eterno por nada más que una infructuosa búsqueda y una amarga desilusión…

Me parecía extraño y siniestro que él, Soames, en carne y hueso, con su capa impermeable, estuviera en aquel momento viviendo en la última década del siguiente siglo, escudriñando libros que aún no se habían escrito, viendo y siendo visto por hombres que aún no habían nacido. Y aún más siniestro y singular que esta noche y para siempre estaría en el infierno. Sí, sin duda la verdad es más extraña que la ficción.

Aquella tarde fue interminable. Casi deseé haber acompañado a Soames; no para

permanecer en la sala de lectura, desde luego, sino para salir a dar un excitante paseo por un Londres desconocido. Me alejé, inquieto, del parque donde había descansado. Inútilmente traté de imaginar que yo era un ardiente turista del siglo dieciocho. La tensión de los minutos lentos y vacíos era intolerable. Mucho antes de las siete regresé al «Vingtième».

Me senté a la misma mesa que había ocupado en el almuerzo. El aire entraba con indiferencia por la puerta abierta a mi espalda. De tanto en tanto, Rose y Berthe aparecían por un instante. Les había dicho que no pediría la cena hasta que no llegara el señor Soames. Empezó a sonar un organillo, ahogando abruptamente el vocerío de unos franceses que disputaban en la calle. Cada vez que terminaba una canción, se oía nuevamente la algarabía de la pelea. En el camino yo había comprado otro periódico vespertino. Lo abrí. Pero mis ojos se apartaban incesantemente de él, para consultar el reloj de pared colocado sobre la puerta de la cocina…

¡Faltaban cinco minutos para la hora! Recordé que en los restaurantes los relojes están cinco minutos adelantados. Concentré mi mirada en el periódico. Juré no volver a levantar los ojos. Alcé el periódico y lo desplegué en todo su ancho, pegándolo a mi rostro, para no ver otra cosa… ¿Temblaba acaso la hoja? Una corriente de aire, me dije.

Una gradual rigidez se apoderaba de mis brazos. Me dolían. Pero no podía bajarlos… ahora. Me asaltó una sospecha, me asaltó una certeza. Y bien, ¿entonces qué?… ¿Para qué otra cosa había venido? Sin embargo, seguí aferrándome enérgicamente a esa barrera del periódico. Sólo el ruido de los ágiles pasos de Berthe, que venía de la cocina, me permitió, me obligó a dejarlo caer y murmurar:

—¿Qué cenaremos, Soames?

—*II est souffrant, ce pauvre Monsieur Soames?* —preguntó Berthe.

—Sólo está… cansado.

Le pedí que trajera vino —Borgoña— y cualquier comida que estuviese lista. Soames estaba agazapado sobre la mesa, exactamente en la misma posición en que lo viera por última vez. Como si no se hubiese movido… él, que había viajado tan inconcebiblemente lejos. Una o dos veces, en el transcurso de la tarde, se me había ocurrido, por un instante, que tal vez su viaje no sería infructuoso, que acaso todos nos habíamos equivocado al juzgar la obra de Enoch Soames. Pero de su aspecto se desprendía con atroz claridad de que estábamos atrozmente en lo cierto.

—No se desanime —balbucí—. Quizá usted no… no eligió un plazo suficiente. Tal vez dentro de dos o tres siglos…

—Sí —respondió su voz—. He pensado en eso.

—Y ahora… ¡ocupémonos ahora del futuro más inmediato! ¿Dónde piensa ocultarse? ¿Qué le parece si toma el expreso de París, en Charing Cross? Tiene casi una hora. Pero no vaya a París. Quédese en Calais. Radíquese en Calais. Jamás se le ocurrirá ir a buscarlo a Calais.

—Es mi destino —dijo— pasar mis últimas horas en la tierra en compañía de un

asno. —Pero yo no me sentí ofendido—. Y un asno traidor —añadió extrañamente, lanzando hacia mí un arrugado trozo de papel que tenía en la mano. Eché un vistazo a lo que traía escrito… una especie de jerigonza, al parecer, y lo aparté con impaciencia.

—¡Vamos, Soames! ¡Serénese! Esto no es sólo un asunto de vida o muerte. ¡Recuerde, se trata de un eterno tormento! ¿Se quedará aquí, resignadamente, hasta que el Diablo venga a buscarlo?

—No puedo hacer otra cosa. No me queda otra alternativa.

—¡Vamos! ¡La «confianza mutua» llevada al colmo! ¡Su diabolismo ha perdido el seso! —Llené su vaso de vino—. Seguramente, ahora que usted ha visto a esa bestia…

—Es inútil injuriarlo.

—Pero usted debe admitir, Soames, que no tiene nada de miltoniano.

—No niego que sea algo distinto de lo que yo esperaba.

—Es un hombre vulgar, un plebeyo, de esa clase de individuos que despojan a las damas de sus joyas en los pasillos de los trenes que van a la Riviera. ¡Imagínese el eterno tormento presidido por *él*!

—No creerá usted que lo espero con ansia, ¿verdad?

—Entonces, ¿por qué no huye silenciosamente?

Una y otra vez llené su vaso, que él vaciaba mecánicamente. Pero el vino no encendía en su interior la más pequeña chispa de iniciativa. No comía, y yo apenas probé bocado. En el fondo de mi corazón, yo no creía que la fuga pudiera salvarlo. La persecución sería instantánea, la captura cierta. Pero todo era preferible a esta espera pasiva, humilde, miserable. Le dije a Soames que el honor de la raza humana le exigía alguna manifestación de resistencia. Preguntó qué había hecho la raza humana por él.

—Además —dijo—, ¿no comprende que estoy en su poder? Usted lo vio tocarme, ¿verdad? Todo ha terminado. No tengo voluntad. Estoy sellado.

Hice un gesto de desesperación. Él siguió repitiendo la palabra sellado. Empecé a comprender que el vino le había nublado el cerebro. ¡No era extraño! Sin alimentarse había viajado al futuro, y aún estaba sin comer. Lo insté a que probara por lo menos un poco de pan. Era enloquecedor pensar que él, que tenía tanto que decir, quizá no dijera nada.

—¿Qué le pareció todo… más allá? —pregunté—. ¡Vamos! Cuénteme sus aventuras.

—Serían un excelente «argumento», ¿verdad?

—Lo siento mucho por usted, Soames, y me hago cargo de lo que le sucede; pero ¿qué derecho tiene a insinuar que yo lo utilizaría como «argumento»?

El pobre se llevó las manos a la frente.

—No sé —dijo—. Sé que he tenido algún motivo… Trataré de recordarlo.

—Perfecto. Trate de recordarlo todo. Coma un poco más de pan. ¿Qué aspecto

tenía la sala de lectura?

—Más o menos el de siempre —murmuró por fin.

—¿Mucha gente?

—Como de costumbre.

—¿Cómo eran?

Soames trató de visualizarlos.

—Eran todos muy parecidos —recordó de pronto. Mi espíritu dio un salto atroz.

—¿Todos vestidos con mallas?

—Sí. Creo que sí.

—¿Una especie de uniforme? —Él asintió—. ¿Con un número, quizá? ¿Un número en un gran disco metálico cosido a la manga izquierda? ¿DKF 78.910, por ejemplo? —Era así—. ¿Y todos, hombres y mujeres, parecían muy bien alimentados? ¿Muy utópicos? ¿Con un fuerte olor a ácido fénico? ¿Y todos completamente calvos?

Mis previsiones resultaron exactas. El único punto acerca del cual Soames no estaba muy seguro era si los hombres y las mujeres eran calvos o estaban rapados.

—No tuve tiempo para examinarlos muy detenidamente —explicó.

—No, desde luego. Pero…

—Ellos sí que me miraban. Llamé mucho la atención.

—¡Al fin había llamado la atención! Creo que más bien los atemoricé. Me rehuían cuando me aproximaba. Los hombres que ocupaban el escritorio circular en el centro de la sala parecían asaltados del pánico cada vez que me acercaba para hacer alguna averiguación.

—¿Qué hizo usted cuando llegó?

Desde luego, se había encaminado directamente al catálogo, a los volúmenes marcados con la letra S, y se había detenido largamente ante el SNSOF, incapaz de sacarlo del estante, porque su corazón latía tan apresuradamente… Al principio, dijo, no se sintió defraudado, pensó, simplemente, que estaba en uso un nuevo sistema de clasificación. Se dirigió a la mesa central y preguntó dónde estaba el catálogo de los libros del siglo *veinte*. Supo que aún no había más que un solo catálogo. Buscó nuevamente su nombre, contempló las tres tirillas engomadas que había conocido tan bien. Después fue a sentarse, y largo rato permaneció sentado…

—Y por fin —dijo con voz parecida al zumbido de un abejorro— consulté el *Diccionario Biográfico Nacional* y algunas enciclopedias… Regresé a la mesa central y pregunté cuál era el mejor libro moderno sobre la literatura de fines del siglo diecinueve. Me dijeron que el libro del señor T. K. Nupton era considerado el mejor. Lo busqué en el catálogo, y llené el correspondiente formulario. Me lo trajeron. Mi nombre no estaba en el índice, pero… ¡Sí! —dijo cambiando abruptamente de tono —. Eso es lo que había olvidado. ¿Dónde está ese pedacito de papel? Démelo.

Yo también había olvidado aquel jeroglífico. Lo encontré caído en el suelo y se lo alcancé.

Él lo alisó, meneando la cabeza y mirándome con una sonrisa desagradable.

—Eché un vistazo al libro de Nupton —prosiguió—. No es fácil de leer. Usan una especie de escritura fonética. Todos los libros modernos que vi eran fonéticos.

—Entonces no quiero saber más nada, Soames, por favor.

—En cambio, todos los nombres propios parecían escritos a la antigua. De lo contrario, quizá no habría advertido el mío.

—¿Su propio nombre? ¿De veras? ¡Oh, Soames, cuánto me alegro!

—Y el suyo.

—¡No!

—Pensé que esta noche usted me esperaría aquí. Por eso me tomé la molestia de copiar el pasaje. Léalo.

Le arranqué el papel de las manos. La escritura de Soames era característicamente borrosa. Debido a esto, a mi emoción y a la ruidosa ortografía, tardé más en comprender lo que quería decir T. K. Nupton.

El documento se halla ante mis ojos en este momento. Es extraño que las palabras que copio para ustedes el pobre Soames las haya copiado para mí dentro de setenta y ocho años…

De la página 234 de *Literatura inglesa 1890-1900*, por T. K. Nupton, publicación del Estado, 1992.

> «Por ejemplo, un escritor de la época, llamado Max Beerbohm, que aún vivía en el siglo veinte, escribió un cuento en el que retrató a un personaje imaginario llamado “Enoch Soames”, un poeta de tercera categoría, que se cree un gran genio y hace un pacto con el Diablo para saber qué pensaría de él la posteridad. Es una sátira algo artificiosa, pero no carente de valor, en cuanto demuestra hasta qué punto se tomaban en serio los jóvenes de milochonoventa. Ahora que la profesión literaria ha sido organizada como un departamento de servicios públicos, los escritores han encontrado su verdadero nivel y han aprendido a cumplir su deber sin pensar en el mañana. “El obrero gana su salario”, y eso es todo. Felizmente, los Enoch Soames no existen hoy entre nosotros»[4].

Advertí que pronunciando las palabras en alta voz (recurso que recomiendo a mis lectores) alcanzaba a comprenderlas, poco a poco. Cuanto más inteligibles se volvían, tanto más crecían mi azoramiento, mi congoja y mi horror. Era una pesadilla. Por un lado, a lo lejos, el vasto y siniestro panorama de lo que aguardaba a las infortunadas letras; por el otro, aquí, sentado a la mesa, mirándome con una mirada que parecía quemarme, el pobre hombre a quien, a quien evidentemente… pero no: por mucho que se envileciera mi carácter en los años venideros, yo jamás sería tan bestia como para…

Examiné nuevamente el manuscrito. «Imaginario»… pero allí estaba Soames, y no era más imaginario —¡ay!— que yo. Y «labud»… ¿qué diablos era eso? (Hasta el día de hoy no he descifrado esa palabra).

—Todo esto es muy… desconcertante —balbucí por fin.

Soames nada dijo; pero, cruelmente, no dejó de mirarme.

—¿Está usted seguro —contemporicé—, completamente seguro de que copió bien el párrafo?

—Completamente.

—Bueno, entonces es este maldito Nupton que debe de haber cometido (que cometerá) un estúpido error… ¡Escúcheme, Soames! Usted me conoce demasiado para suponer que yo… Al fin y al cabo, el nombre «Max Beerbohm» no es tan raro, y seguramente habrá varios Enoch Soames por ahí… o, más bien, Enoch Soames es un nombre que podría ocurrírsele a cualquiera que escribiese un cuento. Además, yo no escribo cuentos: soy un ensayista, un observador, un cronista… Admito que es una coincidencia extraordinaria. Pero usted debe comprender…

—Lo comprendo todo —dijo Soames quedamente. Y añadió, en un resabio de sus viejas actitudes, pero con una dignidad que yo nunca le había conocido—: *Parlons d'autre chose*.

Acepté de prisa esta sugestión. Y volví directamente al futuro inmediato. Pasé la mayor parte de aquella larga tarde en renovadas súplicas a Soames para que huyese y se refugiara en cualquier parte. Recuerdo haberle dicho, por último, que si en verdad yo estaba llamado a escribir sobre él, aquel presunto «cuento» podría, por lo menos, tener un epílogo feliz. Soames repitió esas tres palabras finales con expresión de intenso desprecio.

—En la Vida y en el Arte —dijo—, lo único que importa es un epílogo *inevitable*.

—Pero —insistí, fingiendo mayores esperanzas de las que en realidad abrigaba— un final que puede rehuirse, no es inevitable.

—Usted no es un artista —dijo con voz áspera—. Y su incapacidad artística es tan irremediable que, no pudiendo imaginar algo y darle realidad, logrará que una cosa verdadera parezca inventada. Es un miserable chapucero. ¡Maldita suerte la mía!

Protesté que el miserable chapucero no era yo —no iba a ser yo— sino T. K. Nupton, y sostuvimos una discusión bastante acalorada. En lo mejor de ella, me pareció de pronto que Soames admitía su error: lo vi físicamente anonadado. Pero me pregunté por qué —y lo adiviné enseguida, con un escalofrío—, por qué miraba de esa manera algo que estaba a mi espalda. El portador de aquel «final inevitable» llenaba el vano de la puerta.

Logré girar en mi asiento y decir, con cierta despreocupación:

—¿Ah, adelante?

En verdad, su absurdo aspecto de villano de melodrama apaciguaba en algo mi temor. El lustre de su sombrero ladeado y su pechera, la forma en que se retorcía el bigote, y en particular la magnificencia de su sonrisa, todo parecía atestiguar que sólo estaba allí para ser burlado.

De una zancada llegó a nuestra mesa.

—Lamento —dijo con feroz ironía— interrumpir esta pequeña reunión…

—No la interrumpe, la completa —le aseguré—. El señor Soames y yo deseamos

conversar con usted. ¿Quiere sentarse? El señor Soames no ha obtenido nada, absolutamente nada, con su viaje de esta tarde. No pretendemos insinuar que todo este negocio no ha sido más que una estafa… una vulgar estafa. Por el contrario, creemos que usted ha procedido de buena fe. Pero, desde luego, en tales circunstancias, el pacto queda rescindido.

El Diablo no contestó verbalmente. Se limitó a mirar a Soames y señalarle la puerta con el índice rígido. Soames se levantaba penosamente de la silla cuando yo, en un rápido y desesperado ademán, me apoderé de dos cuchillos que descansaban sobre la mesa y puse las hojas en cruz.

El Diablo retrocedió abruptamente contra la mesa que tenía a su espalda, desviando el rostro y estremeciéndose.

—¡Usted no es supersticioso! —dijo con voz sibilante.

—Yo no —repuse sonriendo.

—¡Soames! —ordenó, como si hablara con un lacayo, pero sin volver el rostro—. ¡Enderece esos cuchillos!

—El señor Soames —dije enfáticamente, al tiempo que intentaba refrenar a mi amigo con un gesto imperativo— es un Diabolista católico.

Pero mi pobre amigo cumplió el mandato del Diablo y no el mío; y cuando los ojos del maestro volvieron a clavarse en él, se levantó y salió arrastrando los pies. Traté de hablar. Pero fue él quien habló.

—Haga lo posible —fue la plegaria que me dirigió en el preciso instante en que el Diablo lo sacaba bruscamente por la puerta—, haga lo posible por hacerles saber que yo he existido.

Un segundo después salí yo también. Me quedé mirando a todos lados, a derecha, a izquierda, adelante. Vi la luz de la luna, vi la luz de los faroles, pero Soames y el otro habían desaparecido.

Aturdido, me quedé allí. Aturdido, volví por fin al reducido local: y supongo que pagué a Rose y Berthe mi cena y mi almuerzo, y también los de Soames; espero que así haya sido, porque nunca volví al «Vingtième». Desde aquella noche no me he acercado a Greek Street. Y pasaron muchos años antes de que volviera a poner el pie en Soho Square, porque fue allí, esa misma noche, donde ambulé horas y horas con esa vaga sensación de esperanza que incita a un hombre a no alejarse del lugar donde ha perdido algo… «En torno a la plaza de cerrados postigos anduve y anduve…». Aquella línea me volvía a la memoria, en mi solitaria ronda, y junto con ella toda la estrofa, repicando en mi cerebro y haciéndome ver cuán trágicamente distinto de lo imaginado por él había sido el encuentro del poeta con ese príncipe de quien, más que de todos los príncipes, debemos desconfiar.

Sin embargo —es extraño cómo ambula y divaga la mente de un ensayista, por conmovida que esté—, recuerdo haberme detenido ante un amplio portal preguntándome si acaso era el mismo en que el joven de Quincey yacía enfermo y débil mientras la pobre Ann corría a todo lo que daban sus piernas en dirección a

Oxford Street, esa «madrastra de corazón de piedra», y regresaba con el «vaso de oporto y especias» sin el cual, según él, quizá habría muerto. ¿Era éste el mismo portal que de Quincey solía visitar en su ancianidad a manera de homenaje? Medité sobre el destino de Ann y la causa de su repentina desaparición de la guarida de su amigo; y luego me reproché amargamente por dejar que el pasado desplazara al presente. ¡Pobre Soames, desaparecido!

Y también empecé a sentirme preocupado por mí mismo. ¿Qué debía hacer?

¿Se produciría acaso un gran escándalo? ¿«La Misteriosa Desaparición de un Escritor», etc.? Había sido visto, por última vez, almorzando y cenando en mi compañía. ¿No sería mejor que yo tomara un coche y fuera inmediatamente a Scotland Yard? Me creerían un lunático. Al fin y al cabo, dije para tranquilizarme, Londres es una ciudad muy grande, y un solo ser humano, muy oscuro por añadidura, puede fácilmente desaparecer sin que nadie lo advierta… especialmente ahora, en el deslumbramiento del próximo jubileo. Lo mejor, pensé, era no decir nada.

Y estaba en lo cierto. La desaparición de Soames no produjo el menor ruido. Fue olvidado por completo antes que nadie —que yo sepa— observara que ya no se lo veía. Quizá de tanto en tanto, algún poeta, algún prosista, haya preguntado a otro: ¿Qué ha sido de ese hombre Soames?, pero yo no oí jamás esa pregunta. Cabe suponer que el procurador que le entregaba su renta anual realizara averiguaciones, pero no trascendió ningún eco de las mismas. Había algo atroz, para mí, en ese desconocimiento general del hecho de que Soames había existido, y más de una vez me sorprendí preguntándome si Nupton —ese nonato— tendría razón al suponer que Soames era fruto de mi fantasía.

En ese extracto del repulsivo libro de Nupton hay un detalle que quizá os ha intrigado. ¿Cómo es que el autor, aunque yo lo he mencionado aquí por su nombre y he citado las mismas palabras que él ha de escribir, no advertirá el evidente corolario deque yo no he inventado nada? La respuesta sólo puede ser la siguiente: Nupton no habrá leído los últimos pasajes de esa crónica. Semejante falta de escrupulosidad es un pecado grave en quien emprende un trabajo de investigación. Y espero que estas palabras sean descubiertas por algún rival contemporáneo de Nupton y lo lleven a la ruina.

Me agrada pensar que en algún momento dado, entre los años 1992 y 1997, alguien habrá leído esta memoria, y habrá impuesto al mundo las inevitables y sorprendentes conclusiones que extraiga de ellas. Y tengo motivos para creer que así ocurrirá. Ustedes comprenden que la sala de lectura adonde Soames fue proyectado por el Diablo era, en todos sus aspectos, tal como será en la tarde del 3 de junio de 1997. Comprenderán, por lo tanto, que esa tarde, cuando el tiempo la traiga, estará allí la misma gente, y estará allí, puntual, el mismo Soames, y tanto él como ellos harán exactamente lo que antes hicieron. Recuerden ahora que, según Soames, su arribo produjo sensación. Alegarán ustedes que la sola peculiaridad de su atuendo bastaba para causar sensación en aquella multitud uniformada. Pero no dirían tal cosa

si alguna vez lo hubieran visto. Les aseguro que en ninguna época Soames podría dejar de ser oscuro. El hecho de que ellos lo mirarán con fijeza, y lo seguirán de un lado a otro, y aparentemente le tendrán miedo, sólo puede explicarse suponiendo que, de algún modo, estarán preparados para su espectral aparición. Habrán estado aguardando con ansia para comprobar si realmente aparecía. Y cuando llegue de verdad, el efecto, por supuesto, será… terrible.

Un fantasma auténtico, garantizado, demostrado, pero —¡ay!— nada más que un fantasma. Nada más. En su primera visita, Soames era un ser de carne y hueso, mientras que los seres en cuyo ámbito fue proyectado no eran, según creo, más que fantasmas… fantasmas sólidos, palpables y parlantes, pero inconscientes y automáticos fantasmas en un edificio que era apenas una ilusión. La próxima vez ese edificio y esos seres serán verdaderos. Soames será la aparición. Ojalá pudiera creerlo destinado a regresar al mundo, verdadera, física, conscientemente. Ojalá le estuviera reservada esta breve y única fuga, este único y pequeño placer. Nunca lo olvido mucho tiempo. Está donde está, y para siempre. Los moralistas rígidos podrán decir que es el único culpable de su suerte. Por mi parte, creo que ha sido tratado con excesivo rigor. Está bien que la vanidad sea castigada; y admito que la vanidad de Enoch Soames era superior a lo corriente y merecía un tratamiento especial. Pero no había necesidad de ensañarse. Dirán ustedes que él se comprometió a pagar el precio que está pagando. Sí; pero yo sostengo que fue inducido por medios fraudulentos. Bien informado de todas las cosas, el Diablo debía saber que mi amigo nada ganaría con su visita al futuro. Todo este asunto no ha sido más que una vilísima treta. Cuanto más pienso en ello, tanto más detestable me parece el Diablo.

Lo he visto varias veces, en distintos lugares, después de aquella tarde en el «Vingtième». Pero sólo en una oportunidad se puede decir que nos encontramos. Fue en París. Caminaba yo una tarde por la rue d'Antin cuando advertí que se acercaba desde opuesta dirección… llamativamente vestido, como de costumbre, balanceando un bastón de ébano y comportándose, en suma, como si toda la calle le perteneciera. Al pensar en Enoch Soames y en los millares de seres que sufren eternamente bajo el dominio de esta bestia, me llenó una fría cólera y me erguí en toda mi estatura. Pero… en fin, uno está tan acostumbrado a saludar y a sonreír en la calle a cualquier conocido, que esos gestos se vuelven casi independientes de uno mismo; para evitarlos, es menester un esfuerzo muy intenso y una gran presencia de ánimo. Y así, al pasar frente al Diablo, advertí con zozobra que yo lo saludaba y le sonreía. Y mi vergüenza se hizo luego más profunda y candente porque él —sí, señor— me miró con la mayor altivez y no me devolvió el saludo.

Ser desairado —deliberadamente— ¡y por él! ¡Es para sacar de sus casillas a cualquiera!

3

El alacrán de fray Gómez
Ricardo Palma

RICARDO PALMA nació en Lima en 1833. Murió en 1919. Periodista, universitario, poeta, Director de la Biblioteca Nacional de su país, debe lo esencial de su fama a la colección de *Tradiciones Peruanas*, que empezó a publicar a partir de 1872. A ella pertenece este relato.

I

Éste era un lego contemporáneo de don Juan de la Pipirindica, el de la valiente pica, y de San Francisco Solano, el cual lego desempeñaba en Lima, en el convento de los padres seráficos, las funciones de refitolero en la enfermería u hospital de los devotos frailes. El pueblo lo llamaba fray Gómez, y fray Gómez lo llaman las crónicas conventuales, y la tradición lo conoce por fray Gómez. Creo que hasta en el expediente que para su beatificación y canonización existe en Roma, no se le da otro nombre.

Fray Gómez hizo en mi tierra milagros a mantas, sin darse cuenta de ellos y como quien no quiere la cosa. Era de suyo milagrero, como aquel que hablaba en prosa sin sospecharlo.

Sucedió que un día iba el lego por el puente, cuando un caballo desbocado arrojó sobre las losas al jinete. El infeliz quedó patitieso, con la cabeza hecha una criba y arrojando sangre por boca y narices.

—¡Se descalabró! ¡Se descalabró! —gritaba la gente—. ¡Qué vayan a San Lorenzo por el santo óleo! —Y todo era bullicio y alharaca.

Fray Gómez acercóse pausadamente al que yacía en tierra, púsole sobre la boca el cordón de su hábito, echóle tres bendiciones, y sin más médico ni más botica el descalabrado se levantó tan fresco, como si el golpe no hubiera recibido.

—¡Milagro, milagro! ¡Viva fray Gómez! —exclamaron los infinitos espectadores.

Y en su entusiasmo intentaron llevar en triunfo al lego. Éste, para sustraerse a la popular ovación, echó a correr cansino de su convento y se encerró en su celda.

La crónica franciscana cuenta esto último de manera distinta. Dice que fray Gómez, para escapar de sus aplaudidores, se elevó en los aires y voló desde el puente hasta la torre de su convento. Yo ni lo niego ni lo afirmo. Puede que sí y puede que no. Tratándose de maravillas, no gasto tinta en defenderlas ni en refutarlas.

Aquel día estaba fray Gómez en vena de hacer milagros, pues cuando salió de su celda se encaminó a la enfermería, donde encontró a San Francisco Solano acostado sobre una tarima, víctima de una furiosa jaqueca. Pulsólo el lego y le dijo:

—Su paternidad está muy débil, y haría bien en tomar algún alimento.

—Hermano —contestó el santo—, no tengo apetito.

—Haga un esfuerzo, reverendo padre, y pase siquiera un bocado.

Y tanto insistió el refitolero, que el enfermo, por librarse de exigencias que picaban ya en majadería, ideó pedirle lo que hasta para el virrey habría sido imposible conseguir, por no ser la estación propicia para satisfacer el antojo.

—Pues mire, hermanito, sólo comería con gusto un par de pejerreyes.

Fray Gómez metió la mano dentro de la manga y presentó un par de pejerreyes tan fresquitos que parecían acabados de salir del mar.

—Aquí los tiene su paternidad, y que en salud se le conviertan. Voy a guisarlos.

Y ello es que con los benditos pejerreyes quedó San Francisco curado como por ensalmo.

Me parece que estos dos milagritos de que incidentalmente me he ocupado no son paja picada.

Dejo en mi tintero otros muchos de nuestro lego; porque no me he propuesto relatar su vida y milagros.

Sin embargo, apuntaré, para satisfacer curiosidades exigentes, que sobre la puerta de la primera celda del pequeño claustro, que hasta hoy sirve de enfermería, hay un lienzo pintado al óleo representando estos dos milagros, con la siguiente inscripción:

«El Venerable Fray Gómez. Nació en Extremadura en 1560. Vistió el Hábito en Chuquisaca en 1580. Vino a Luna en 1587. Enfermero fue cuarenta años, ejercitando todas las virtudes, dotado de favores y dones celestiales. Fue su vida un continuado milagro. Falleció el 2 de mayo de 1631, con fama de santidad. En el año siguiente se colocó el cadáver en la capilla de Aranzazú, y en 13 de octubre de 1810 se pasó debajo del altar mayor, a la bóveda donde son sepultados los padres del convento. Presenció la traslación de los restos el señor doctor don Bartolomé María de las Heras. Se restauró este venerable retrato en 30 de noviembre de 1882, por M. Zamudio».

II

Estaba una mañana fray Gómez en su celda entregado a la meditación, cuando dieron a la puerta unos discretos golpecitos, y una voz de quejumbroso timbre dijo:

—*Deo gratias*… ¡Alabado sea el Señor!

—Por siempre jamás, amén. Entre, hermanito —contestó fray Gómez.

Y penetró en la humildísima celda un individuo algo desarrapado, *vera efigies* del hombre a quien acongojan pobrezas, pero en cuyo rostro se dejaba adivinar la proverbial honradez del castellano viejo.

Todo el mobiliario de la celda se componía de cuatro sillones de vaqueta, una mesa mugrienta, y una tarima sin colchón, sin sábanas ni abrigo, y con una piedra por cabezal o almohada.

—Tome asiento, hermano, y dígame sin rodeos lo que por acá le atrae —dijo fray Gómez.

—Es el caso, padre, que yo soy hombre de bien a carta cabal…

—Se le conoce y que persevere deseo, que así merecerá en esta vida terrena la paz de conciencia, y en la otra la bienaventuranza.

Y es el caso que soy buhonero, que vivo cargado de familia y que mi comercio no cunde por falta de medios, que no por holgazanería y escasez de industria en mí.

—Me alegro, hermano, que a quien honradamente trabaja, Dios le acude.

—Pero es el caso; padre, que hasta ahora Dios se me hace el sordo, y en acorrerme tarda…

—No desespere, hermano, no desespere.

—Pues es el caso, que a muchas puertas he llegado en demanda de habilitación por quinientos duros, y todas las he encontrado con cerrojo y cerrojillo. Y es el caso que anoche, en mis cavilaciones, yo mismo me dije a sí mismo: «¡Ea!, Jeromo, buen ánimo y vete a pedirle el dinero a fray Gómez, que si él lo quiere, mendicante y pobre como es, medio encontrará para sacarte del apuro». Y es el caso que aquí estoy porque he venido, y a su paternidad le pido y ruego que me preste esa puchuela por seis meses, seguro que no será por mí por quien se diga:

En él mundo hay devotos
de ciertos santos:
la gratitud les dura
lo que el milagro;
que un beneficio
da siempre vida a ingratos
desconocidos.

—¿Cómo ha podido imaginarse, hijo, que en esta triste celda encontraría ese caudal?

—Es el caso, padre, que no acertaría a responderle; pero tengo fe en que no me dejará ir desconsolado.

—La fe lo salvará, hermano. Espere un momento.

Y paseando los ojos por las desnudas y blanqueadas paredes de la celda, vio un alacrán que caminaba tranquilamente sobre el marco de la ventana. Fray Gómez arrancó una página de un libro viejo, dirigióse a la ventana, cogió con delicadeza a la sabandija, la envolvió en el papel y tornándose hacia el castellano viejo le dijo:

—Tome, buen hombre, y empeñe esta alhajita; no olvide, sí, devolvérmela dentro de seis meses.

El buhonero se deshizo en frases de agradecimiento, se despidió de fray Gómez y más que de prisa se encaminó a la tienda de un usurero.

La joya era espléndida, verdadera alhaja de reina morisca, por decir lo menos. Era un prendedor figurando un alacrán. El cuerpo lo formaba una magnífica esmeralda engarzada sobre oro, y la cabeza un grueso brillante con dos rubíes por ojos.

El usurero, que era un hombre conocedor, vio la alhaja con codicia, y ofreció al necesitado adelantarle dos mil duros por ella; pero nuestro español se empeñó en no aceptar otro préstamo que el de quinientos duros por seis meses, y con un interés judaico se entiende. Extendiéronse y firmáronse los documentos o papeletas de estilo, acariciando el agiotista la esperanza de que a la postre el dueño de la prenda acudiría por más dinero que con el recargo de intereses lo convertiría en propietario de joya tan valiosa por mérito intrínseco y artístico.

Y con este capitalito fuéle tan prósperamente en su comercio, que a la terminación del plazo pudo desempeñar la prenda, y, envuelta en el mismo papel que la recibiera, se la devolvió a fray Gómez.

Éste tomó el alacrán, lo puso sobre el alféizar de la ventana, le echó una bendición y dijo:

—Animalito de Dios, sigue tu camino.

4

En el camino de Brighton
Richard Middleton

RICHARD B. MIDDLETON, escritor inglés, nació en 1882, murió en 1911. Una colección de cuentos suyos, *The Ghost Ship,* apareció en 1912, un año después de su muerte.

Lentamente había trepado el sol por las colinas blancas y duras hasta alumbrar, sin el misterioso ritual del amanecer, un centelleante mundo de nieve. Una fuerte helada había caído por la noche, y los pájaros que saltaban ateridos de un lado a otro no dejaban huellas de su paso en los plateados caminos. En algunos lugares, las abrigadas cavernas de los setos mitigaban la monotonía de blancura que había descendido sobre la coloreada tierra, y allá arriba se fundían los torsos del cielo, del anaranjado al azul profundo, y del azul profundo a un celeste tan pálido que más que espacio ilimitado sugería una tenue pantalla de papel. Un viento frío y silencioso soplaba de los campos, arrancando a los árboles un fino polvillo de nieve, pero sin alcanzar a mover los pesados setos. Una vez superado el horizonte, el sol pareció ascender con más rapidez, y a medida que se elevaba, su calor luchaba con la gelidez del viento.

Quizá haya sido esta extraña alternativa de calor y frío lo que arrancó al vagabundo de su sumo; lo cierto es que forcejeó un instante con la nieve que lo cubría, como un hombre que se revuelve incómodo entre las sábanas, y después se sentó con ojos abiertos e interrogantes.

—¡Cielos! Pensé que estaba en cama —dijo para sus adentros, observando el desnudo paisaje—, y en realidad no me he movido de aquí.

Se desperezó, y levantándose cuidadosamente se sacudió la nieve que le cubría el cuerpo. El viento lo hizo tiritar, y comprendió entonces que su lecho había sido tibio.

«Vamos, me siento bastante bien —pensó—. Supongo que es una suerte haber despertado. O una desgracia… no es demasiado agradable volver al mundo». Alzó la vista y vio las colinas que resplandecían contra lo azul como los Alpes de una tarjeta postal. «Esto significa, si no me equivoco —prosiguió lúgubremente— que aún debo marchar unas cuarenta millas. Sabe Dios lo que anduve a ver. Caminé hasta sentirme exhausto, y ahora no me habré alejado más de doce millas de Brighton. ¡Maldita sea la nieve, maldito Brighton, maldito todo el mundo!».

El sol subía cada vez más, y él echo a andar pacientemente a lo largo del camino, dando la espalda a las colinas.

«¿Me causa pena o alegría saber que fue sólo el sueño quien se apoderó de mí, pena o alegría, pena o alegría?». Sus pensamientos parecían ordenarse en un acompañamiento métrico al ritmo constante de sus pasos, y no se esforzó por hallar una respuesta a su pregunta. Le bastaba con marchar a compás de ella.

Había dejado atrás tres piedras miliares cuando alcanzó a un muchacho que se agachaba para encender un cigarrillo. Iba sin sobretodo y en aquel contorno de nieve parecía indeciblemente frágil.

—¿Va por este camino, señor? —preguntó hoscamente el muchacho.

—Sí —respondió el vagabundo.

—Ah, entonces lo acompañaré un trecho, si no va usted demasiado rápido. Uno se siente solo a esta hora del día.

El caminante asintió y el muchacho comenzó a andar, cojeando, a su lado.

—Tengo dieciocho años —dijo, como al azar—. Seguramente usted me habrá creído más joven.

—Pensé que no tendrías más de quince.

—Se equivocaba. Cumplí los dieciocho años en agosto, hace seis que camino. Cinco veces huí de casa cuando era pequeño, y otras tantas me prendió la policía y me llevó de vuelta. La policía ha sido muy buena conmigo. Ahora no tengo casa de donde huir.

—Yo tampoco —dijo tranquilamente el vagabundo.

—Oh, ya sé lo que es usted —exclamó el muchacho, jadeante—. Un caballero venido a menos. Para usted es más difícil que para mí.

El vagabundo miró de soslayo la magra figura del joven que renqueaba a su lado, y aminoró el paso.

—No he caminado tanto como tú —admitió.

—No, se le adivina en el paso. Aún no se ha fatigado. ¿Quizá espera llegar a alguna parte?

El caminante reflexionó.

—No sé —dijo amargamente—. Uno siempre espera algo.

—Ya perderá la costumbre —comentó el muchacho—. En Londres hace más calor, pero es más difícil hallar de comer. En realidad, rara vez se encuentra algo.

—Pero siempre existe la posibilidad de encontrar a alguien que comprenda…

—La gente del campo es mejor —comentó el muchacho—. Anoche arrendé por nada un granero y dormí con las vacas, y esta mañana el granjero me sacó de allí, pero me dio té y tocino porque me vio pequeño. Por supuesto, ésa es una ventaja; pero en Londres, sopa de noche en el *Embankment*, y después policías que lo echan a uno de todas partes.

—Yo me caí anoche a la vera del camino y me quedé dormido. Es un milagro que no me haya muerto.

El muchacho le lanzó una mirada perspicaz.

—¿Cómo sabe que no se ha muerto? —dijo.

—No me parece —respondió el caminante después de una pausa.

—Pues yo le digo —exclamó el muchacho— que gente como nosotros no podemos escapar de esto aunque queramos. Siempre hambrientos, sedientos, cansados como perros, caminando. Y sin embargo, si alguien me ofrece trabajo y un hogar tranquilo, mi estómago se enferma. ¿Acaso parezco fuerte? Se que soy pequeño para mí edad, pero he ambulado seis años, ¿y cree usted que no estoy muerto? Me ahogué mientras me bañaba en Margate, y un gitano me mató con una lanza; me atravesó la cabeza, y dos veces me helé como usted anoche, y en este mismo camino me destrozó un automóvil; y sin embargo, aquí me ve, caminando, caminando en dirección a Londres, para irme de Londres caminando, porque no puedo evitarlo. ¡Muerto! Le digo que no podemos escapar aunque queramos.

El niño se interrumpió en un acceso de tos, y el caminante se detuvo a esperar que se recobrara.

—Sera mejor que te preste mi abrigo, Tommy —dijo—: Tienes una tos muy fea.

—¡Váyase al diablo! —le gritó fieramente, chupando su cigarrillo—. Estoy perfectamente. Le estaba hablando del camino. Usted aún no lo sabe, pero lo descubrirá. Estamos todos muertos, todos los que vamos por el camino, y estamos todos cansados, pero no podemos dejarlo. En verano está el aire perfumado, el polvo y el heno y el viento le golpean a uno en la cara en los días calientes; y es hermoso despertarse en la hierba húmeda en una límpida mañana. No sé, no sé…

Súbitamente cayó hacia adelante, y el vagabundo lo tomó entre sus brazos.

—Estoy enfermo —susurró el muchacho—, estoy enfermo…

El vagabundo miró a un lado y a otro, pero no vio casas ni señales de vida. Sin embargo, cuando aún sostenía vacilante al muchacho en mitad del camino, un automóvil apareció de pronto a la distancia y se acercó suavemente sobre la nieve.

—¿Qué ocurre? —dijo quedamente el conductor, deteniendo el automóvil—. Yo soy médico.

Miró atentamente al muchacho y oyó su pesada respiración.

—Pulmonía —comentó—. Lo llevaré al hospital, y a usted también, si quiere.

El vagabundo pensó en la casa de corrección y meneó la cabeza.

—Prefiero ir a pie —dijo.

El muchacho le hizo un guiño apenas perceptible mientras lo subían al automóvil.

—Nos encontraremos más allá de Reigate —murmuró—. Ya verá.

Y el automóvil se desvaneció por la blanca carretera.

Toda la mañana anduvo el peregrino chapoteando sobre la nieve fundida, pero al mediodía pidió un mendrugo en una choza y entró en un solitario granero para comerlo. Allí hacía calor, y después de comer se quedó dormido entre el heno. Estaba todo oscuro cuando despertó y echo a andar una vez más por los anegados caminos.

Dos millas más allá de Reigate, una figura, una frágil figura, salió de la oscuridad a su encuentro.

—¿Va por este camino, señor? —dijo una voz ronca—. Entonces lo acompañaré

un trecho, si no anda usted demasiado rápido. Uno se siente solo caminando a esta hora.

—¡Pero, la pulmonía…! —exclamó el vagabundo, aterrado.

—Morí en Crawley esta mañana —dijo el muchacho.

5

Sombras suele vestir
José Bianco

JOSE BIANCO nació en 1911. Ha escrito artículos y cuentos para *La Nación*, *La Prensa* y otras publicaciones hispanoamericanas.

De 1944 es su novela *Las Ratas*. Es colaborador y jefe de redacción de la revista *Sur* desde 1938.

El sueño, autor de representaciones,
en su teatro sobre el viento armado,
sombras suele vestir de bulto bello.
GÓNGORA

I

—Lo echaré de menos; lo quiero como a un hijo —dijo doña Carmen.

Le contestaron:

—Sí; usted ha sido muy buena con él. Pero es lo mejor.

En los últimos tiempos, cuando iba al inquilinato de la calle Paso, rehuía la mirada de doña Carmen para no turbar esa vaga somnolencia que había llegado a convertirse en su estado de ánimo definitivo. Hoy, como de costumbre, detuvo los ojos en Raúl: el muchacho ovillaba una madeja de lana dispuesta en el respaldo de dos sillas; podía aparentar veinte años, a lo sumo, y tenía esa expresión atónita de las estatuas, llena de dulzura y desapego. De la cabeza de Raúl pasó al delantal de la

mujer; observó los cuatro dedos terraces, plegados sobre cada bolsillo; paulatinamente llegó al rostro de doña Carmen. Pensó con asombro: «Eran ilusiones mías. Nunca la he odiado, quizá».

Y también pensó, con tristeza: «No volveré a la calle Paso».

Había muchos muebles en el cuarto de doña Carmen; algunos pertenecían a Jacinta: el escritorio de caoba donde su madre hacía complicados solitarios o escribía cartas aún más complicadas a los amigos de su marido, pidiéndoles dinero; el sillón, con el relleno asomando por las aberturas… Observaba con frío interés el espectáculo de la miseria. Desde lejos parecía un bloque negro, reacio; poco a poco iban surgiendo penumbras amistosas (Jacinta no carecía de experiencia) y se distinguían las sombras claras de los nichos en donde era posible refugiarse. La miseria no estaba reñida con momentos de intensa felicidad.

Recordó una época en que su hermano no quería comer. Para conseguir que probara algún bocado necesitaban esconder un plato de carne debajo del ropero, en un cajón del escritorio… Raúl se levantaba por la noche: al día siguiente aparecía el plato vacío, donde ellas lo dejaron. Por eso, después de comer, mientras el muchacho tomaba fresco en la vereda, madre e hija discurrían algún nuevo escondite. Y Jacinta evocó una mañana de otoño. Oía gemidos en la pieza contigua. Entró, se aproximó a su madre, sentada en el sillón, le separó las manos de la cara y le vio el semblante contraído, deformado por la risa.

La señora de Vélez no podía recordar dónde había ocultado el plato la noche anterior.

Su madre se adaptaba a todas las circunstancias con una jovial sabiduría infantil. Nada la tomaba de sorpresa y, por eso, cada nueva desgracia encontraba el terreno preparado. Imposible decir en que momento había sobrevenido, a tal punto se hacía instantáneamente familiar, y lo que fue una alteración, un vicio, pasaba de manera insensible a convertirse en ley, en norma, en propiedad connatural de la vida misma. Como Talleyrand y Wellington, conversando en la Embajada de Inglaterra, eran para Delacroix dos pedazos rutilantes de la naturaleza visible, un hombre azul al lado de un hombre rojo, las cosas (contempladas por su madre) parecían despojarse de todo significado moral o convencional, perdían su veneno, se sustituían las unas a las otras y alcanzaban una especie de categoría metafísica, de pureza trascendente que las nivelaba.

Pensaba en el aire secreto y un poco ridículo que adoptó doña Carmen cuando la condujo a casa de María Reinoso. Era un departamento interior. En la puerta había una chapa de bronce que decía: «Reinoso. Comisiones». Antes de entrar, mientras caminaban por el largo pasillo, doña Carmen balbuceó unas palabras: le aconsejaba que no hablara de María Reinoso con su madre (y Jacinta, al vislumbrar un destello de inocencia en esa mujer tan astuta, reflexionó en la capacidad de ilusión, en la innata afición al melodrama que tienen las llamadas «clases bajas»). Pero ¿le hubiera importado tan poco a su madre, en realidad? Nunca lo sabría. Ya era imposible

decírselo.

Empezó a ir a casa de María Reinoso. Doña Carmen no tuvo que mantenerlos (desde hacía más de un año, sin que nadie supiera por que, subvenía a las necesidades de la familia Vélez). Sin embargo, no era tarea fácil evitar a la encargada del inquilinato. Jacinta tropezaba con ella, conversando con los proveedores, en el amplio zaguán a que daban las puertas, o la encontraba instalada en su propio cuarto. ¿Cómo sacarla de allí? Por lo demás, gracias a la encargada del inquilinato había un poco de orden en las tres habitaciones que ocupaban Jacinta, su madre y su hermano. Doña Carmen, una vez por semana, lanzaba sobre la familia Vélez el embate de su actividad: abría las puertas, fregaba el piso y los muebles con una suerte de rabia contenida; en el patio, ante los ojos de los vecinos, salía a relucir el impudor de los colchones y de la dudosa ropa de cama. Ellos se sometían, entre agradecidos y avergonzados. Pasada esta ráfaga, el desorden comenzaba a envolverlos en su fútil, tibia, resistente complicación.

Jacinta la encontraba tejiendo, sentada junto a su madre. El primer día que Jacinta conoció a María Reinoso, doña Carmen trató de cambiar impresiones con ella. Jacinta contestó con monosílabos; pero la presencia aún silenciosa de la encargada del inquilinato tenía la virtud de transportarla a la otra casa, de donde acababa de salir. Y Jacinta, esas tardes, después de apaciguar los deseos de algún hombre, también necesitaba apaciguarse, olvidar; necesitaba perderse a sí misma en ese mundo infinito y desolado que creaban su madre y Raúl. La señora de Vélez hacía el *Metternich* o el *Napoleón*. Barajaba los naipes franceses y cubría la mesa de números rojos y negros, de parejas de hombres y mujeres sin cuello, llenos de coronas y estandartes, que compartían su melancólica grandeza en la breve cartulina. De tiempo en tiempo, sin dejar de jugar, aludía a minucias cuya posesión nadie hubiera deseado disputarle, o a sus parientes y amigos de otra época, que no la trataban desde hacía veinte años y (acaso) la creían muerta. A veces, Raúl se detenía junto a su madre. De pie, con la mejilla apoyada en una mano y el codo sostenido en la otra, observaba la lenta trayectoria de las cartas. La señora de Vélez, para distraerlo, lo hacía intervenir en un afectuoso monólogo entrecortado por silencios jadeantes, dentro de los cuales sus palabras parecían prolongarse y perder todo sentido. Decía, por ejemplo:

—Barajemos. Aquí estará la reina. Ya podemos sacar el valet. De perfil, con el pelo negro, el valet de pique se te parece. Un hombre moreno de ojos claros, como diría doña Carmen, que echa tan bien las cartas. Una vuelta más, esta vez muy despacio. En fin, el *Napoleón* va en camino de salir. Y es difícil, difícil. ¿Nos sucederá algo malo? Una vez, en Aix-les-Bains, lo saqué tres veces en la misma noche y al día siguiente se declaró la guerra. Tuvimos que marcharnos a Génova y tomar un buque mercante, «*tous feux éteints*». Y yo seguía haciendo el *Napoleón*, trébol sobre trébol, ocho sobre nueve. ¿Dónde estará el diez de pique? Con un temor horrible a las minas y a los submarinos. Tu pobre padre me decía: «Tienes la esperanza de sacar el *Napoleón* para que naufraguemos. Confías, pero en tu mala

suerte…».

El narcótico empezaba a operar sobre los nervios de Jacinta. Se aquietaba el tumulto de impresiones recientes formado por tantas particular atrozmente activas que luchaban entre sí y aportaban cada una su propia evidencia, su pedacito de realidad. Jacinta sentía el cansancio apoderarse de ella, borrar los vestigios del hombre con quien estuvo dos horas antes en casa de María Reinoso, nublar el pasado inmediato con sus mil imágenes, sus olores, sus palabras, y empezaba a no distinguir la línea de demarcación entre ese cansancio, al cual se entregaba un poco solemnemente, y el descanso supremo. Entreabriendo los ojos, contempló a sus dos queridos fantasmas en esa atmósfera gris. La señora de Vélez había terminado de jugar. La lámpara iluminaba sus manos inertes, todavía apoyadas en la mesa. Raúl continuaba de pie, pero las barajas, diseminadas sobre el tafilete amarillo, habían dejado de interesarlo. Doña Carmen estaría tejiendo, posiblemente a su derecha. Jacinta, para verla, hubiese necesitado volver la cabeza. ¿Estaba doña Carmen a su lado? Tenía la sensación de haber eludido su presencia, tal vez para siempre. Había entrado en un ámbito que la encargada del inquilinato no podía franquear. Y la paz se hacía por momentos más íntima, más aguda, más punzante. En plena beatitud, con la cabeza echada para atrás hasta tocar con la nuca en el respaldo, los ojos ausentes, las comisuras de los labios distendidas hacia arriba, Jacinta mostraba la expresión de un enfermo quemado, purificado por la fiebre, en el preciso instante en que la fiebre lo abandona y deja de sufrir.

Doña Carmen continuaba tejiendo. De cuando en cuando el vaivén de las agujas (a través del largo hilo imperceptible) imprimía un temblor subrepticio, casi animal, al grueso ovillo de lana que yacía junto a sus pies. Como el sopor de los leones de piedra que guardan los portales, con una bocha entre las patas, su indiferencia tenía algo de engañoso y parecía destinada a descargarse en una súbita actividad. Jacinta, de pronto, advierte que la atmósfera se carga de pensamientos hostiles: doña Carmen la recupera, y María Reinoso, y los diálogos que sostienen las dos mujeres.

Una tarde, cuando salía de casa de Maria Reinoso, las había sorprendido conversando desde una puerta entreabierta. Ambas callaron, pero Jacinta tuvo la certeza de que hablaban de ella. Los ojos de doña Carmen eran pequeños, con el iris tan oscuro que se confundía con la pupila. Al contemplar a las personas, éstas se advertían escudriñadas sin que pudieran defenderse, observando a su vez, porque esos ojos opacos interceptaban al tácito canje de impresiones que es una mirada recíproca. La tarde que las sorprendió, los ojos de doña Carmen se habían concedido un descanso: brillaban, muy abiertos, y a esas dos rejillas complacientes iban a parar los comentarios de María Reinoso, quien alargaba hasta la encargada del inquilinato su rostro anémico, con la boca aún torcida por las palabras obscenas que acababa de murmurar.

No aborrecía sus encuentros en casa de María Reinoso. Le permitieron independizarse de doña Carmen, mantener a su familia. Además, eran encuentros

inexistentes: el silencio los aniquilaba. Jacinta sentíase libre, limpia de sus actos en el plano intelectual. Pero las cosas cambiaron a partir de esa tarde. Comprendió que alguien registraba, interpretaba sus actos; ahora el silencio mismo parecía conservarlos, y los hombres anhelosos y distantes a los cuales se prostituía empezaron a gravitar extrañamente en su conciencia. Doña Carmen hacía surgir la imagen de una Jacinta degradada, unida a ellos: quizá la imagen verdadera de Jacinta; una Jacinta creada por los otros y que por eso escapaba a su dominio, que la vencía de antemano al comunicarle la postración que invade frente a lo irreparable. Entonces, en vez de terminar con ella, Jacinta se dedicó a sufrir por ella, como si el sufrimiento fuera el único medio que tenía a su alcance para rescatarla y (a medida que sufría) obraba de tal modo que conseguía infundirle una exasperada realidad. Abandonó todo esfuerzo, toda aspiración a cambiar de género de vida. Había empezado a traducir una obra del inglés. Eran capítulos de un libro científico, en parte inédito, que aparecían conjuntamente en varias revistas médicas del mundo. Una vez por semana le entregaban alrededor de treinta páginas impresas en mimeógrafo, y cuando ella las devolvía traducidas y copiadas a máquina (compró una máquina de escribir en un remate del Banco Municipal) le entregaban otras tantas. Fue a la agencia de traducciones, devolvió los últimos capítulos, no aceptó otros.

Le pidió a doña Carmen que vendiera la máquina de escribir.

Llegó el día en que la señora de Vélez se acostó entre un fragante desorden de junquillos, varas de nardo, fresias y gladiolos. El médico del barrio, a quien doña Carmen arrancó del lecho esa madrugada, diagnosticó una embolia pulmonar. La ceremonia fúnebre tuvo lugar en el primer departamento, al lado de la puerta de calle, que a ese fin cedió una vecina. Los inquilinos entraban al cuarto de puntillas y una vez junto al ataúd dejaban caer sus miradas sobre el rostro de la señora de Vélez con todo el estrépito que habían contenido en sus pasos. Pero del ataúd no llegaban señales de protesta. A la señora de Vélez no parecían molestarle esas miradas, ni los cuchicheos de los condolientes (sentados en torno a Jacinta y Raúl) ni el ir y venir de doña Carmen (un rosario negro enroscado a la muñeca), que distribuía con sigilo infructuoso tazas de café, arreglaba coronas y palmas o disponía nuevos ramitos a los pies del ataúd. En un momento dado, Jacinta salió de la rueda, fue a la portería, marcó un número en el teléfono. Después dijo, en voz muy baja:

—¿No ha preguntado nadie por mí?

—Ayer —le contestaron— habló Stocker para verla a usted hoy, a las siete. Quedó en hablar de nuevo. Me pareció inútil llamarla.

—Dígale que voy a ir. Gracias.

Fue el comienzo de una tarde difícil de olvidar. Primero, en el cuarto de su madre, Jacinta permaneció largo rato con los sentidos anormalmente despiertos, ajena a todo y a la vez de todo muy consciente, cernida sobre su propio cuerpo y los objetos

familiares que se animaban con una vida ficticia en honor a ella, refulgían, ostentaban sus planos lógicos, sus rigurosas tres dimensiones. «Quieren ser mis amigos —no pudo menos de pensar— y hacen esfuerzos para que yo los vea», porque este aspecto inesperado parecía corresponder a la identidad secreta de los objetos mismos y a la vez coincidir con su yo recóndito. Dio algunos pasos por el cuarto mientras perduraba en sus labios, con toda la agresividad de una presencia extraña, el gusto del café. «Y yo no los miraba. La costumbre me alejaba de ellos. Hoy los veo por primera vez».

Y, sin embargo, los reconocía. Ahí estaba ese extravagante mueble barroco (los dos mazos de naipes sobre el tafilete amarillento) que terminaba en una repisa con un espejo incrustado. Ahí estaban las medicinas de su madre, un frasco de digital, un vaso, una jarra con agua. Y ahí estaba ella en el espejo, con su cara de planos vacilantes, sus rasgos inocentes y finos. Todavía joven. Pero los ojos, de un gris indeciso, habían envejecido antes que el resto de su persona. «Tengo ojos de muerta». Pensó en los ojos de su madre, guarecidos bajo una doble cortina de párpados venosos, en los de Raúl. «No; son miradas distintas, no tienen nada en común con la mía». Había en sus ojos el orgullo de los que son señores y dueños de su propio rostro, pero ya el verso final asomaba en ellos: azucenas que se pudren, una especie de clarividencia inútil que se complace en su falta de aplicación. Le traían reminiscencias de otras personas, de alguien, de algo. ¿Dónde había visto una igual? Durante un segundo su memoria giró en el vacío. En un cuadro, tal vez. El vacío se fue llenando, adquirió tonalidades azules, rosadas. Jacinta apartó los ojos del espejo y vio abrirse ante ella un balcón sobre un fondo nocturno; vio ánforas, perros extáticos, más animales: un pavo real, palomas blancas y grises. Era *Las dos cortesanas*, del Carpaccio.

Y ahí estaba Stocker, en el departamento de María Reinoso. Tenía una cara percudida y un cuerpo juvenil, muy blanco, que la ropa falsamente modesta parecía destinada esencialmente a proteger. Cuando se la quitaba sin prisa, doblándola con esmero, verificando el lugar en que dejaba cada prenda de vestir, conquistaba la infancia. Surgía más desnudo que los otros hombres, más vulnerable: un niño casi desinteresado de Jacinta que acariciaba las distintas partes del cuerpo de ella sin preocuparse por el nexo humano que las vinculaba entre sí, como quien toma objetos de acá y de allá para celebrar un culto sólo por él conocido y después de usarlos los va dejando cuidadosamente en su sitio. Una atención casi dolorosa se reflejaba en su semblante: lo contrario del deseo de olvidar, de aniquilarse en el placer. Se hubiera dicho que buscaba algo, no en ella sino en sí mismo, y también, a pesar del ritmo mecánico que ya no podía graduar a voluntad, se lo hubiera tenido por inmóvil, a tal punto su expresión era contenida, vuelta hacia dentro, al acecho de ese segundo fulgurante de cuya súbita iluminación esperaba la respuesta a una pregunta insistentemente formulada.

Él había recobrado su aire perplejo. Ella pensaba con amargura en el retorno a los

vecinos, al olor de las flores, al ataúd. Pero el hombre no mostraba deseos de irse. Caminó por el cuarto, se instaló en un sillón, a los pies de la cama. Cuando Jacinta quiso dar por terminada la entrevista, la obligó a sentarse de nuevo apoyando sus manos en los hombros de ella.

—Y ahora —dijo— ¿qué piensa usted hacer? ¿No le queda nadie más?

—Mi hermano.

—Su hermano, es verdad. Pero es…

Aunque no las hubiera pronunciado, las palabras «idiota» o «imbécil» flotaban en el aire. Jacinta sintió necesidad de disiparlas. Repitió una frase de su madre:

—Es un inocente, como el de *L'Arlésienne*.

Y se echó a llorar.

Estaba sentada en el borde de la cama. El cobertor doblado en cuatro y, debajo, las sábanas que momentos antes habían rechazado ellos mismos con los pies formaban un montículo que la obligaba a encorvar las espaldas, siguiendo una línea un poco vencida, a fijar los ojos en el fieltro gris que cubría el piso y desaparecía debajo de la cama, de un gris muy claro, bañado de luz, en el centro del cuarto. Tal vez esta posición de su cuerpo motivó sus lágrimas. Sus lágrimas resbalaban por sus mejillas, la arrastraban cuesta abajo, la impulsaban solapadamente a confundirse con el agua gris del fieltro, en un estado de disolución semejante al que sentía por las tardes cuando su madre hacía solitarios y hablaba sin cesar, dirigiéndose a Raúl. Y en la nuca, en las espaldas, sentía también el leve peso de una lluvia dulce, penetrante. El hombre le decía:

—No llore. Escúcheme: le propongo algo que puede parecerle extraño. Yo vivo solo. Véngase a vivir conmigo.

Después, como respondiendo a una objeción:

—Habremos de entendernos. En fin, lo espero, quiero creerlo. Hay serpientes, ratones y búhos que fraternizan en la misma cueva. ¿Qué nos impide fraternizar a nosotros?

Y después, cada vez más insistente:

—Contésteme. ¿Vendrá usted? No llore, no se preocupe por su hermano. De momento, que ahí quede, donde está. Ya veremos, más adelante, lo que puedo hacer por él.

«Más adelante» había sido el sanatorio.

II

El sufrimiento ajeno le inspiraba demasiado respeto para intentar consolarlo: Bernardo Stocker no se atrevía a ponerse del lado de la víctima y sustraerla al dominio del dolor. Por un poco más se hubiera conducido como esos indígenas de ciertas tribus africanas que cuando alguno de entre ellos cae accidentalmente al agua golpean al infeliz con los remos y alejan la chalupa, impidiendo que se salve. En la corriente los reptiles reconocen la cólera divina: ¿es posible luchar con las potencias invisibles? Su compañero ya está condenado: ¿prestarle ayuda no significa colocarse, con respecto a ellas, en un temerario pie de igualdad? Así, llevado por sus escrúpulos, Bernardo Stocker aprendió a desconfiar de los impulsos generosos. Más tarde había conseguido reprimirlos. Compadecemos al prójimo, pensaba, en la medida en que somos capaces de auxiliarlo. Su dolor nos halaga con la conciencia de nuestro poder, por un instante nos equipara a los dioses. Pero el dolor verdadero no admite consuelo. Como este dolor nos humilla, optamos por ignorarlo. Rechazamos el estímulo que originaría en nosotros un proceso análogo, aunque de signo inverso, y el orgullo, que antes alineaba nuestras facultades del lado del corazón y nos inducía fácilmente a la ternura, ahora se vuelve hacia la inteligencia para buscar argumentos con qué sofocar los arranques del corazón. Nos cerramos a la única tristeza que al herir nuestro amor propio lograría realmente entristecernos.

Su impasibilidad le permitía a Bernardo Stocker vislumbrar la magnitud de la aflicción ajena. Sin embargo, ante el dolor de Jacinta reaccionó de manera instantánea, poco frecuente en él. ¿No era ello debido, precisamente, a que Jacinta no sufría?

Jacinta se trasladó a vivir a un departamento de la plaza Vicente López. Ese invierno no se anunciaba particularmente frío, pero al despertar, no bien entrada la mañana, Jacinta oía el golpeteo de los radiadores y un leve olor a fogata llegaba hasta su cuarto: Lucas y Rosa encendían las chimeneas de la biblioteca y del comedor. A las diez, cuando Jacinta salía de su dormitorio, ya los sirvientes se habían refugiado en el ala opuesta de la casa.

Bernardo Stocker heredó de su padre esta pareja de negros tucumanos, así como heredó sus actividades de agente financiero, sus colecciones de libros antiguos y su no desdeñable erudición en materia de exégesis bíblica. El viejo Stocker, suizo de origen, llegó al país setenta años atrás: la ganadería, el comercio y los ferrocarriles empezaban a desarrollarse, el Banco de la Provincia estaba en trance de ocupar el tercer lugar del mundo, y el Comptoir d'Escompte; Baring Brothers, Morgan & Company trocaban en relucientes francos oro y libras esterlinas los cupones del gobierno. El señor Stocker trabajó, hizo fortuna, pudo olvidar diariamente sus tareas en la Bolsa, después de un rato de charla en el Club de Residentes Extranjeros, con el estudio del Antiguo y del Nuevo Testamento. En religión también era partidario del libre examen, de la libertad cristiana, de la liberalidad evangélica. Había participado en los tempestuosos debates en torno a *Bibel und Babel*, pertenecía a la Unión Monista Alemana, rechazaba toda autoridad y

todo dogmatismo.

Fue en un viaje por Europa. Bernardo (tenía entonces dieciséis años) acompañó a su padre durante dos noches consecutivas al Jardín Zoológico de Berlín. Los profesores laicos, los rabinos, los pastores licenciados y los teólogos oficiales se arrancaban la palabra en el gran salón de actos: discutían sobre cristianismo, evolucionismo, monismo; sobre la *Gottesbewusstsein* y la influencia liberadora de Lutero; sobre tradición sinóptica y tradición juanina. ¿Había o no existido Jesús? Las epístolas de San Pablo ¿eran documentos doctrinales o escritos de circunstancia? El rugido nocturno de los leones aumentaba la efervescencia de la asamblea. El presidente recordaba al público que la Unión Monista Alemana no se proponía inflamar las pasiones y que se abstuviera de manifestar su aprobación o su vituperio. Vanamente: cada discurso terminaba entre una baraúnda de aplausos y silbidos. Las mujeres se desmayaban. Hacía mucho calor. A la salida, padre e hijo desfilaron ante los pabellones egipcios, los templos chinos, las pagodas indias. Transpusieron la Gran Puerta de los Elefantes. El señor Stocker se detuvo, le dio el bastón a su hijo, se enjugó las gafas, las barbas y los ojos con un pañuelo a cuadros. Había sudado o llorado, había contenido decorosamente su entusiasmo. «¡Qué noche! —murmuraba —. ¡Y luego se habla de la moderna apatía religiosa! El estudio de la Biblia, la crítica de los textos sagrados y la teología no es nunca inútil, querido Bernardo. Recuérdalo bien. Hasta si nos hace pensar que Cristo no ha existido como personalidad puramente histórica. Hoy lo hemos hecho vivir en cada uno de nosotros. Con ayuda de su espíritu se ha transformado el mundo, con ayuda de su espíritu lograremos transformarlo aún, crear una tierra nueva. Discusiones como la de hoy no pueden sino enriquecernos».

Así, acompañado por el espíritu de Cristo y por su hijo Bernardo, en cuyo brazo se apoyaba, continuó discurriendo de esta suerte. Tomaron un coche de punto, dejaron atrás la hojarasca cárdena del Tiergarten, entraron en Friedrich Strasse, llegaron al hotel.

Habían transcurrido muchos años, pero Bernardo continuaba asentando sus pasos en las huellas del señor Stocker, haciendo todo lo que aquél hizo en vida. Obraba sin convicción, quizá, pero de una manera no menos fiel. Se puso por delante ese ejemplo como hubiera podido elegir cualquier otro: las circunstancias se lo suministraron. A decir verdad, no le fue difícil adaptarse a la imagen de su padre. Se casó muy joven y al poco tiempo enviudó, como el señor Stocker. Su mujer todavía habitaba la casa (o mejor dicho el escritorio de la biblioteca) desde un marco de cuero. Por las mañanas, en la oficina, Bernardo leía los diarios y conversaba con los clientes, mientras su socio, Julio Sweitzer, despachaba la correspondencia, y el empleado, tras un tabique de vidrios azules, anotaba en los libros las operaciones del día anterior. También a Sweitzer lo había modelado el señor Stocker. En otra época llevó la contabilidad de la casa; fue ayudante del padre, hoy era socio del hijo, y los

admiraba como se admira a una sola persona. Don Bernardo, después de morir, acudió puntualmente a la oficina (¿veinte, treinta, cuántos años más joven?); afeitado y hablando español sin acento extranjero, pero la sustitución era perfecta cuando Bernardo y su actual socio (ahora le había tocado el turno a Sweitzer de que lo llamaran don Julio) discutían temas bíblicos en francés o en alemán.

A las doce y media los socios se separaban: Sweitzer regresaba a su pensión, Bernardo almorzaba en un restaurante próximo o en el Club de Residentes Extranjeros; por la tarde, era generalmente Bernardo quien iba a la Bolsa. Y mientras tanto se va viviendo, como decía Stocker padre. En el edificio de la calle 25 de Mayo los hombres corren de una pizarra a otra, descifran a la primera ojeada los dividendos de los valores por cuya suerte se preocupan y reciben como una confidencia, entre el opaco aullido de las voces, las palabras que deben dirigirse expresamente a sus oídos. En torno a Bernardo los hombres dialogan y gesticulan y trabajan y se agitan con mayor o menor fortuna, pero aquellos que se han hecho solidarios de la escrupulosa prosperidad de «Stocker y Sweitzer» (Agentes Financieros, Sociedad Anónima Bancaria) pueden destinarse a otro género de atención; pueden dejar que los recuerdos, los días, los paisajes los maduren, y atisbar el milagro imperceptible de las nubes fugaces, del viento y de la lluvia.

Casi todas las mañanas iba Jacinta al inquilinato de la calle Paso. A menudo Raúl había salido con otros muchachos del barrio; Jacinta, a punto de marcharse, lo veía desde la puerta avanzar hacia ella con su paso irregular, un poco separado del grupo, más alto que los otros. Entraba de nuevo al inquilinato, esta vez acompañada de Raúl; sentada a su lado, se atrevía a rozarlo tímidamente con los dedos. Tenía miedo de que el muchacho se irritara, porque se mostraba más esquivo cuanto mayores esfuerzos hacía para comunicarse con él. En una ocasión, desalentada por tanta indiferencia, Jacinta dejó de visitarlo. Al volver, al cabo de una semana, el muchacho le dijo: «¿Por qué no has venido estos días?».

Parecía alegrarse de verla.

Jacinta abandonó su afán de dominación y llegó a sentir por Raúl una necesidad puramente estética. ¿A qué buscar en él las estériles reacciones de los humanos, la connivencia de las palabras, el fulgor sentimental de una mirada? Raúl estaba ahí, sencillamente, y la miraba sin fijar la vista en ella; la miraban su frente recta y dorada por el sol, sus manos anchas con los dedos separados, cuya forma recordaba los calcos de yeso que sirven de modelo en las academias de dibujo, su costumbre de andar de un lado a otro y detenerse insólitamente en el vano de las puertas, su destreza para ovillar las madejas de doña Carmen. Cargada de su presencia, Jacinta salía del inquilinato, atravesaba lentamente la ciudad.

A esa hora las personas habían entrado a almorzar y dejaban la calle tranquila. Jacinta, después de caminar en dirección al Este, se encontraba en un barrio propicio y modesto, de veredas sombreadas. Y se internaba en ese barrio como obedeciendo a

una oscura protesta de su instinto. Tomaba una calle, torcía por otra, leía los nombres de los letreros, seguía la inclinada tapia del Asilo de Ancianos, presidida de vez en cuando por estatuas amarillas, a donde iba a morir un parque sombrío; doblaba a la izquierda, se resistía al llamamiento de las bóvedas terminadas en cruces o desaforados ángeles marmóreos. De pronto, el aspecto de una casa sólida y firme, provista de un amplio cancel y dos balcones a cada lado, con las paredes pintadas al aceite, un poco desconchadas, la llenaba de felicidad. Encontraba cierto espiritual parecido entre esa casa y Raúl. Y también los árboles le hacían pensar en su hermano, los árboles de la plaza Vicente López. Antes de cruzar, desde la vereda de enfrente, Jacinta hacía suya la plaza con una mirada que abarcaba césped, chicos, bancos, ramas, cielo. Los troncos negros y sinuosos de las tipas emergían de la tierra como una desdeñosa afirmación. ¡Había tal caudal de indiferencia en ese impulso un poco petulante, desinteresado de todo lo que no fuera su propio crecimiento y destinado a sostener contra las nubes, como un pretexto para justificar su altura, el follaje estremecido y ligero, casi inmaterial! Cuando Jacinta subía al tercer piso observaba de cerca el dibujo alternado de las hojitas verdes. Entonces abría las ventanas y dejaba que el aire puro enfriara el dormitorio.

Sobre una mesa la esperaban un termo con caldo, fuentes con avellanas, nueces. Jacinta se quedaba allí; otros días descansaba un momento, bajaba de nuevo a la calle, tomaba un taxi y se hacía conducir al restaurante donde almorzaba Bernardo.

Lo encontraba con la cabeza inclinada sobre el plato, masticando reflexivamente. Bernardo levantaba los ojos cuando Jacinta ya estaba sentada a la mesa. Entonces, saliendo de su ensimismamiento, pedía para ella una ostentosa ensalada y le servía una copa de vino, en la que Jacinta apenas mojaba los labios.

Se lo notaba turbado por esas entrevistas. Siempre lo sorprendían. Trataba de animar la conversación, temiendo el momento en que habrían de separarse. Le preguntaba en qué había ocupado ella la mañana. ¿Y en qué había ocupado ella la mañana? Caminó, miró una casa pintada de verde, miró los árboles, estuvo con Raúl. Él le pedía noticias de Raúl. Otras veces, intentando reconstruir la vida anterior de Jacinta, conseguía arrancarle algunos detalles materiales que hacían destacar los grandes espacios desérticos donde ambos se perdían. Porque tenía la sensación de que Jacinta había perdido su pasado, o estaba en vías de perderlo. Le preguntaba:

—¿Qué tipo de hombre era tu padre?

—Un hombre de barba.

—Como el mío.

—Mi padre se dejó crecer la barba porque ya no se tomaba el trabajo de afeitarse. Era alcohólico.

Sí, esos detalles no le servían de gran cosa. El padre de Jacinta no pasaba de ser un viejo fracasado, como tantos otros. Y Bernardo continuaba preguntando, ya sumergido en plena futilidad.

—¿Le gustaban los solitarios como a tu madre? ¿No? Dime, ¿cómo se hace el

Napoleón?

—Ya te expliqué.

—Es verdad. Tres hileras de diez cartas tapadas, tres sin tapar; se apartan los ases… Pero, ahora que pienso, se hace con dos barajas…

—No hablemos de solitarios. Únicamente a mi madre podían divertirla.

—No hablaremos si te aburre, pero una de estas noches, cuando tengas ganas, lo haremos juntos, ¿quieres?

Tampoco podía precisar el carácter de la señora de Vélez. Bernardo no era riguroso en cuestiones de moral y simpatizaba con la pobre señora. Sin embargo, con el propósito de que Jacinta fuera sobre ella más explícita, se sorprendía censurando sus costumbres.

—Pero, ¿qué clase de mujer era tu madre? No podía ignorar que traías el dinero de algún lado, y si no trabajabas ni hacías más traducciones…

—No sé.

—Es tan raro lo que cuentas…

—No cuento —respondía Jacinta—. Respondo a tus preguntas. ¿Para qué quieres saber cómo era mi madre? ¿Para qué quieres saber cómo vivíamos? Vivíamos, sencillamente. Al principio, mi madre pedía dinero prestado. Después no se lo daban, pero siempre encontró alguna persona que arreglara la situación. En los últimos tiempos, antes que yo conociera a María Reinoso, fue doña Carmen.

—Doña Carmen es una buena mujer.

—Sí.

—Pero la odias.

—Tenía celos —contestaba Jacinta—. Hasta llegué a reprocharle que me hubiera presentado a María Reinoso, como si yo…

Se interrumpía. Bernardo, bloqueado por aquel silencio, acudía a nuevos temas de conversación. Ahora se esforzaba en resucitar su miserable pasado común.

—¿Recuerdas la primera vez que nos encontramos? Siempre nos hemos visto en el mismo cuarto. ¿Y la última? Yo te esperé mucho tiempo, media hora, tres cuartos de hora. Nunca llegabas. Creo que mis deseos te hicieron venir. Y ahora mismo creo que mis deseos te vencen, te retienen. Temo que un día desaparezcas, y si te fueras no me quedaría nada de ti, ni una fotografía. ¿Por qué eres tan insensible? En una sola ocasión te has entregado a mí por completo. Estabas indefensa. Llorabas. Lograste conmoverme. Por eso comprendí que no sufrías. Fue nuestro último encuentro en casa de María Reinoso.

Su aspecto era lamentable. Aunque Jacinta apenas lo escuchaba, continuaba hablando:

—En casa de María Reinoso eras humana. En aquella época tenías un carácter atormentado. Me contabas lo que te sucedía. A veces me gustaría verte de nuevo allí. ¿Cómo eran los demás cuartos? Tú has estado en esos cuartos con otros hombres. ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Cómo eran?

Y ante el silencio de Jacinta:

—Me intereso en esos hombres porque han estado mezclados a tu vida, como me intereso en mí mismo, en el yo de antes, con una especie de afecto retrospectivo. Antes, yo te inspiraba algún sentimiento. Quiero a esos hombres como quiero a tu madre, a Raúl, a doña Carmen… aunque la detestes. El odio es lo único que subsiste en ti.

—Me gustaría —dijo Jacinta— que Raúl fuera a vivir a un sanatorio.

—¿Para alejarlo de doña Carmen?

—Ayer —continuó Jacinta, sin responder a su pregunta— he visitado un sanatorio en Flores, en la calle Boyacá. Hay hombres parecidos a Raúl. Caminan entre los árboles, juegan a las bochas.

—Hará mucho frío.

—Raúl no siente el frío.

Bernardo consultaba su reloj. Eran las tres pasadas, tenía que ir a la Bolsa. Y se despedía con la sensación de haberse conducido mal. Jacinta no volvería a reunirse con él a la hora del almuerzo. Y así fue. Pocas semanas después, al entrar ella al restaurante y verlo en su mesa de costumbre, tuvo un momento de vacilación. Retrocedió, tomó por el lado interno del pasillo y se encontró junto al extremo de la salida, pero separada de la calle por las vidrieras divididas por losanjes y adornadas con el escudo inglés. Dos personas se levantaron de una mesa. Jacinta optó por sentarse allí. Pero los mozos no se le acercaron. Creían, acaso, que había terminado de almorzar. Jacinta se quedó un rato, pellizcó unos restos de pan y se marchó. Nadie pareció advertir su presencia.

La tarde de ese día Bernardo volvió a su casa en una excelente disposición de espíritu. Jacinta estaba recostada. Bernardo entró al dormitorio y le dijo desde la puerta:

—Estuve en el sanatorio de Flores. Puedes llevar a Raúl. Pero, ¿querrá ir?

—Lo buscaremos juntos —contestó Jacinta, acentuando la última palabra—. Tienes que hablar con doña Carmen. Sólo tú puedes hacerlo.

Bernardo se tendió a su lado.

—Tenías razón —dijo—. El lugar es simpático y Raúl llegará a sentirse contento, si se consigue que vaya, claro está. (Hablaba con los labios pegados al cuello de Jacinta, casi sin moverlos, como tratando de que esas palabras fueran caricias que pasaran inadvertidas). El director, un hombre muy solícito, me mostró el edificio central y los pabellones. Paseamos por el parque. Hay varios gomeros magníficos y unas tipas altas, sin hojas. Pierden las hojas antes que las de nuestra plaza. El jardín está un poco descuidado.

Después, sin transición:

—Desde el pabellón que ocuparía Raúl la vista era siniestra. Esos canteros de pasto largo, negro, esas ramas escuetas… Sólo faltaba un ahorcado.

Se incorporó. De un tranco, pasando las piernas por encima del cuerpo de Jacinta, quedó de pie, junto a la cama. Se arregló el cuello y la corbata, se echó agua de colonia.

—Esta noche viene Sweitzer a comer —dijo—. No me dejes solo con él toda la noche.

—No iré a la mesa.

—No me dejes solo —repitió—. Te lo suplico.

—¿A qué viene?

—Quiere que escribamos una carta.

—¿Una carta?

—Una carta sobre Jesús.

Jacinta no entendía.

—Oh, si necesito darte explicaciones… En fin, se está representando una obra de teatro que se llama *La familia de Jesús*. Un católico ha enviado una carta al periódico, protestando porque Jesús no tuvo nunca hermanos. Sweitzer quiere escribir otra diciendo que sí, que Jesús tuvo muchos hermanos.

—¿Y es cierto?

—Todo se puede afirmar. Pero ¿por qué te extraña? ¿Has leído los Evangelios? ¿Cuando hiciste la primera comunión y estudiabas la doctrina? ¿No? En la doctrina no enseñan los Evangelios sino el catecismo… ¿Y también el libro de Renan? ¡Qué me dices! Nunca lo hubiera supuesto.

Las contestaciones de Jacinta eran reticentes. Bernardo no podía saber con exactitud si era ella quien había leído los Evangelios y la *Vie de Jésus*, o su madre, la señora de Vélez.

—Bueno, ¿vienes a la mesa? Mañana vamos juntos al inquilinato, pero esta noche comes con nosotros. Te lo pido especialmente. Es lo único que te pido. ¿Me lo prometes?

—Sí.

Sweitzer lo esperaba en la biblioteca, examinando una reproducción en colores de *Las dos cortesanas* que habían colocado sobre el escritorio, en un marco de cuero. Bernardo, mientras lo saludaba, reflexionaba en la ambigüedad de Jacinta. Y de pronto comenzó a entristecerse consigo mismo al pensar que semejantes nimiedades pudieran preocuparlo, y su tristeza se manifestó en un exasperado desdén hacia Jacinta, la señora de Vélez, los Evangelios, la *Vie de Jésus*. La emprendió con Renan:

—*Con razón se ha dicho que la* Vie de Jésus *es una especie de Belle Hélène del cristianismo. ¡Qué concepción de Jesús tan característica del Segundo Imperio!*

Y repitió un sarcasmo sobre Renan. Lo había leído días antes hojeando unas colecciones viejas del *Mercure de France*.

—Renan tuvo en su vida dos grandes pasiones: la exegésis bíblica y Paul de Kock. A esta costumbre sacerdotal, que contrajo en el seminario, debía su afición por el estilo sencillo, la ironía suave, el *sous-entendu mi-tendre, mi-polisson*, pero

también adquirió en Paul de Kock el arte de las hipótesis novelescas, de las deducciones caprichosas o precipitadas. Parece que hasta en los últimos tiempos la mujer de Renan tenía que valerse de verdaderas astucias para arrancar de las manos de su ilustre marido *La femme aux trois culottes* o *La pucelle de Belleville*. «Ernest —le decía—, sé complaciente, escribe primero lo que te ha pedido M. Buloz y luego te devolveré tu juguete».

El señor Sweitzer concedió una sonrisa estricta: no le hacían gracia las irreverencias. Y Bernardo, dirigiéndose a Jacinta:

—Paul de Kock es un escritor licencioso.

Escuchó la voz de Jacinta. Hablaba de unas novelas en inglés que había leído, pero de sus palabras parecía colegirse que se trataba de novelas pornográficas, para gente de puerto.

—Tenían tapas de colores violentos, rojas, amarillas, azules. Se compraban en el Paseo de Julio y los vendedores las escondían en sus armarios portátiles, tras una hilera de zuecos, con los cigarrillos de contrabando.

Pasaron al comedor.

Jacinta ocupó la cabecera. Cuando Lucas entró con la fuente había un cubierto de menos. Bernardo le hizo señas: apenas podía contener su impaciencia. Lucas tuvo que dejar la fuente, volvió instantes después trayendo una bandeja y dispuso el cubierto que faltaba con impertinente lentitud.

El señor Sweitzer, muy confuso, sacó de la cartera un recorte y unos papeles escritos con su letra bonapartina. «He borroneado una respuesta», dijo. Empezó a leer:

—No es sólo en el cap. XIII, 55, de Mateo, como parece entenderlo el señor X, donde se trata este asunto que ha motivado tantas discusiones (aquí, para mayor claridad, transcribo los demás pasajes alusivos de Mateo, Marcos, Lucas, Juan, los Corintios y los Gálatas). De la lectura de estos textos han surgido tres teorías: la elvidiana a que se refiere el señor X sostiene que los hermanos y hermanas de Jesús nacieron de José y María, después de él; la epifánica, nacieron de un primer matrimonio de José; la hierominiana, a que se adhiere San Jerónimo, eran hijos de Cleofás y de una hermana de la Virgen llamada también María. Es la doctrina sustentada por la Iglesia y defendida por sus grandes pensadores.

Al leer se llevaba de cuando en cuando a la boca una almendra o trocitos de nueces o avellanas, colocados en un plato a su izquierda. A veces, con la mano en el aire, hacía girar entre los dedos el trozo de nuez hasta despojarlo de su telilla leonada. Con el pretexto de servirse, Bernardo puso el plato fuera de su alcance, entre Jacinta y él. Sweitzer lo miró con asombro. Bernardo le preguntó:

—¿Por qué no cita los *Hechos de los Apóstoles*?

—Es verdad; después de comer, si usted me presta una Biblia…

—No se necesita Biblia. Apunte: I, 14: «… perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres y con María, la madre de Jesús, y con sus hermanos». Bueno,

aquí finaliza el preámbulo. Y ahora, ¿a cuál de las tres teorías piensa usted adherirse?

—A la primera, qué duda cabe. ¿Cómo empezaría usted?

Bernardo no pudo resistir al afán de lucirse.

—Yo empezaría diciendo —contestó con aire profesoral—: Es verdad que en hebreo y arameo existe una sola voz para designar los términos hermano y primo, pero no es ésa razón suficiente para torcer el significado de los textos. Porque nos encontramos en presencia de un idioma como el griego, rico en vocablos, que tiene una palabra para decir hermano (*adelphos*), otra para decir primo hermano (*adelphidus*) y otra, para decir primo (*anepsios*). La comunidad de Antioquía era un medio bilingüe y allí se efectuó el paso de la forma aramea a la forma griega de la tradición. Goguel cita un versículo de Pablo (Colosenses, IV, 10) donde se dice: «… y Marcos, sobrino de Bernabé». Si Pablo en sus otros escritos habla de los hermanos de Jesús, no hay motivo para que se confunda un término con otro.

Hizo una pausa. Continuó:

—Habría tanto que agregar… Tertuliano acepta que María tuvo de José muchos hijos. También lo afirmaba la secta de los ebionitas y Victorio de Petau, mártir cristiano, muerto en el año 303. Hegesipa dice que Judas era hermano, según la carne, del Salvador. La Didascalia dice que Jacobo, obispo de Jerusalén, era, según la carne, hermano de Nuestro Señor. Epifano reprocha la ceguera de Apolonio, quien enseñaba que María había tenido hijos después del nacimiento de Jesús.

El señor Sweitzer tomaba algún apunte en su carnet. Bernardo continuaba exponiendo. Con las palabras desaparecía su mal humor de los primeros momentos. Se había vuelto a encontrar a sí mismo, estaba satisfecho de su seguridad, de su memoria, de su erudición. Recibía como un homenaje el respetuoso silencio de Sweitzer. Buscó la aprobación de Jacinta.

Jacinta permanecía ajena a todo, vaga, remota, como disuelta en la atmósfera del comedor. Bernardo tartamudeó, tomó vino, inclinó la cabeza; aún quedaba una pinta rosada en la copa. Levantó la cabeza; ante sus ojos las llamas de la chimenea bailaban en los respaldos verdes de las sillas vacías, apoyadas contra la pared, las maderas de cedro tallado y la cara de Lucas palpitaban con una especie de vida intermitente, descubriendo trozos rojizos e imprevistos, y las gotas de cristal de la araña vienesa parecían aumentar de tamaño, más grávidas que nunca, y de un instante a otro amenazaban con deshacerse sobre el mantel. (Se hubiera dicho que Lucas, al acercarse a la mesa, no salía de la penumbra con el designio de retirar los platos sino de incorporarse a ese óvalo resplandeciente de humano bienestar). Pero Bernardo había perdido el hilo de su discurso. Quiso sobreponerse:

—Hay motivos para pensar —dijo haciendo un esfuerzo— que en los primeros siglos de la era cristiana se hablaba con frecuencia de los hermanos de Jesús. Guignebert…

Sweitzer lo interrumpió:

—Con esto basta y sobra. Es una mera respuesta. —Bernardo agregó todavía:

—Como es católico el que ha escrito la carta, para terminar conviene una cita católica. Algo así: Recordemos la ejemplar sinceridad del padre Lagrange, quien reconoce que históricamente no está probado que los hermanos de Jesús sean sus primos.

Se fue a sentar junto a la chimenea, llevándose su taza de café. Dos gruesos troncos ardían con entusiasmo. Distinguía la llama ondulante y roja, el rojo ocre, casi anaranjado, de los tizones y el delicado matiz azul que se insinuaba hasta contaminar la blancura de una montañita de ceniza. A Jacinta le repugnaba el espectáculo del fuego. ¡Y él, que hubiera deseado consumirse como esos troncos, desaparecer de una vez por todas! Se acercaba más y más a la chimenea, parecía dispuesto a quemarse los pies. «Soy demasiado friolento». Se levantó para entreabrir una ventana. El señor Sweitzer, despegándose trabajosamente del sillón, empezó a despedirse.

—Muchas gracias. Mañana redactaré la contestación. Si usted pasa por el escritorio, a la salida de la Bolsa, podrá firmarla.

Pero Bernardo le contestó que prefería no hacerlo, y como el otro le preguntara por qué:

—Estas discusiones son inútiles —dijo—. Y ¿quién sabe? Tal vez fomentan el error. Cada día que pasa, la humanidad (pronunciemos la palabra: la «historicidad») de Jesús me parece más dudosa.

Iba y venía por el cuarto, con los ojos secos, ardientes. Salió y entró casi en seguida, trayendo un libro de noble y apolillada encuadernación; abrió el libro: el lomo, desprendiéndose de las tapas pardas, se le quedó en las manos. Sweitzer miró el título:

—*Antiquities of the Jews*. Ah, la edición de Havercamp… ¿Piensa usted leerme la dichosa interpolación? No vale la pena.

Pero nadie podía detenerlo. Bernardo leyó la cita interpolada y desarrolló, esta vez penosamente, la tesis de que el cristianismo era anterior a Cristo. Habló de Flavio Josefo, de Justo de Tiberíades… El señor Sweitzer escuchaba con sorna su apasionada incoherencia.

—Pero es otra cuestión —decía—. Además, esos argumentos están muy manoseados. Y no me parecen convincentes.

—No me fundo en ellos —contestaba Bernardo—. Mi convicción pertenece a un orden de verdades que acatamos con el sentimiento, no con el raciocinio.

Después, como si hablara para sí:

—Pienso en la famosa historia del cuadro… ¿Cómo era?

Oyó que Jacinta le decía con su voz monótona:

—Ya la sabes. El cuadro se vino al suelo y descubrimos que Cristo no era Cristo.

«Contada así no se entiende», pensó Bernardo. Refirió él mismo la historia.

—Era una estampa antigua, un *collage* de la época colonial adornado en los bordes con terciopelo azul, arrugado, cubierto con un vidrio convexo. Al romperse el vidrio se pudo ver que la imagen era una Dolorosa. Le habían dibujado a pluma rizos

y barba, le agregaron la corona de espinas, el manto estaba disimulado por el terciopelo.

Añadió en un susurro:

—Jacinta Vélez era chica y tuvo una terrible decepción. De entonces data su incredulidad.

De nuevo escuchó la voz monótona:

—No —dijo Jacinta—, ahora creo.

Cristo se había sacrificado por los hombres, por esos hombres que mientras más perfectos, menos se parecían a su Redentor: turbulentos, eruditos, complicados, astutos, destructores, insatisfechos, sensuales, débiles, curiosos… Y al margen de aquel rebaño vegetaban otros seres en un estado de misteriosa bienaventuranza, desasidos de la realidad y despreciados por los demás hombres. Pero Cristo los amaba. Eran los únicos, en el mundo, con posibilidades de salvación.

Bernardo se despedía del señor Sweitzer. Jacinta pensaba en Raúl. Tenía urgencia de estar a su lado, rodeada de árboles, en el sanatorio de Flores.

III

El señor Sweitzer releyó la carta de Bernardo desde un estrepitoso automóvil de alquiler. Estaba escrita en papel azul, telado, y en el membrete se reproducía la fecha de un edificio con techo de pizarra e innumerables ventanas.

Decía la carta:

> Estimado don Julio: En los últimos tiempos no puedo interesarme en los negocios. Cualquier esfuerzo me fatiga. Resolví pues consultar a un médico, y actualmente, bajo su asistencia, estoy haciendo una cura de reposo. Esta cura puede prolongarse varios meses. Por eso le propongo a usted dos soluciones: busque un hombre de confianza para que desempeñe mis tareas, fijándole un sueldo conveniente y un tanto por ciento que descontará usted de los ingresos que me corresponden, o liquidemos la sociedad.

A continuación, como para desmentir el párrafo en que aludía a su actual desinterés por los negocios, Bernardo hacía algunas observaciones muy sagaces, a juicio de don Julio, sobre una inversión de títulos que había quedado pendiente en esos días. Agregaba, al terminar: «No se moleste en verme. Contésteme por escrito».

Don Julio pensaría después en esta última frase.

Llegó al sanatorio, preguntó por Bernardo, pasó su tarjeta. Lo hicieron esperar en un salón con grandes ventanas que no se abrían al jardín en toda su altura sino, únicamente, en su parte superior. Al cabo de diez minutos entró un hombre alto, de rostro sanguíneo.

—¿El señor Sweitzer? —dijo—. Yo soy el director. Acabo de llegar.

Y se ajustaba, alrededor de las muñecas, las presillas de su guardapolvo.

—¿Puedo ver al señor Stocker? —preguntó Sweitzer.

—Usted es su socio, ¿verdad? «Stocker y Sweitzer», sí, conozco la firma. Al señor Stocker tuve ocasión de tratarlo en marzo de 1926. Recuerdo exactamente la fecha. Yo tenía algunos fondos disponibles, poca cosa, pero el señor Stocker me recomendó la segunda emisión de consolidados de la «Lignito San Luis Company»: nunca olvidaré ese nombre. Los valores, en manos de ustedes, se liquidaron muy bien. Con esa base instalé mi sanatorio.

—¿Puedo ver a mi socio? —insistió Sweitzer.

—Por supuesto, señor Sweitzer. El señor Stocker no es un enfermo, como usted sabe. Vino al sanatorio trayendo a un muchacho de su relación, Raúl Vélez. Aquí se respira un ambiente de tranquilidad que debió seducirlo. Un buen día se apareció con sus valijas; me dijo: «Doctor, he resuelto tomar un descanso e internarme yo también. Pero guárdeme el secreto. No quiero que me molesten, no deseo hablar con nadie, ni siquiera con los médicos». Usted debe ser la única persona a quien ha comunicado su dirección.

—Me ha escrito.

—Lo hemos alojado en el último pabellón, el más independiente. El señor Stocker ocupa un cuarto. Raúl Vélez el otro.

Vaciló un momento.

—… este muchacho es un caso doloroso —continuó—. Los médicos somos discretos, señor Sweitzer. Hay cosas que no tenemos por qué saber, que no queremos saber, pero insensiblemente llegamos a enterarnos de ciertas circunstancias familiares. En fin, sea lo que fuere, el señor Stocker siente por este muchacho un afecto verdaderamente paternal. ¿Me puede decir usted por qué ha demorado tanto tiempo en confiarlo a un psiquiatra?

—¿Ya no es posible curarlo? —preguntó Sweitzer.

—No se trata de curar, sino de adaptar. La adaptación importa un proceso muy delicado por parte del enfermo y del medio que lo rodea. Hay que adaptarse al paciente, es cierto, pero a la vez exigirle un pequeño esfuerzo y que sea él, en realidad, quien se vaya adaptando a los demás. Lograr ponerlo en comunicación con sus semejantes. Claro está que nunca se logrará una verdadera comunicación intelectual, como la que nosotros sostenemos en este momento, pero sí una comunicación primaria. Hacer que el enfermo comprenda y obedezca ciertas formas de vida corriente. El progreso debe marchar en ese sentido.

—Y ahora es demasiado tarde…

El otro lo miró con desconfianza.

—Nunca es demasiado tarde —contestó—. Raúl Vélez está en el sanatorio desde hace quince días. El diagnóstico diferencial de la demencia precoz hebefreno-catatónica con la debilidad mental es muy difícil. En ambos casos hay ausencia de signos físicos: el enfermo conserva una fisonomía inteligente, pero parece vivir al margen de sí mismo, indiferente a todo y a todos. Y sin embargo es dócil, suave, de apariencia afectuosa. Necesita verse rodeado de bondad, pero de una bondad firme, cuyos límites sienta. Ahora bien, a este muchacho se lo ha descuidado de una manera lamentable. Estaba en manos de una mujer ignorante, que lo quiere mucho, sin duda, pero con un cariño en el cual no entra el menor discernimiento. Se plegaba a todos sus caprichos, y el muchacho abusaba, se hundía deliberadamente en la locura. Esa, en ellos, es la línea de menor resistencia. Al principio, la mujer estaba indignada con nosotros. Hasta tuvo la osadía de afirmar que iría a quejarse a la justicia, porque Stocker no tenía derecho para internarlo en nuestro sanatorio.

Sweitzer, esta vez, hizo un gesto de asombro. Preguntó, sin embargo:

—¿Y es verdad?

—Parece que Stocker no lo ha reconocido legalmente. Pero ella tiene menos derecho aún para disponer del muchacho. Se trata de un demente sin familia ni bienes de ninguna clase. ¿Quién, mejor que Stocker, para ocuparse de él? Yo hablé con el defensor de menores y obtuve del juez que nombrara a Stocker curador del incapaz. A la mujer, como no quería oír sus historias, le prohibí la entrada al sanatorio. Ahora le permitimos que venga, a pedido del mismo Stocker. He accedido, pero no estoy conforme. Hay que alejar de Raúl Vélez todas las influencias que puedan recordarle, prolongar en su espíritu el antiguo desorden en que vivía.

Se detuvo.

—Estoy entreteniéndolo —agregó—. Usted deseaba ver a Stocker. Yo mismo lo acompañaré.

Precedido por el médico, que se excusaba de pasar antes, Sweitzer llegó a una terraza, descendió una escalinata en forma de abanico, atravesó un jardín con canteros bordeados de caracoles, donde crecía un largo césped enmarañado; de vez en cuando, algún gomero de hojas barnizadas por la lluvia reciente; otros árboles, sin hojas, levantaban al cielo sus ramas gesticulantes. Sweitzer pisaba con cuidado para no embarrarse. Alrededor del jardín se veían casitas de ladrillo, separadas unas de otras por laberintos de boj.

—Aquí lo abandono —dijo el médico—. Siga derecho por este sendero. A la derecha, en el último pabellón, vive Stocker.

Se le apareció bruscamente, al pisar el umbral de la puerta abierta de par en par. Bernardo Stocker, en cambio, lo había visto venir desde lejos. Estaba sentado, envuelto en dos mantas escocesas: una sobre los hombros la otra fajándole las piernas. «Don Julio, ni puedo levantarme para saludarlo. Esta manta…». Lo

reprendió por haberse molestado: «Me hubiera escrito». Después mirándolo en los ojos:

—¿Estuvo con el director?

—Sí.

—¡Qué lata le habrá dado! Lo compadezco.

—¿Tiene frío? —preguntó Stocker—. ¿Quiere que cerremos la puerta?

—No, he descubierto que el frío es saludable. Me gusta.

Se hizo un silencio. Sweitzer había olvidado el motivo de su visita, o no quería confesárselo a sí mismo. Quedó consternado. Buscaba algo que decir, una trivialidad cualquiera que le permitiera salir del paso. Recordaba el párrafo de la carta: «No se moleste en verme. Contésteme por escrito», y recurrió a la carta como a un pretexto para justificar su presencia en el sanatorio. Pero se limitaba a repetir las proposiciones de Bernardo como si a él, Julio Sweitzer, se le hubieran ocurrido en ese instante. Era un poco absurdo. Bernardo vino en su ayuda e iniciaron un diálogo de inesperada fluidez. Empezaba Bernardo, no bien Sweitzer había terminado de hablar, y su interlocutor, entre tanto, asentía con la cabeza, murmuraba «sí», «claro», «es lo mejor», «perfectamente…». Temerosos de un nuevo silencio, no prestaban fe ni atención a lo que decían. Bernardo fue el primero en callar. El señor Sweitzer había distinguido, más allá del tabique de boj, a un muchacho alto, corpulento, en compañía de una anciana. De pronto el muchacho avanzó hacia ellos y al llegar al tabique, en vez de dar la vuelta, tomó directamente el sendero, escurriéndose por entre las ramas del boj con sorprendente agilidad. Caminaba con los ojos fijos en Bernardo. Bernardo lo miraba a su vez. Una sonrisa lenta y profunda se había dibujado en su rostro. Pero sucedió un incidente imprevisto. El viento hacía volar un papel de diario que fue a caer a los pies del muchacho. Éste se detuvo a pocos metros de ambos hombres, recogió el papel, lo miró con la expresión de alguien que piensa «es demasiado importante para leerlo ahora», lo dobló cuidadosamente, lo guardó en el bolsillo y, girando sobre sus talones, se alejó. Esta vez, al llegar al tabique, en lugar de atravesar el boj dio vuelta, siguió por el sendero. Los dos hombres lo perdieron de vista.

Bernardo quedó con los labios entreabiertos; el señor Sweitzer no pudo contenerse y preguntó con una voz débil, anhelante, que apenas reconocía, a tal punto sonaba extrañamente en sus oídos:

—¿Es Raúl Vélez?

—Sí —dijo Bernardo—. Ya ve usted: acude espontáneamente a mí. Pero siempre habrá de interponerse algo entre nosotros. Ahora ha sido ese maldito papel.

Después, muy de prisa, en la misma tesitura con que habían conversado momentos antes:

—Yo he tenido relaciones con Jacinta Vélez, la hermana de este muchacho. Ha vivido varios meses en casa. Me pidió que me ocupara de Raúl. Antes de irse, ella misma eligió este sanatorio.

—Antes de irse… ¿a dónde?

—No sé. Discutíamos. Yo le hacía preguntas, la exasperaba. Uno siempre exaspera a las personas que quiere. Se fue.

—¿No le ha escrito?

—En el inquilinato, donde vivió hasta la muerte de su madre, revisé un escritorio y encontré varias cartas. Pero eran cartas escritas por la señora de Vélez y que el correo había devuelto. Estaban dirigidas a personas cuyo domicilio se ignora. La numeración de las calles ha cambiado y no coincide con las direcciones de los sobres, o en esas direcciones han levantado nuevos edificios. No contento con eso, he visto a muchas personas de apellido Vélez. Nadie los conoce. Sin embargo, un hombre con quien conversé, mayor que yo, que se llama Raúl Vélez Ortúzar, me dijo que en su familia existía un personaje un poco mitológico, la tía Jacinta, a la cual solía referirse su madre. Parece que esta Jacinta era una mujer de mala conducta, que murió en Europa.

—Pero no puede ser Jacinta —contestó inmediatamente el señor Sweitzer—. Su espíritu de investigador ya estaba sobre aviso.

—No, pero podía ser la señora de Vélez. Además, él no estaba seguro de que hubiese muerto.

—¿Y usted espera que Jacinta vuelva?

—Vendrá al sanatorio a ver a su hermano. Lo quiere mucho. El «autismo» de Raúl, como dicen los médicos, no es para ella una tara. Se le antoja un signo de superioridad. Trata de parecerse a él.

—¿Pero está enferma? —preguntó Sweitzer, cada vez más intrigado.

—Enferma o no, yo la necesito. ¿Cree usted que vendrá, don Julio? Yo antes creía, pero ahora dudo de todo. ¿No cree usted en los sueños, don Julio? Yo tampoco creía, pero últimamente…

—¿Se le apareció a usted en sueños?

—Sí… y no. Pude ver únicamente sus pies, como si estuviera frente a mí y yo mirara al suelo. Es extraño hasta qué punto los pies son expresivos, inconfundibles. Le veía los pies como si la estuviera mirando a la cara. Entonces, cuando levanté los ojos, no pude seguir adelante. Todo se disolvió en una atmósfera gris.

Anoche volví a soñar con la misma atmósfera. Es gris, pero a ratos blanca, traslúcida. Quedé en suspenso. Temía despertarme. Entonces, comprendiendo que Jacinta estaba ahí, le dije que me había engañado, que me utilizó como un pretexto para que internara a Raúl en el sanatorio. Le supliqué que nuevamente se dejara ver. Hablamos de cosas íntimas, de nosotros dos, de una mujer de quien Jacinta tenía celos. Yo temblaba de rabia. Pero Jacinta se burlaba en lugar de enojarse. Me decía, observando mi temblor: «Friolento como todos los hombres». De pronto, empezó a hacerme reproches. En una ocasión yo le atribuí sentimientos que ella reprueba. Afirmé haberla visto llorar. Eso la ha herido. «Nosotros no lloramos», me decía, aludiendo a ella y a Raúl. Le hice notar que las lágrimas no correspondían a su verdadero estado de ánimo, qué más tarde yo se lo había explicado de una manera

verosímil. Mis explicaciones, sobre todo, la pusieron fuera de sí. «Tú también has hecho trampa», me decía en alemán.

—¿Habla alemán?

—Ni una palabra, pero le oía pronunciar distintamente: *Auch du hast betrogen!* Entonces me encontré haciendo un solitario y sentí que alguien me aplastaba la mano contra la mesa en momentos en que yo iba a destapar indebidamente una carta. Me desperté.

El señor Sweitzer lo alentó. Jacinta volvería a ver a su hermano. Era lo más lógico. No había que dejarse sugestionar por los sueños.

Con estas palabras se despidieron.

El señor Sweitzer caminaba distraídamente. Tomó por un sendero equivocado y por dos veces se encontró, rodeado de boj, en el patiecillo de otros pabellones. No podía llegar a ese jardín que tenía ante su vista. Al fin se abrió paso y anduvo entre los árboles, atento a las ventanas iluminadas del edificio principal. De pronto se llevó por delante un bulto imponente y oscuro, más oscuro que las sombras. Retrocedió sobresaltado.

—No soy una enferma —le dijo—. Soy Carmen, la encargada del inquilinato. Necesito hablar con usted.

Caminaron hasta la verja. Era una anciana erguida, de cabellos blancos. El señor Sweitzer la observó bajo los focos de luz, aureolados de insectos, de la puerta de entrada: un sombrero alto y cilíndrico, una esclavina y un manguito de piel (los hocicos de las nutrias hincaban sus dientes puntiagudos en las propias colas, un poco marrones). Después buscó el taxi que lo esperaba. La mujer cruzó la calle, el señor Sweitzer se adelantó, abrió instintivamente la portezuela y la ayudó a subir.

—Deseaba pedirle… —dijo su compañera, y adoptó una voz quejumbrosa que contrastaba con la dignidad de su aspecto y no parecía sincera, como si copiara el estilo de las personas cuyos ruegos tenía por costumbre escuchar—. Usted es bueno. Influya sobre Stocker. Que a Raúl lo dejen en paz y le permitan volver al inquilinato. Lo quiero como a un hijo.

—Entonces debería agradecerle al señor Stocker lo que hace por él. En el sanatorio podrán curarlo.

—¿Curarlo? —gritó la mujer—. Raúl no es un enfermo. Es distinto, nada más. En el sanatorio lo hacen sufrir. La primera noche lo encerraron. Como el muchacho me echaba de menos, se quiso escapar. Le pegaron: al día siguiente tenía moretones en el cuerpo. Raúl nunca se cae. Y ayer…

—¿Qué sucedió ayer?

—¡Ayer yo lo he visto, tirado en el suelo, con la boca llena de espuma! Y el enfermero que me decía: «No es nada, es la reacción de la insulina. Un ataque de epilepsia provocado». ¡Provocado! ¡Canallas!

—Los médicos saben de estas cosas más que nosotros —protestó débilmente el

señor Sweitzer—. Espere los resultados del tratamiento. Por ahora, confórmese con visitarlo en el sanatorio.

—¿Y usted cuida del inquilinato? —respondió la mujer con insolencia—. Yo no puedo venir en automóvil. Ya Stocker no me da más dinero. Iba por las mañanas, revolvía cajones, se llevaba papeles, libros, cuadros. Me decía: «A Raúl no le faltará nada en el sanatorio, doña Carmen. Y a usted tampoco. Usted ha sido muy buena con él. Pero es lo mejor». ¡Lo mejor! ¡Cómo se ha burlado de mí!

Sweitzer perdía la paciencia:

—Usted no quiere comprender. El señor Stocker ha internado a Raúl Vélez accediendo a un pedido de la hermana del muchacho, de Jacinta Vélez.

—Sí, ha dicho eso. Ya lo sé.

—Ella es la única que puede arreglar la situación. Desgraciadamente, no vive más con el señor Stocker. Usted, en vez de calumniarlo, debería prestarle ayuda, buscar a Jacinta.

La mujer respondió, martilleando cada sílaba:

—Jacinta se suicidó el día que murió su madre. Las enterraron juntas. —Agregó:

—Vea, no me interesa lo que Stocker pueda haberle dicho. A Jacinta la conoció gracias a mí. Se la presentó una amiga mía, María Reinoso. —Y le explicó con naturalidad—: María Reinoso es una alcahueta.

Como le pareciera que Sweitzer, al callar, pusiera en duda sus palabras, entró en un arrebato de cólera:

—¿Qué? ¿Que no me cree? María Reinoso lo convencerá. Puede hablar con ella en cualquier momento. Ahora mismo, si quiere.

Inclinándose bruscamente hacia adelante, le gritó al chofer una dirección; luego, al arrinconarse en el fondo del asiento, rozó con sus cargados hombros la cara de Sweitzer. Éste sintió en la nariz el olor a moho de la esclavina de piel.

—No me gusta —dijo— hablar mal de Jacinta, pero yo nunca la quise. No se parecía a su madre, un pedazo de pan, ni a Raúl. A Raúl lo quiero como a un hijo. Jacinta era orgullosa, despreciaba a los pobres. En fin, ahora está muerta. Se tomó un frasco de digital.

El automóvil se detuvo. Mientras Sweitzer pagaba al chofer, la anciana había avanzado por un largo corredor. Sweitzer tuvo que apurar el paso para alcanzarla.

Entreabrió la puerta una mujer de edad dudosa. Doña Carmen le dijo:

No es lo que piensas, María. El señor viene únicamente a conversar contigo sobre Stocker y Jacinta Vélez. Quiere que le digas la verdad.

—Pasen. Basta que sea amigo tuyo, yo le diré lo que sepa.

—Pero quedará decepcionado… —contestó la otra con afectación.

Al caminar arrastraba las chinelas. Los hizo sentarse, les ofreció de beber.

—¿El señor era amigo de Jacinta? —preguntó—. ¿No? ¿De Stocker? Ah, un hombre muy serio, muy distinguido. Hace mucho que frecuenta esta casa. Aquí conoció a Jacinta, pobrecita, y simpatizó con ella en seguida. Se vieron durante un

mes, dos o tres veces por semana. Siempre en mi casa. Me hablaba Stocker, y yo le daba el mensaje a Jacinta. El día que murió la señora de Vélez, Jacinta había quedado en venir. A mí me pareció extraño, pero ella misma se había empeñado. Llega Stocker, y Jacinta que no viene. Yo le explico la demora. Esperamos. Al final, ya preocupada, hablo por teléfono y me entero de la desgracia. A Stocker lo impresionó muchísimo. Me dijo: «María, déjeme solo en este cuarto». Y allí se quedó hasta muy tarde. Es un sentimental. Después, ya ve lo que ha hecho por ese retardado. Me parece un gesto bellísimo.

Doña Carmen la interrumpió:

—No hables de lo que no sabes.

La otra sonreía.

—Está furiosa —dijo mirándolo a Sweitzer— porque no puede verlo el día entero. ¡Carmen, Carmen, parece mentira! Una mujer seria, a tus años…

—Lo quiero como a un hijo.

—Como a un nieto, dirás.

El señor Sweitzer se fue cuando el diálogo entre las dos mujeres empezaba a subir de tono. Las calles estaban desiertas. En el centro de la calzada la luz eléctrica hacía brillar el asfalto: grandes charcos de agua donde era peligroso aventurarse. Después la oscuridad y de nuevo, en la otra cuadra, el reflejo ficticio del estanque. Sweitzer apenas se atrevía a cruzarlo. Así anduvo un largo rato, vacilando al llegar a cada bocacalle, pegado, confundido a las paredes como el insecto a la hoja. De vez en cuando el boquete de un zaguán iluminado lo ponía en descubierto. Estaba cansado, tenía frío, no podía entrar en calor. Tampoco podía detenerse. El mismo cansancio lo impulsaba a caminar. Llegó a una plaza, atravesó la calle. Allí vivía Stocker. Miró el tablero con los timbres. Cuando Lucas bajó después de un cuarto de hora, en paños menores y cubierto por un sobretodo, continuaba apretando el botón del tercer piso.

—¡Señor Sweitzer! —exclamó el negro—. El patrón no está.

—Ya sé, Lucas. Tenía un mensaje para usted. Pasé por la casa y me atreví a llamar. Discúlpeme por haberlo despertado.

—No es nada, señor Sweitzer. Entre, no se quede afuera. Subiremos en el ascensor de servicio porque yo he bajado sin llaves.

Pasaron a la cocina. El negro abría puertas, encendía luces. «Ahora apagan la calefacción muy temprano. Como no hay nadie, yo no encendí las chimeneas». Llegaron al *hall*. Sweitzer discurría algún mensaje para darle en nombre de su socio.

—El señor me ha escrito. Dice que mande las cuentas al escritorio. Él volverá el día menos pensado.

—Pero si me ha dejado dinero suficiente —contestó el negro.

—Le repito lo que él me ha escrito.

—El patrón está de viaje.

—Así es, Lucas.

El negro parecía deseoso de hablar. Después de un momento agregó entre dientes:

—… con la señora Jacinta.

Sweitzer le preguntó muy despacio:

—Dígame, Lucas, ¿ella ha vivido aquí?

—El señor también sabe…

— ¿Está usted seguro? ¿La vio alguna vez?

—Verla, lo que se llama verla… La encontré en la puerta de la calle. Era después de almorzar. Ella salía del departamento en momentos en que yo entraba. En seguida la reconocí.

—Pero si nunca la había visto antes.

—No importa.

—¿Cómo era?

—Tenía ojos grises.

—¿Y cómo supo que era ella? —le preguntó Sweitzer.

—Me di cuenta —contestó el negro—. Me miraba sonriendo. Parecía decirme: «¡Al fin me descubres!», pero con simpatía. Parecía decirme: «¡Gracias por el caldo y la ensalada que me preparas todos los días, por las avellanas, por las nueces! ¡Gracias por tu discreción!». Es una mujer muy bondadosa.

—¿Pero usted no la vio nunca dentro de la casa?

—¡Tomaban tantas precauciones! Hasta que ellos se iban, no podíamos arreglar el dormitorio. Por la tarde, el patrón era el primero en llegar. Cerraba con llave la puerta del *hall*. Cuando abría la puerta, ya la señora estaba en su cuarto. ¿El señor Sweitzer recuerda la última noche que vino a comer? El patrón estaba muy excitado, quería que la señora Jacinta los acompañara, quería presentársela al señor. Yo, mientras ponía la mesa, le oía la voz: «¡Jacinta, te lo suplico! Come con nosotros. No me dejes solo esta noche». La esperó hasta lo último. ¿El señor Sweitzer recuerda que me obligó a poner tres cubiertos? Pero la señora Jacinta no apareció. Es una mujer muy prudente.

—En resumidas cuentas, usted no la vio nunca dentro de la casa.

—¡Como si necesitara verla! —exclamó el negro—. Ahora ni siquiera me molesto en prepararle el caldo frío, pregúntele a Rosa, y eso que el patrón me ha ordenado que deje comida como siempre. Pero ahora no está, lo sé, así como sé que antes estuvo viviendo más de tres meses en esta casa.

Sweitzer repetía:

—Pero usted no la encontró nunca dentro de la…

Y el otro, con insistencia:

—¡Como si necesitara encontrarla! ¿Y el olor? Vea usted, señor Sweitzer, yo no quisiera ofenderlo, pero la señora Jacinta no tiene ese olor tan desagradable de los blancos. El de ella es diferente. Un olor fresco, a helechos, a lugares sombreados, donde hay un poco de agua estancada, quizá, pero no del todo. Sí, eso es; en la bóveda, cuando vamos al cementerio de los Disidentes, hay el mismo olor. El olor del

agua que empieza a espesarse en los floreros.

El señor Sweitzer se acostaba. «No he comido esta noche», pensó, al tiempo que metía la cabeza en su camisón de franela. Se acurrucó en la cama, buscó con los pies la bolsa de agua caliente, cerró los ojos, sacó una mano, apagó la lámpara. Pero no se disipaba la claridad de la habitación. Había dejado encendida la araña del techo, una araña de bronce con tres brazos puntiagudos de cuyos extremos salieron llamitas de gas y que, posteriormente, habían adaptado a las bujías eléctricas. Se levantó. Al pasar junto al ropero se vio reflejado en el espejo, con la papada temblorosa y más abajo que de costumbre porque andaba descalzo. Rechazó esta imagen poco seductora de sí mismo, apagó la luz, buscó a tientas la cama. Después, acariciándose los hombros por encima del camisón, trató de dormir.

6

Venado de las Siete-rozas
Miguel Ángel Asturias

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS nació en la ciudad de Guatemala, en 1899 y cursó allí sus estudios, graduándose de doctor en leyes en 1922.

A partir de 1924 viaja, como estudioso y periodista, por toda Europa, Egipto, Grecia, Tierra Santa, y vuelve a su país en 1933. En 1946 su gobierno lo designa agregado cultural en Méjico.

En 1948 llega con el mismo cargo a Buenos Aires. Desempeña otras misiones diplomáticas, hasta 1953, año en que integra la comisión que representa a Guatemala en la Conferencia de Caracas. Producida la invasión extranjera a Guatemala, se radica en la Argentina. Obras: *Leyendas de Guatemala*, *El Señor Presidente*, *Sien de Alondra*, *Hombres de Maíz*, *El Papa Verde*, etc.

—Por lo visto no ha pasado el de las Siete-rozas.

—No. Y ende quiá que estoy. ¿Cómo sigue mi nana?

—Mala, como la viste. Más mala tal vez. El hipo no la deja en paz y la carne se le está enfriando.

Las sombras que así hablaban desaparecieron en la tiniebla del cañal una tras otra. Era verano. El río corría despacio.

—¿Y que dijo el Curandero…?

—¿Que qué dijo? Que había que esperar mañana.

—¿Pa qué?

—Pa que uno de nosotros tome la bebida de veriguar quién brujió a mi nana y ver lo que se acuerda. El hipo no es enfermedad, sino oral que le hicieron con algún grillo. Ansina fue que dijo.

—¿Lo beberás vos?

—Sigún.

—Más mejor sería que lo bebiera el Calistro. Es el hermano mayor. Mesmo tal vez así lo mande el Curandero.

—Mesmo pué; y si llegamos a saber quen le hizo daño a mi nana con ese embrujamiento de grillo…

—¡Cállate mejor!

—Sé lo que estás pensando. Igualito pensaba yo. Algún ninguno de esos maiceros.

Apenas se oía la voz de los *vigiadores* en el cañal. Hablaban al atisbo del Venado de las Siete-rozas. A veces se oía el viento, respirar delgado del aire en algún guachipilín. A veces las aguas del río que piaban en los rincones de las pozas, como pollitos. De un lado a otro se hamaqueaba el canto de las ranas. Sombra azulosa, caliente. Nubes golpeadas, oscuras. Los tapacaminos, mitad pajaros, mitad conejos, volaban aturdidos. Se les oía caer y arrastrarse por el suelo con ruido de tuzas. Estos pájaros nocturnos que atajan al viajero en los caminos, tienen alas, pero al caer a la tierra y arrastrarse en la tierra, las alas se les vuelven orejas de conejos. En lugar de alas estos pájaros tienen orejas de conejos. Las orejas de tuza de los conejos amarillos.

—Y que tal que el Curandero volviera hoy mismo, ansina se sabe luego quién le trafica ese grillo en la barriga a mi nana.

—Sería bien bueno.

—Si querés yo voy por el Curandero y vos de aquí te vas a avisarle a mis hermanos, para que estemos todos cuando él llegue.

—Se nos pasa el venado.

—¡Qué lo ataje el diablo!

Las sombras se apartaron al salir de la tiniebla del cañal. Una se fue siguiendo el río. Dejaba en la arena marcada la huella de los pies descalzos. La otra trepó más aprisa que una liebre por entre los cerros. El agua corría despacio, olorosa a piña dulce.

—Es menester un fuego de árboles vivos para que la noche tenga cola de fuego fresco, cola de conejo amarillo, antes que el Calistro tome la bebida de averiguar quién hizo el perjuicio de meterle por el ombligo un grillo en la barriga a la señora Yaca.

Así dijo el Curandero, pasándose los dedos uñudos como flautas de una flauta de piedra, por los labios terrosos color de barro negro.

Los cinco hermanos salieron en busca de leña verde. Se oyó su lucha con los árboles. Las ramas resistían, pero la noche era la noche, las manos de los hombres eran las manos de los hombres y los cinco hermanos volvieron del bosque con los brazos cargados de leños que mostraban signo de quebradura o desgajamiento.

Se encendió la hoguera de leña viva que les pidió el Curandero, cuyos labios de barro negro fueron formando estas palabras:

—Aquí la noche. Aquí el fuego. Aquí nosotros, reflejos de gallo con sangre de avispa, con sangre de sierpe coral, de fuego que da las milpas, que da los sueños, que da los buenos y los malos humores…

Y repitiendo estas y otras palabras, hablaba como si matara liendres con los

dientes, entró al rancho en busca de un guacal para dar al Calistro la toma que traía en un tecomate pequeño, color de güergüecho verde.

—Que se junte otro fuego en el rancho, junto a la enferma —ordenó al volver con el guacal, mitad de calabaza lustrosa por fuerza y por dentro morroñosa.

Así se hizo. Cada hermano robó un leño encendido a la hoguera de árboles vivos que ardía en el descampado.

Sólo Calistro no se movió. En la media oscurana, junto a la enferma, era mero como ver un lagarto parado. Dos arrugas en la frente estrecha, tres pelos en el bigote, los dientes magníficos, blancos, largos, en punta, y muchos granos en la cara. La enferma se encogía y se estiraba con todo y trapos sobre el petate sudado, mantecoso, al compás del elástico del hipo que le traficaba adentro, en las entrañas y el alma salida a sus ojos escarbados de vieja, en muda demanda de algún alivio. No valió el humo de trapo quemado, no valió la sal que se le dio como a ternero con empacho, no valió que pegara la lengua a un ladrillo mojado con agua de vinagre, no valió que le mordieran los dedos meñiques de la mano, hasta hacerle daño, el Ruperto, el Gaudencio, el Felipe, todos sus hijos.

El Curandero vació en el guacal el agua de averiguar y se la dio al Calistro. Los hermanos seguían la escena en silencio, uno junto a otro, pegados a la pared del rancho.

Al concluir la toma —le pasó por el güergüero como purgante de castor—, el Calistro se limpió la boca con la mano y los dedos, miró a sus hermanos con miedo y se hizo tantito a la pared de cañas. Lloraba sin saber por qué. El fuego se iba apagando en el descampado. Sombras y luzazos. El Curandero corría a la puerta, alargaba los brazos hacía la noche, sus dedos como flautas de flauta de piedra, y volvía a pasear las manos abiertas sobre los ojos de la enferma, para alentarle la mirada con la luz de las estrellas. Sin hablar, por sus gestos de hombre que conocía los misterios, pasaban tempestades de arena seca, desmoronamientos de llanto que lo sala todo, porque el llanto es salado, porque el hombre es salado por el llanto desde que nace, y vuelos alquitranados de aves nocturnas, uñudas, carniceras.

La risa de Calistro interrumpió el ir y venir del Curandero. Le chisporroteaba entre los dientes y la escupía como fuego que le quemara por dentro. Pronto dejó de reírse a carcajadas y fue de quejido en quejido a buscar el rincón más oscuro para vomitar, los ojos salidos, crecidos, terribles. Los hermanos corrieron tras el hermano que después del estertor había caído al suelo con los ojos abiertos color de agua de ceniza.

—Calistro, ¿quién fue el que le hizo el mal a mi nana…?

—Oy, pues, Calistro, decinos quien le metió a nanita el grillo en el estómago…

—Habla, decinos…

—Calistro, Calistro…

Mientras tanto la enferma se encogía y estiraba con todo y trapos sobre el petate, flacuchenta, atormentada, elástica, el pecho en hervores, los ojos ya blancos.

A instancias del Curandero, habló Calistro, habló dormido.

—Mi nanita fue maleada por los Zacatón y para curarla es necesario cortarles la cabeza a todos ésos.

Dicho esto, cerró los ojos.

Los hermanos volvieron a mirar al Curandero y sin esperar razón, escaparon del rancho blandiendo los machetes. Eran cinco. El Curandero se acuñó a la puerta, bañado por los grillos, mil pequeños hipos que afuera respondían al hipo de la enferma, y estuvo contando las estrellas fugaces, los conejos amarillos de los brujos que moraban en piel de venada virgen, los que ponían y quitaban las pestañas de la respiración a los ojos del alma.

Por una callecita de zacate tierno desembocaron los cinco hermanos, al salir del cañaveral, en un bosque de árboles ya algo ruines. Ladridos de perros vigilantes. Aúllo de perros que ven llegar la muerte. Gritos humanos. En un decir amén cinco machetes separaron ocho cabezas. Las manos de las víctimas intentaban lo imposible por desasirse de la muerte, de la pesadilla horrible de la muerte que los arrastraba fuera de las camas, en la sombra, ya casi con la cabeza separada del tronco, sin mandíbulas éste, aquél sin orejas, con un ojo salido el de más allá, aliviándose de todo al ir cayendo en un sueño más completo que el sueño en que reposaban cuando el asalto. Las hojas filosas daban en las cabezas de los Zacatón como en cocos tiernos. Los perros fueron reculando hacia la noche, hacía el silencio, desperdigados, aullantes.

Cañaveral de nuevo.

—¿Cuántas traes vos?

—Yo traigo el par…

Una mano ensangrentada hasta el puño levantó dos cabezas juntas. Las caras desfiguradas por los machetazos no parecían de seres humanos.

—Me quedé atrás, yo traigo una. De dos trenzas colgaba el cráneo de una mujer joven. El que la traía daba con ella en el suelo, arrastrándola en los tierreros, golpeándola en las piedras.

—Yo traigo la cabeza de la anciana; ansina debe ser porque no pesa mucho.

De otra mano sanguinolenta pendía la cabeza de un niño, pequeñita y deforme como anona, con su cofia de trapo duro y bordados ordinarios de hilo rojo.

Al pronto llegaron al rancho, empapados de rocío y sangre, la cara pendenciera, el cuerpo tembloroso. El Curandero esperaba con los ojos de par en par sobre las cosas del cielo, la enferma de hipo en hipo y el Calistro dormido y los ojos de los chuchos andando en la atmósfera, porque aunque estaban echados, estaban despiertos.

Sobre ocho piedras, al alcance del fuego que en el interior del cuarto seguía ardiendo, se colocaron las cabezas de los Zacatón.

Las llamas, al olor de la sangre humana, se alargaron, escurriéndose de miedo, luego se agazaparon para el ataque, como tigres dorados.

Un repentino lengüetazo de oro alcanzó dos caras, la del anciano y el niño.

Chamusco de barbas, bigotes, pestañas, cejas. Chamusco de la cofia ensangrentada. Del otro lado, otra llama, una llama recién nacida, chamuscó las trenzas de la mujer Zacatón. El día fue apagando la hoguera sin consumirla. El fuego tomó color tierno, vegetal, de flor que sale del capullo. De los Zacatón quedaron sobre los tetuntes ocho cabezas como jarros ahumados. Aún apretaban los dientes blancos del tamaño de los maíces que se habían comido.

El Curandero recibió un buey por el prodigio. A la enferma se le fue el hipo, santo remedio, al ver entrar a sus hijos con ocho cabezas humanas desfiguradas por las heridas de los machetazos. El hipo que en forma de grillo le metieron los Zacatón por el ombligo.

—A lo visto no ha pasado el de las Siete-rozas.

—No, y ende quiá que estoy. ¿Cómo sigue el Calistro?

—Nanita lo llevó onde el Curandero otra vez.

—Calistro dio el sentido por la vida de mi nana.

—Dice, cuando no está llorando, que tiene nueve cabezas.

—Y el Curandero, ¿vos supiste lo que dijo?

—Lo dejó sin remedio, salvo que se le dé caza al Venado de las Siete-rozas.

—Decirlo es fácil.

Sobre un mes que Calistro ronda la casa del Curandero y sus hermanos andan a la atalaya del Venado de las Siete-rozas en el cañal. Calistro va desnudo, va y viene desnudo, los cabellos en desorden y las manos crispadas. No come, no duerme, ha enflaquecido, parece de caña, se le cuentan los cañutos de los huesos. Se defiende de las moscas que lo persiguen por todas partes, hasta sangrarse, y tiene los pies como tamales de niguas.

—Hermano, venite, ya no esperés al de las Siete-rozas.

—¡Hacéme el favor, no ves que estoy sentado en él!

—¡Venite, hermano, Calistro mató al Curandero!

—Por asustarme no lo digas…

—Es hecho…

—¿Y cómo lo mató?

—De la quebrada subió con el cadáver desnudo arrastrándolo de una pata…

El que estaba sobre el Venado de las Siete-rozas, Gaudencio Tecún, arrecho por su buena puntería y orgulloso de su escopeta, se fue deslizando de sobre el animal, hasta quedar por el suelo tendido, sin habla, pálido, como si le hubiera dado vahído. El hermano que trajo la noticia de la muerte del Curandero lo sacudía para que le volviera el aliento a la cara. Lo llamaba a gritos. Y de no ser que le gritó su nombre, ¡¡¡Gaudencio Tecún!!!, con todos los pulmones, se le va de la tierra, de la familia, de la pena de puercoespín en que estaban.

Gaudencio Tecún, al grito de su hermano, abrió los ojos y al sentir cerca de su brazo el cuerpo del venado muerto, alargó la mano para acariciarle con los dedos las

pestañas entre rubias, la nariz de noval, el belfo, los dientecillos, los cuernos de ébano, las siete cenizas del testuz, el mascabado de la pelambre, los ijares y alguna gordura delante de los testículos.

—¡Pior si a vos también se te juyó el sentido! ¿Onde se ha visto que se le haga cariño a un animal muerto? ¡No sias bruto, parate y vonós que dejé a mi nana en el rancho con el difunto y el loco del Calistro!

Gaudencio Tecún se despenicó en los ojos el sueño que sentía, parpadeando, para decir con palabras tanteadas:

—No fué Calistro el que ultimó al Curandero.

—¡Qué sabes vos!

—Al Curandero lo maté yo…

—¿Y caso no vide yo con mis ojos a Calistro salir arrastrando el cadáver, y caso vos no estabas aquí vigilando al venado, y caso…?

—Al Curandero lo maté yo, las tuyas son visiones.

—Vos matarías al Venado de las Siete-rozas, no se desmiente; pero al Curandero, aunque digas que son visiones, lo mató Calistro; por fortuna que todos vieron, que a todos les consta y que al Calistro no se le culpa en nada, porque es loco.

Gaudencio Tecún se enderezó frente a su hermano Ruperto —era más bajito que él—, se sacudió los pantalones, sucios de tierra y monte, y doblando el brazo, para llevarse la mano izquierda al corazón, al tiempo de sacar el pecho de ese lado, palabra por palabra le dijo:

—El Curandero y el venado, para que vos sepas, eran énticos. Disparé contra el venado y ultimé al Curandero, porque eran uno solo los dos, énticos.

—No se me esclarece; si me lo explicás lo entiendo. El Curandero y el venado… —Ruperto levantó las manos y apareó los dedos índices, el de la derecha y la izquierda—, eran de ver un dedo gordo formado por dos dedos.

—Nada de eso. Eran el mismo dedo. No eran dos. Eran uno. El Curandero y el Venado de las Siete-rozas, como vos con tu sombra, como vos con tu alma, como vos con tu aliento. Y por eso decía el Curandero cuando estaba nanita con el mal del grillo que era menester cazar el Venado de las Siete-rozas para que se curara, y agora con el Calistro lo volvió a repetir, lo dijo otra vez.

—Énticos, decís vos, Gaudencio, que eran.

—Como dos gotas de agua en un solo trago. En un suspiro iba el Curandero de un lugar a otro…

—Eiba en forma de venado…

—Y por eso supo al momentito la muerte del cacique Gaspar Ilóm.

—Le servía entonces, eso de ser hombre y venado. Le servía, pué… Ni atiempaban los enfermos. Era llamándolo y ya estaba con la medecina de zacates que andan lejos. Llegaba, veía al enfermo y se iba a la costa a traer el remedio.

—Pero ¿cómo to explicas entonces al Calistro con el cadáver?

—Pues igual. Dende días lo andaba ronciando el Calistro; debe haberlo

perseguido hoy en la tarde por la quebrada y antes que lo alcanzara se le volvió venado y de venado se vino corriendo sólo a que yo le metiera el postazo de escopeta.

—Talmente, onque el mortal no dejó aquí el cuerpo. El cuerpo apareció allá.

—Es lo que pasa siempre en este caso. El que tiene la gracia de ser gente y animal, al caso de perder la vida deja su mero cuerpo donde hizo la muda y el cuerpo animal onde lo atajó la muerte. El Curandero se le volvió venado al Calistro, y allá, al darle yo el postazo, dejó su forma humana, porque allí hizo la muda, y aquí vino a dejar su forma de venado, donde yo lo atajé con la muerte.

—Será cosa esa.

—Adelántate y le ves la cicatriz…

—Hecho. Me esperás en el camino. Escondé bien la escopeta.

—De juerza, la guerra sigue.

Gaudencio Tecún regresó los ojos al vuelo —se había quedado contemplando el cañal que en la noche clara era como ver agua verde— y puso el sentido en el rancho de su nana, allacito estaba y por aquí se oía.

Charás… Charás… Charás…

Paró la oreja para orientarse donde quedaba el rancho por las barridas que le daba el viento remolón al guarumo que alentaba en el patio. Los grillos contaban las hierbas, las hierbas contaban las estrellas, las estrellas contaban el número de pelos que tenía el loco en la cabeza, el loco de Calistro que también se oía gritar a lo lejos.

—A la babosa me hice ya de otro muerto —se dijo pronunciando las palabras; estaba solo—, de haber sabido no tiro… ¡Venado de las Siete-rozas, riendo ibas! Y… —esto ya pensando, sin hablarlo— tendré de fuerza que regresar a despertarlo antes de la medianoche; malobra la que me buscó la suerte; y despierta o lo entierro…

Se sonó. Los dedos le quedaron engusanados de mocos y resuello de monte húmedo. Escupió amargo mientras se los limpiaba en el sobaco. Y con el brazo metido en una cueva, tanteando fondo para dejar escondida el arma, lo topó su hermano Ruperto, que volvía de verle la cicatriz al muerto, acezoso, que le tardaba el llegar.

—Puro cierto lo que venías cuenteando, vos, Gaudencio —le gritó—; el Curandero tiene el postazo tras la oreja zurda, mero como el Venado, no se podía pedir más cabalencia, justo tras la oreja zurda. Por supuesto que al que no sabe la mauxima se le desimula entre los raspones que le dio Calistro al sacarlo arrastrando de una pata.

—Y allá están mis hermanos —indagó Gaudencio con la voz oscura.

—Saliendo yo, llegaba Felipe —contestó Ruperto; por la cara le bajaba el sudor de la carrera que había echado del rancho a donde estaba Gaudencio escondiendo el arma.

—Y Calistro qué se hizo.

—Lo amarramos al tronco del guarumo para que no haga perjuicio. Él dice que otro mató al Curandero, pero como está fuera de sus sentidos ninguno le hace caso,

luego que lo vidieron salir arrastrando al muerto.

Gaudencio y Ruperto echaron a andar en dirección del rancho.

—Ve. Gaudencio Tecún —gritó Ruperto después de algunos pasos; Gaudencio iba delante; no volvió a mirar, pero oyó—, lo del venado y el Curandero sólo los dos lo sabemos.

—Y Calistro…

—Pero Calistro está loco…

Sólo Gaudencio y Ruperto Tecún saben a ciencia cierta quién ultimó al Curandero. Sus hermanos ni lo sospechan. Menos su nana. Mucho menos las demás mujeres de la familia, las que torteaban en la cocina periqueando sobre el suceso. Un trastorno aquel palmearse unas a otras, llamándose como se llama a las tortilleras cuando pasan por la calle, con palmaditas de mano. El sudor les raja la cara de barro sumiso. Les brillan los ojos ribeteados de Colorado de ocote, por culpa del humo. Crío a la espalda, unas. Otras panzonas, esperando hijo. Las trenzas en culebrerío sobre la cabeza. Todas con los brazos alistonados y escamosos de aguachigüe.

—Y aquí están ustedes, ooo… y no envitan…

Las torteadoras volvieron a mirar, sin dejar de palmear. Gaudencio Tecún asomaba por la puerta de la cocina.

—Yo les traiba un traguito, si alcaso quieren.

Le agradecieron.

—Si hay un cristal que se acomida alguna de todas.

—¡Amor cuánto vales! —exclamó la más joven y alcanzando el vaso a Gaudencio, echó el resto—: ¿Por qué no decir yo quiero tal cosa, sin venir con cuentos que buenos son para que los crean otras?

—¡Lástimas al desprecio se llama esa manera de hablar; prestá el cristal para vaciar el trago, y dejate de plantas!

—¡Se echa de ver, ni que estuviera tan de más en el mundo, ni que sólo vos fueras el hombre y todos los demás mujeres, para hacerme el favor!

—¡Mancita!

—¡Caballo el que habla!

—¡Entonces yegüita la que contesta!

—¡Liso!

—Y de repente te robo, no decís.

—¡Gente es tanate!

—¡Gente enstruída, pero, vos, pura del monte!

—Demos el dedalito, pues, si nos lo va a dar —intervino la molendera—; yo estoy con algo de cólico; mejor si es anisado…

—Es…

—Yo también le recibo el favor —dijo otra muchachona, mientras la molendera se limpiaba las manos en el delantal para recibir el vaso—; me asusté mucho al ver que el Calistro subía con el Curandero arrastrándolo, como a un espantajo de esos que

ponen en las milpas.

—Nemiga, ¿vos estabas lavando? —preguntó Gaudencio Tecún a la joven que se le reía en la cara, con los dientes color de jazmín, los labios pulposos, la nariz recogida y dos hoyuelos en las mejillas después de las palabras que cambiaron de entrada, palabra uno y palabra otro.

—Sí, vos, nemigo malo —contestó aquélla, dejando de reír y sin disimular un suspiro—, torciendo unos trapitos estaba cuando asomó el loco con el muerto. Lo verde que se pone una cuando se muere. Servime otro trago.

—Sabido —dijo Gaudencio al tiempo de empinar la botella de anisado en el vaso de cristal, hasta hacer dos dedos—. La sangre animal se vuelve vegetal antes de volverse tierra, y por eso se pone uno verde al pronto de morirse.

En el patio oloroso a perejil se oían los pasos del loco. Somataba los pies bajo el guarumo, como si andara a oscuras con el árbol a cuestas.

—Nana —murmuró Ruperto en el cuarto donde habían tendido al Curandero: yacía el cuerpo en un petate tirado en el suelo, cubierto con una chamarra hasta los hombros y la cara bajo el sombrero—. Nana, no se halla uno a ver gente muerta.

—Ni trastornada, mijo.

—No se hace uno a la idea de que la persona que conoció viva, sea ya difunta, que esté y no esté, que es como están los muertos. Si los muertos más parece que estuvieran dormidos, que fueran a despertar al rato. Da no sé que enterrarlos, dejarlos solos en el camposanto.

—Mejor me hubieran dejado morir del hipo. Bien muerta estuviera y mijo bien bueno, con su razón, su peso. No me jalla ver al Calistro loco. Cuerpo que se destiempla, mijo, ya no sirve para la vida.

—El tuerce, nana, el puro tuerce.

—Docena de varoncitos eran ustedes, siete en el camposanto y cinco en vida. Calistro estaría alentado como estaba y yo haciéndole compañía a mis otros hijos en el cementerio. Las nanas cuando tenemos hijos muertos y vivos, de los dos lados estamos bien.

—Por medecinas no ha quedado.

—Dios se los pague a todos ustedes —murmuró muy bajito y después de un silencio contado con lágrimas que eran notas graves de compases de ausencia, se apuró a buscar palabras para decir—: La única esperanza es el Venado de las Siete-rozas, que se deje agarrar un día de éstos para que Calistro vuelva a sus cabales.

Ruperto Tecún desvió los ojos de los ojos de su nana y los puso en el fuego de ocote que alumbraba al muerto, no fuera a leerle lo del venado en el pensamiento, aquel manojito de tuzas envuelto en trapos negros, con la cabeza blanca y ya casi sin dientes, su nana.

Una señora asomó en ese momento. Entró sin hacer ruido. Se fijaron en ella cuando apeaba el canasto que traía en la cabeza, doblándose por la cintura, para ponerlo en el suelo.

—¿Qué tal, comadrita? ¿Qué tal, señor Ruperto?

—Con el pesar, qué le parece. ¿Y por su casa, comadre, cómo están todos?

—Viera que también un poco fatales. Donde hay criaturas no se halla que hacer con las enfermedades, porque si no es uno, es otro. Le traje unas papitas para el caldo.

—Ya se fue a molestar, comadre, Dios se lo pague; y el compadre, ¿cómo está?

—Que días que no anda, comadrita. Le cayó hinchazón en un pie y no hay modo que le corra.

—Pues ansina estuvo Gaudencio hace años, de no poder dar paso, y después de Dios, sólo la trementina y la ceniza caliente.

—Eso me decían, y anoche se lo iba a hacer yo, pero no quiso. Hay personas que no se avienen a los remedios.

—Sal grande tostada al fuego manso y revolvida con sebo, también es buena.

—Eso sí no sabía, comadre.

—Pues después me lo va a contar, si un caso se lo hace. Pobre el compadre, él que ha sido siempre tan sano.

—También le traiba una flor de izote.

—Dios se lo pague. Tan buenas que salen en colorado, o en iguaxte. Siéntese por aquí tantito.

Y los tres sentados en pequeñas trozas de madera, se quedaron mirando el cuerpo del Curandero que merced a las oscuranas y vislumbres del ocote bailón, tan pronto zozobraba en la tiniebla, como salía a flote en los relámpagos.

—A Calistro lo amarraron a un palo —dijo la nana, después de un largo silencio en que los tres, callados, parecían acompañar más al muerto.

—Lo sentí al pasar por el patio, comadre. Lástima que da el muchacho sin su juicio. Pero dice mi marido, el otro día me lo estaba diciendo, que con el ojo del venado la gente vuelve en juicio. Mi marido ya vido casos. Dice que es seguro para el señor Calistro.

—De eso hablábamos con Ruperto, cuando usté vino. El ojo del venado es una piedra que se les pasa por el sentido y así se curan.

—Se les pasa por las sienes bastantes veces, como alujando tuza, y mesmo bajo la cabecera de la cama les hace provecho.

—Y esa tal piedra ¿ónde la tiene el venado? —inquirió Ruperto Tecún, al que llamaban Ruperto; había permanecido como ausente, sin decir palabra, temeroso de que le adivinaran la intención de ir a ver si el Venado de las Siete-rozas había vomitado esa belleza.

—La escupe el animal al sentirse herido, ¿verdá, comadre? —fue el hablar de la nana, que había sacado de la bolsa de su delantal un manojo de cigarros de tuza, para ofrecerle de humar a la visita.

—Ansina cuentan; la escupe el animal cuando está en la agonía, es algo así como su alma hecha piedrecita, parece un coyol chupado.

—Creiba, comadre, que no sabía cómo era ni me lo figuraba.

—Y eso es lo que se les pasa por el sentido hasta volverlos lúcidos —dijo Ruperto. Con los ojos de la imaginación veía el venado muerto por Gaudencio, en lo oscuro del monte, lejano el monte; y con los ojos de la cara, el cuerpo del Curandero allí mismo tendido. Pensar que el venado y el Curandero eran un solo ser se le hacía tan trabajoso, que por ratos se agarraba la cabeza, temeroso de que a él también se le fuera a basquear el sentido común. Aquel cadáver había sido venado y el Venado de las Siete-rozas había sido hombre. Como venado había amado a las venadas y había tenido venaditos, hijos venaditos. Sus narices de macho en el álgebra de estrellas del cuerpo azuloso de las venadas de pelín tostado como el verano, nerviosas, sustosas, sólo prestas al amor fugaz. Y como hombre, de joven, había amado y perseguido a las hembras, había tenido hijos hombrecitos, llenos de risa y sin más defensa que su llanto. ¿Quiso más a las venadas? ¿Quiso más a las mujeres?

Asomaron otras visitas. Un viejo centenario que preguntaba por la Yaca, nana de los muchachos Tecún, muchachos y ya todos eran hombres con hijos y reverencias. En el patio se oía el rondar del loco. Somataba los pies bajo el guarumo, enterrando los pasos en la tierra, como si andara con el árbol a memeches.

Otros dos Tecún, Roso y Andrés, conversaban a un ladito del rancho. Ambos con el sombrero puesto, encuclillados, machete pelado en mano.

—¿Humás, Ta-Nesh?

Andrés Tecún, a la pregunta de su hermano dejó quieto el machete que jugaba de un lado a otro rasurado al pulso los zacates que le quedaban cerca, y sacó un manojo de cigarros de tuza, más grandes que trancas.

—Te cuadran éstos.

—Por supuesto. Y me das brasa.

—Con gusto. Yo también te acompaño.

Andrés Tecún se puso el cigarro en la boca, sacó el mechero y ya fue de echar chispas la piedra de rayo al dar contra el eslabón, hasta encender una mecha que parecía cascara de naranja sacada en culebrita, y con la brasa de la mecha encender los cigarros.

Andrés Tecún recogió el machete y siguió trozandito las hierbas sólo por encima. Los cigarros encendidos se veían en la oscuridad como decir ojos de animal del monte.

—Y entre nos, vos, Roso —Andrés hablaba sin dejar en paz el machete—, al Curandero no lo mató Calistro: tras la oreja tiene un postazo y aquel no cargaba arma.

—Me fijé que le dimanaba sangre de por la oreja; pero, por Dios, Ta-Nesh, que no había pensado en eso que me estás diciendo.

—Es la guerra que sigue, hermano. Que sigue y seguirá. Y nosotros sin con que defendernos. Te vas a acordar de mí: nos van a ir venadeando uno por uno. Dende que murió el cacique Gaspar Ilóm que nos madrugan. Es un perjuicio el que le haya podido el coronel Godoy.

—¡Hombre maldito, no lo mentés! ¡Sólo matándolo volvería a ser bueno; Dios nos dé licencia!

—Bien chivados nos tiene…

—Y eso que nosotros, hermano, las del buey, sólo pa bajo…

—La guerra sigue. En Pisigüilito, según dicen, son bastantes los que no creen que Gaspar Ilóm haya hecho viaje al otro mundo con sólo tirarse al río. El hombre parecía un pescado en el agua y fue a salir más bajo, onde la montada ya no podía darle alcance. Debe estar escondido en alguna parte.

—Eso de darse culas uno mismo con la esperanza, que sea cierto lo que uno quiere, eso quiere uno siempre. Lástima, pues, que no sea así. El Gaspar se ahogó, no porque no supiera nadar (como vos decís era un pescado en el agua), sino porque en lugar de gente, en el campamento encontró cadáveres, los habían hecho picadillo, y esto le dolió a él más que a ninguno, porque era jefe, y entonces comprendió que su papel era también irse con los que ya estaban sacrificados. Sin darle gusto a la patrulla, se echo al río como una piedra, ya no como un hombre. Vas a ver que cuando el Gaspar nadaba, primero era nube, después era pájaro, después sombra de su sombra en el agua.

Callaron Roso y Andrés Tecún. En el silencio se oía el ir y venir de los machetes que eran parte de la respiración de aquellos hombres. Seguían jugandito, trozando las hierbas.

—El cacique le hubiera podido al coronel ése, si no le mata a su gente —expuso Roso a manera de conclusión escupiendo casi al mismo tiempo una brizna de tabaco que le había quedado en la lengua.

—Desde luego, luego, que sí —afirmó Andrés que ya jugaba el machete con el ánimo inquieto— y la guerra está en eso, en que uno se ha de matar al pleito y no como lo hicieron con él, dándole veneno como a un chucho, y como lo están haciendo con nosotros, allí tenés al Curandero: mampuesta, plomazo y ni quien te eche tierra. La ruindad de no tener armas. ¡Cuestarse vivo y no saber si amanece, amanecer y no saber si anochece! Y siguen sembrando maíz en la tierra fría. Es la pobreza. La peor pobreza. Las mazorcas se les debían volver veneno.

A la familia entera se le aliviaba algo, no sabía que, cuando el loco dejaba de pasearse bajo el guarumo. Dolorón tan de todos. Calistro se detenía largos momentos bajo las orejas verdes del árbol cosquilloso de viento, a olfatear el tronco y babeaba palabras con las quijadas tiesas, la lengua de loroco, la cara de siembra escarbada por la locura y los ojos abiertos totalmente.

—¡Luna colorada!… ¡Luna colorada!… ¡Taltucita yo!… ¡Taltucita yo!… ¡Fuego, fuego, fuego… oscurana de sangre cangrejo… oscurana de miel de talnete… oscurana… oscurana… oscurana…!

… Plac, clap, plac, el ruido que hacía Gaudencio Tecún sobre el cuerpo del Venado de las Siete-rozas, al pegarle con la mano, plac, clap, plac, tan pronto aquí, tan pronto allá… Golpecitos, cosquillas, pellizcos.

Desespera del animal que no despierta, gran perezudo, y va por agua. La trae del río en la copa de su sombrero para rociársela con la boca en la cabeza, en los ojos, en las patas.

—¡Ansina quizás vuelva en sí!

Los recostones de los árboles unos con otros hacen huir a los pájaros, vuelo que toma Gaudencio como anuncio de la salida de la luna.

¡No tarda en aparecer ese pellejo de papa de oro!

Desespera del venado que no despierta a rociones de agua y empieza a darle de golpes en el testuz, en el vientre, en el cuello.

Al sesgo cruzan las aves nocturnas, cuervos y tapacaminos, dejando en el ambiente airecito de puyones con machete, tirados a fondo.

¡Y quizás por eso es que uno se hace los quites de noche, aunque no haya naide y aunque esté dormido, por aquello de las dudas del aire!

Rociada el agua, golpeado el animal; Gaudencio se envuelve los pies, los brazos, la cabeza con hoja de caña morada y así vestido de caña dulce baila alrededor del venado haciéndole aspavientos para asustarlo.

—¡Juirte! —le dice mientras baila—. ¡Juirte, venadito, juirte! ¡Hacerle a la muerte de chivo los tamales! ¡Engatusarla! ¡Juirte, venadito, juirte! ¡Por algo salvaste de morir lucero en las Siete-rozas! Allá lejos me acuerdo… Yo no había nacido, mil padres no habían nacido, mis abuelos no habían nacido, pero me acuerdo de todo lo que pasó con los brujos de las luciérnagas cuando me lavo la cara con agua llovida. ¡Juirte por bien, venadito de las tres luciérnagas en el testuz! ¡Un ánimo reuto!… ¡Por algo me llamo tiniebla sanguínea, por algo te llaman tiniebla de miel de talnete, tus cuernos son dulces, venadito amargo!

Arrastra una caña de azúcar a manera de cola, va montado en ella. Así vestido de hojas de caña morada baila Gaudencio Tecún hasta que la fatiga lo bota junto al venado muerto.

—¡Juirte, venadito, juirte, la medianoche se está juntando, el fuego va a venir, va a venir la última roza, no te estés haciendo el desentendido o el muerto, por aquí sale tu casa, por aquí sale tu cueva, por aquí sale tu monte, juirte, venadito amargo!

Saca, al dar término a sus pedimentos, una candela de sebo amarillo, y la enciende con gran trabajo, porque primero hace llama en una hoja seta con las chispas del mechero. Y con la candela encendida entre las manos, se arrodilla y reza:

—¡Adiós, venadito, aquí me dejaste en lo hondo del pozo después que te di el hamaqueón de la muerte, sólo para enseñarte cómo es que le quiten a uno la vida! ¡Me acerqué a tu pecho y oí los barrancos y me embarqué para oler tu aliento y era paxte con frío tu nariz! ¿Por qué hueles a azahar, si no eres naranjo? En tus ojos el invierno ve con ojos de luciérnaga. ¿Dónde dejaste tu tienda de venadas vírgenes?

Por el cañal oscuro vuelve una sombra, paso a paso. Es Gaudencio Tecún. El Venado de las Siete-rozas quedó en la tierra bien hondo, lo enterró bien hondo. Oía ladrar los perros, los gritos del loco y al allegarse más al plan, subiendo de la

quebrada de los cañales, el rezo de las mujeres por el alma del difunto.

—Que Dios lo saque de penas y lo lleve a descansar… Que Dios lo saque de penas y lo lleve a descansar…

El Venado de las Siete-rozas quedó enterrado bien hondo, pero su sangre en forma de sanguaza bañó la luna.

Un lago de miel negra, miel de caña negra, rodea a Gaudencio que ha metido el brazo hasta el sobaco en la cueva en que dejó escondida el arma, que lo ha sacado tranquilo porque el arma está allí segura y que antes de avanzar por el plan hacia el rancho del velorio, después de hacer la señal de la cruz con la mano y besarla tres veces, ha dicho en alta voz, mirando a la luna colorada:

—Yo, Gaudencio Tecún, me hago garante del alma del Curandero y juro por mi Señora Madre, que está en vida, y mi Señor Padre, que ya es muerto, entregársela a su cuerpo en el lugar en que lo entierren y caso que al entregársela a su cuerpo resucite, darle trabajo de peón y tratarlo bien. Yo, Gaudencio Tecún…

Y marchó hacia el rancho pensando: …Hombre que cava la voluntad de Dios en roca viva, hombre que se carea con la luna ensangrentada.

—Ve, Gaudencio, que el venado ya no está…

Gaudencio reconoció la voz de Ruperto, su hermano.

—Y vos fuiste por onde estaba, pué…

—Cierto que fuide…

—Y no lo incontraste…

—Cierto que no…

—Pero si viste cuando salió rispando…

—¿Vos lo viste, Gaudencio?

—No sé bien si lo soñé o lo vide…

—Recobró la vida entonce y entonce va a recobrar la vida el Curandero. Susto que se va a llevar mi nana, cuando vea el hombre sentarse, y el susto del muerto cuando oiga que le están rezando.

—Lo que no es susto en la vida no vale gran pena. Y ve que yo sí que me asusté cuando fue medianoche. Una luz muy rara, como cuando llueven estrellas, alumbró el cielo. El de las Siete-rozas abrió los ojos, yo había ido a ver si lo enterraba por no ser un animal cualquiera, sino un animal que era gente. Abrió los ojos, como te consigno, levantó humo dorado y salió de estampida reflejando en el río color de sueño.

—La arena, decís vos.

—Sí, la arena tiene color de sueño.

—Con razón que yo no lo encontré donde lo mataste. Fuide por si casual no había escupido esa piedra que dice mi nana que es buena para volver el sentido a los locos.

—Y, ¿encontraste algo?

—Ni riesgo, al principio. Pero buscando, estaba y aquí la traigo; piedra de ojo de venado, me tarda en llevársela a mi nana para que le aluje los sentidos y la mollera al Calistro; tal vez así se aviene a curar de su trastorno.

—Fue suerte, Ruperto Tecún, porque la piedra de ojo de venado, sólo la llevan los venados que no sólo son venados.

—Pues porque este Venado de las Siete-rozas era gente la llevaba, y como sirve para otros males yo a solas me he repetido que el Curandero tenía razón cuando la gravedad de nanita dicía que sólo se curaba del grillo cazando al de las Siete-rozas, y por atalayarlo vaya que no quedó, días y noches me pasé en el canal vigilando si pasaba, la escopeta ya lista, y la suerte fue tuya, Gaudencio, porque vos te lo trajiste al suelo de un solo postazo, y también te trajiste al Curandero; pero no culpas porque no sabías, de haber sabido que el venado y el Curandero eran énticos no le tiras.

A la familia entera de los Tecún se les alivió todo cuando el loco dejó de pasearse bajo el guarumo. Era un dolorón tan de ellos, de dieciséis familias de apellido Tecún, habitantes del Corral de los Tránsitos, el trastorno del Calistro que se detenía a veces bajo el árbol de orejotas verdes, olfateaba el tronco y babeaba palabras que no se entendían: ¡Luna colorada! ¡Luna colorada! ¡Taltucita yo! ¡Taltucita yo! ¡Fuego, fuego, fuego! ¡Oscurana de sangre! ¡Oscurana de miel de talnete!

La nana le alujó las sienes y la mollera con piedra de ojo de venado. La cabeza del Calistro era de tamaño normal, pero por ser loco se le veía una cabezota tan grande. Grande y pesada, con dos remolinos, cayó sobre la falda negra, olorosa a guisados de la nana y se dejó, igual que un niño, al ronrón de que le quitaba los piojos, pasar y pasar el ojo de venado, hasta que estuvo en sus cabales. La piedra de ojo de venado junta los pedacitos del alma que en el loco se han fragmentado. El loco tiene la visión del que se le quiebra un espejo y en los pedacitos ve lo que antes veía junto. Todo esto lo explicaba el Calistro muy bien. Lo que no se explicaba era la muerte del Curandero. Un sueño incompleto, porque junto a él decía ver, sin poderle descubrir la cara, al que de veras lo mató, a esa persona que era sombra, era gente, era sueño. Físicamente sentía aún el Calistro haberla tenido muy cerca, oprimida contra él como un hermano gemelo en el vientre materno y haber sido parte de esa persona, sin ser él, cuando ultimó al Curandero.

Todos se le quedaban mirando al Calistro. Tal vez no estaba curado. Sólo Gaudencio y Ruperto Tecún sabían que estaba bien curado. El remedio. La pepita de ojo de venado no falla.

7

El secreto del cadalso
Villiers de l’Isle-Adam

En Saint-Brieuc, Francia, 1840, nació VILLIERS DE L’ISLE-ADAM. Murió en París, 1899. Obras principales: *Tribulat Bonhomet*, *Axel*, *L’amour supreme*, *L’Eve future*, *Contes cruels*.

No en vano llamó «crueles» a muchos de sus cuentos.

El aquí incluido es uno de los más serenamente feroces que conocemos.

Las recientes ejecuciones me recuerdan esta extraordinaria historia:

Aquella noche del 5 de junio de 1864, a las siete, el doctor Edmond-Désiré Couty de la Pommerais, recientemente trasladado de la *Conciergerie* a la *Roquette,* estaba sentado, revestido de una camisa de fuerza, en la celda de los condenados a muerte.

Taciturno, fija la mirada, apoyaba los codos en el respaldo de la silla. Sobre la mesa, una vela iluminaba la palidez de su rostro frío. A dos pasos, un guardia, de pie contra el muro, lo observaba, cruzados los brazos.

Casi todos los detenidos están obligados a un trabajo cotidiano, de cuyo salario la administración deduce, en caso de fallecimiento, el precio de la mortaja, que nunca proporciona. Sólo los condenados a muerte no tienen que realizar tarea alguna.

El prisionero era de esos que no juegan a los naipes: en su mirada no se leía miedo ni esperanza.

Treinta y cuatro años; moreno; de talla mediana; bien proporcionado en verdad; las sienes grises desde hacía poco; la mirada nerviosa, semivelada; una frente de razonador; la voz opaca y breve, las manos saturninas; la expresión circunspecta de las personas poco locuaces; modales de estudiada distinción: tal aparecía.

(Se recordará que en las audiencias del Sena, no habiendo podido Me. Lachaud desvanecer en la mente de los jurados, no obstante lo riguroso de su defensa en esa ocasión, el triple efecto producido por los debates, las conclusiones del doctor Tardieu y la requisitoria de M. Oscar de Vallée, M. de la Pommerais, convicto de haber administrado dosis mortales de digitalina a una dama amiga suya, con premeditación y propósitos de lucro, oyó pronunciar contra él, en aplicación de los artículos 301 y 302 del Código Penal, la sentencia de muerte).

Esa noche del 5 de junio ignoraba aún el rechazo del recurso de apelación, así como de toda audiencia de gracia solicitada por sus familiares. Apenas si su defensor,

más dichoso, había logrado que lo escuchara distraídamente el Emperador. El venerable abate Crozes, que antes de cada ejecución se agotaba en súplicas a las Tullerías, había regresado sin respuesta. ¿Conmutar la pena de muerte en tales circunstancias, no implicaba abolirla? El caso era ejemplar. En opinión del Parquet[5], el rechazo del recurso era indudable y debía ser notificado de un momento a otro, y M. Hendreich había sido encargado de recibir al condenado el 9 a las cinco de la mañana.

De pronto, sonó en las losas del corredor un ruido de culatas de fusil; la cerradura chirrió pesadamente; la puerta se abrió; brillaron las bayonetas en la penumbra; el director de la Roquette, M. Beauquesne, apareció en el umbral, acompañado de un visitante.

M. de la Pommerais, que levantó la cabeza, reconoció de una ojeada en ese visitante al ilustre cirujano Armand Velpeau.

A un signo de su superior, el guardia salió, y M. Beauquesne, tras una muda presentación, se retiró tambien, dejando solos a los dos colegas, frente el uno al otro, mirándose. La Pommerais, en silencio, señaló al doctor su propia silla, y fue luego a sentarse en la cucheta de la cual los durmientes, en su mayor parte, son despertados de la vida en un sobresalto. Como se veía poco, el gran médico se acercó al enfermo, para observarlo mejor y poder conversar en voz baja.

Velpeau entraba ese año en los sesenta. En el apogeo de su renombre, heredero del sillón de Larrey en el Instituto, primer profesor de clínica quirúrgica de París y, por sus obras, todas de un rigor de deducción tan claro y tan vivo, una de las luces de la ciencia patológica, el distinguido médico se imponía ya como una de las cumbres de la ciencia.

Tras un frío momento de silencio:

—Señor —dijo—, entre médicos debemos ahorrarnos inútiles condolencias. Por otra parte, una afección de la próstata (que, seguramente, me matará dentro de dos años o dos años y medio) me clasifica también, con una diferencia de pocos meses, en la categoría de los condenados a muerte. Sin preámbulos, pues, vayamos a los hechos.

—Entonces, según usted, doctor, mi situación jurídica es… ¿desesperada? —interrumpió La Pommerais.

—Así se teme —respondió simplemente Velpeau.

—¿Está fijada mi hora?

—No lo sé; pero como nada se ha determinado aún a su respecto, puede seguramente contar con algunos días.

La Pommerais se pasó la manga de la camisa de fuerza por su pálida frente.

—Sea. Gracias. Estaré dispuesto: ya lo estoy. Ahora, cuanto más pronto, mejor.

—Como su recurso no ha sido rechazado, al menos hasta ahora —continuó Velpeau—, la proposición que voy a hacerle sólo es condicional. ¡Si se salva usted, tanto mejor!… Si no…

El gran cirujano se detuvo.

—¿Si no?… —preguntó La Pommerais.

Velpeau, sin responder, extrajo del bolsillo un pequeño estuche, lo abrió, sacó un bisturí y, cortando la camisa en la muñeca izquierda, apoyó el dedo medio sobre el pulso del joven condenado.

—Señor de La Pommerais —dijo—, su pulso me revela una sangre fría y una firmeza raras. El paso que doy ante usted (y que debe mantenerse en secreto) tiene por objeto una suerte de ofrecimiento que, aún dirigido a un médico de su energía, a un espíritu templado en las convicciones positivas de nuestra ciencia y bien liberado de los temores fantásticos de la muerte, podría parecer una extravagancia o una irrisión criminal. Pero sabemos, creo, quiénes somos. Usted la tomará, pues, en atenta consideración, por turbador que pudiera parecerle en el primer momento.

—Mi atención le está asegurada, señor —contestó La Pommerais.

—No ignora usted —siguió Velpeau—, que una de las cuestiones más interesantes de la fisiología moderna es saber si persiste algún resplandor de memoria, de reflexión, de sensibilidad real en el cerebro del hombre, después de seccionada la cabeza…

Al oír este inesperado comienzo, el condenado se estremeció; después, reponiéndose:

—Cuando usted entró, doctor —respondió—, estaba justamente preocupado por ese problema, doblemente interesante para mí, como comprenderá…

—Está usted al corriente de los trabajos escritos sobre el asunto, desde los de Soemmering, Süe, Sédillot y Bichat, hasta los modernos, ¿no es así?

—Hasta asistí, una vez, a uno de sus cursos de disección en los restos de un ajusticiado.

—¡Ah!… Sigamos, entonces. ¿Tiene usted nociones exactas, desde el punto de vista quirúrgico, sobre la guillotina?

La Pommerais, luego de mirar bien a Velpeau, contestó fríamente:

—No, señor.

—He estudiado escrupulosamente el aparato hoy mismo —continuó inconmovible el doctor Velpeau—. Es, lo atestiguo, un instrumento perfecto. La cuchilla actúa a la vez como tuna, como guadaña y como maza, cortando al sesgo el cuello del paciente en un tercio de segundo. El decapitado, bajo el impacto de este ataque fulgurante, no puede experimentar más dolor, pues, que el que siente, en el campo de batalla, el soldado a quien una bala le arranca un brazo. La sensación, por falta de tiempo, es nula y obscura.

—Tal vez haya *post-dolor*; queda lo vivo de dos heridas. ¿No fue Julia Fontenelle quien, dando sus motivos, preguntó si esa misma velocidad no tenía consecuencias más dolorosas que la ejecución con alfanje o con hacha?

—Bérard trató como merecía ese desvarío. Personalmente, tengo la convicción, basada en experiencias y en mis observaciones particulares, de que la ablación

instantánea de la cabeza produce, en el mismo momento, en el individuo decapitado, el desvanecimiento anestésico más absoluto.

»El solo síncope provocado por la pérdida súbita de cuatro o cinco litros de sangre que irrumpen fuera de los vasos (a menudo con una fuerza de proyección circular de un metro de diámetro) bastaría para tranquilizar a este respecto a los más timoratos. En cuanto a los estremecimientos inconscientes de la máquina carnal detenida demasiado repentinamente en su proceso, no constituye más indicio de sufrimiento que… las palpitaciones de una pierna cortada, por ejemplo, cuyos músculos y nervios se contraen, pero de la que ya no se sufre. Digo que la fiebre nerviosa de la incertidumbre, la solemnidad de los preparativos fatales y el sobresalto del despertar matinal son lo más claro de ese presunto sufrimiento, en estos casos. Como la amputación no es *perceptible*, el dolor real es imaginario. ¡Vamos! Un golpe violento en la cabeza no sólo no se siente sino que no deja conciencia alguna del choque; tal lesión simple de las vertebras acarrea la insensibilidad atáxica, y la separación de la cabeza, la escisión de la espina dorsal, la interrupción de las relaciones orgánicas entre el corazón y el cerebro, ¿no bastarían para paralizar, en lo más íntimo del ser humano, toda sensación, aún la más vaga, de dolor? ¡Imposible! ¡Inadmisible! Y usted lo sabe tan bien como yo.

—Así lo espero, al menos, más que usted, señor —respondió La Pommerais—. Por lo tanto, no es en realidad un grande y rápido sufrimiento *físico* (apenas concebido en la turbación sensorial y pronto ahogado por la ascendente invasión de la muerte); no es eso, repito, lo que temo. Es otra cosa.

—¿Quiere usted tratar de formularla? —dijo Velpeau.

—Escuche —murmuró La Pommerais tras un instante de silencio—. En definitiva, los órganos de la memoria y de la voluntad (si están circunscritos en el hombre a los mismos lóbulos en que los hemos comprobado en… el perro, por ejemplo), esos órganos, digo, *¡son respetados por el paso de la cuchilla!*

»Hay demasiados precedentes dudosos, tan inquietantes como incomprensibles, para que me deje persuadir fácilmente de la inconsciencia inmediata de un decapitado. Según las leyendas, ¿cuántas cabezas no han vuelto su mirada hacia quien las interrogaba? ¿Memoria de los nervios? ¿Movimientos reflejos? ¡Vanas palabras!

»Recuerde usted la cabeza de aquel marinero que, en la clínica de Brest, *una hora y cuarto después de la decapitación*, cortaba con un movimiento de las mandíbulas —tal vez voluntario— un lápiz colocado entre ellas… Por no citar más que ese ejemplo entre mil, la cuestión real sería, pues, saber si era o no el yo de ese hombre el que, cesada la hematosis, impresionó los músculos de su cabeza *exangüe*.

—El yo no reside sino en el conjunto —dijo Velpeau.

—La médula espinal prolonga el cerebelo —respondió M. de la Pommerais—. Esto sentado, ¿*dónde estaría* el conjunto sensitivo? ¿Quién podrá revelarlo? Antes de ocho días yo sí que lo habré sabido… y olvidado.

—De usted depende, quizá, que la humanidad lo sepa de una vez por todas —respondió lentamente Velpeau, los ojos clavados en su interlocutor—. Y, hablando con franqueza, es por eso por lo que estoy aquí.

»He sido delegado ante usted por una comisión de nuestros más eminentes colegas de la Facultad de París, y aquí está el permiso del Emperador. Contiene poderes lo bastante extensos como para prorrogar, llegado el caso, la orden de su ejecución.

—Explíquese… no le entiendo —contestó La Pommerais, perplejo.

—Señor de la Pommerais, en nombre de la Ciencia a la que amamos y que cuenta ya, entre nosotros, innumerables mártires magnánimos, vengo (en la hipótesis para mí más que dudosa, de que fuera factible cualquier experimento convenido entre nosotros) a reclamar de todo su ser la mayor suma de energía y de intrepidez que sea posible esperar de la especie humana. Si su recurso de gracia es rechazado, usted resulta ser, *como médico*, un sujeto competente por sí mismo en la suprema operación que debe soportar. Su concurso sería, pues, inestimable en una tentativa de… *comunicación*. Claro está, por más buena voluntad que usted se proponga demostrar, todo parece testimoniar de antemano el resultado más negativo; pero, en fin, con usted (suponiendo siempre que esta experiencia no sea absurda en principio) se ofrece una probabilidad sobre diez mil de iluminar milagrosamente, por así decirlo, la fisiología moderna. La ocasión debe ser, pues, aprovechada, y en caso de cambiarse victoriosamente un signo de inteligencia después de la ejecución, usted dejaría un nombre cuya gloria científica borraría para siempre el recuerdo de su flaqueza social.

—¡Ah! —murmuró la Pommerais, pálido, pero con resuelta sonrisa—, ¡ah! Empiezo a comprender… De hecho, los suplicios revelaron los fenómenos de la digestión, dice Michelot. ¿Y… de qué naturaleza sería su experimento? ¿Sacudidas galvánicas?… ¿Excitación del ciliar? ¿Inyecciones de sangre arterial? ¡Poco concluyente todo eso!

—Inútil decir que inmediatamente después de la triste ceremonia sus restos irán a descansar en paz en la tierra, y que no lo tocará uno solo de nuestros escalpelos —continuó Velpeau—. ¡No!… Pero a la caída de la cuchilla, yo, yo estaré allí, de pie, frente a usted, junto a la máquina. Su cabeza pasará de manos del ejecutor a las mías lo más pronto posible. Y entonces, como el experimento no puede ser serio y concluyente más que por su misma simplicidad, yo le gritaré, muy distintamente, al oído: «Señor Couty de la Pommerais, en recuerdo de lo convenido en vida, ¿puede usted, *en este momento*, bajar *tres veces seguidas* el párpado de su ojo derecho manteniendo el otro ojo totalmente abierto?». Si, en ese momento, cualesquiera sean las demás contracciones de las facies, usted puede, mediante esa triple guiñada, advertirme que me ha oído y entendido, y probármelo, impresionando así, por un acto de memoria y de voluntad permanentes, su músculo palpebral, su nervio zigomático y su conjuntiva (dominando todo el horror, todo el oleaje de las demás impresiones de su ser), ese hecho bastará para iluminar a la Ciencia y revolucionar nuestras

convicciones. Y yo sabré, no lo dude, darlo a conocer de manera que, en el futuro, su memoria sea no tanto la de un criminal como la de un héroe.

Al oír estas insólitas palabras, M. de la Pommerais pareció presa de una conmoción tan profunda que, las pupilas dilatadas fijas en el cirujano, permaneció durante un minuto silencioso y como petrificado. Después, sin decir palabra, se levantó, dio algunos pasos, muy pensativo, y al fin, meneando la cabeza:

—La horrible violencia del golpe me arrancará fuera de mí mismo. Realizar tal cosa me parece superior a toda voluntad, a todo esfuerzo humano —dijo—. Además, se dice que las probabilidades de vitalidad no son las mismas en todos los guillotinados. No obstante… vuelva, señor, la mañana de la ejecución. Le contestaré si me presto o no a esa tentativa a la vez espantosa, repelente e ilusoria. Si mi respuesta es negativa, cuento con su discreción para dejar que mi cabeza sangre tranquilamente su postrera vitalidad en el cubo de estaño que ha de recibirla.

—Hasta pronto, pues, M. de la Pommerais —dijo Velpeau levantándose también—. Reflexione.

Ambos se saludaron.

Un instante después, el doctor Velpeau abandonaba la celda, el guardia volvía a entrar y el condenado se extendía, resignado, en el lecho de campaña, para dormir o pensar.

Cuatro días después, hacia las cinco y media de la mañana, M. Beauquesne, el abate Crozes, B. Claude y M. Potier, escribano de la Corte imperial, entraron en la celda. Despertado, M. de la Pommerais, a la noticia de la hora fatal, se irguió en su asiento muy pálido y se vistió rápidamente. Después habló diez minutos con el abate Crozes, cuyas visitas ya había recibido amablemente: bien se sabe que el santo sacerdote estaba dotado de esa unción de inspirado que infunde valor en la última hora. Luego, viendo llegar al doctor Velpeau:

—He trabajado —dijo—. ¡Mire!

Y durante la lectura de la sentencia, mantuvo cerrado el párpado derecho mirando fijo al cirujano con su ojo izquierdo totalmente abierto.

Velpeau se inclinó profundamente y luego, volviéndose hacia M. Hendreich, que entraba con sus ayudante, cambió con el ejecutor una rápida señal de inteligencia.

La *toilette* fue breve: se notó que el *fenómeno del pelo encaneciendo a ojos vistas* bajo las tijeras no se había producido. Una carta de adiós de la esposa del reo, leída en voz baja por el capellán, humedeció sus ojos de lágrimas que el sacerdote enjugó piadosamente con el jirón cortado del cuello de su camisa. Una vez de pie y con la casaca echada sobre los hombros, debieron aflojar las trabas de sus muñecas. Después rehusó el vaso de aguardiente, y la escolta se peso en marcha por el corrector. Al llegar a la puerta, como encontrara en el umbral a su colega:

—¡Hasta luego! —le dijo en voz baja—… y adiós.

De pronto, las grandes hojas de hierro se entreabrieron y giraron ante él.

El viento de la mañana entró en la prisión; amanecía; la gran plaza se extendía a

lo lejos, rodeada por un doble cordón de caballería. Enfrente, a diez pasos, en un semicírculo de gendarmes a caballo, que a su aparición desenvainaron los ruidosos sables, se alzaba el cadalso. A cierta distancia, entre los enviados de prensa, algunos se quitaban el sombrero.

Allá lejos, detrás de los árboles, se oían los rumores de la multitud, excitada por la noche de espera. Sobre los techos de las fondas, en las ventanas, muchachas disipadas, pálidas, vestidas con sedas chillonas, empuñando aún algunas una botella de champaña, se asomaban en compañía de sombríos trajes negros. En el aire matinal, sobre la plaza, volaban aquí y allá las golondrinas.

Sola, llenando el espacio y limitando el cielo, la guillotina parecía prolongar sobre el horizonte la sombra de sus dos brazos erguidos, entre los cuales, muy lejos, allá arriba, en el azul del alba, se veía titilar la última estrella.

Ante esta fúnebre visión, el condenado se estremeció; luego se encaminó resueltamente hacia el pasadizo… Subió los escalones. Ahora la cuchilla triangular brillaba sobre la negra armazón, velando la estrella. Ya en la plancha fatal, besó, después del crucifijo, el mechón de sus propios cabellos recogido durante la *toilette* por el abate Crozes, que le rozó con él los labios.

—Para ella… —dijo.

Los cinco personajes se destacaban, en silueta, sobre el cadalso. El silencio se hizo tan profundo en ese instante, que el ruido de una rama rota, lejos, bajo el peso de un curioso, llegó mezclado con gritos y risas odiosas hasta el grupo trágico. Entonces, al dar la hora cuyo último toque no debía escuchar, M. de la Pommerais vio en frente, del otro lado, a su extraño experimentador, quien, posada una mano en la plataforma, lo observaba. Se reconcentró un segundo y cerró los ojos.

Bruscamente, la báscula se movió, cayó el yugo, cedió el botón y el resplandor de la cuchilla pasó. Un choque terrible conmovió la plataforma; los caballos se encabritaron al olor magnético de la sangre, y el eco del ruido vibraba aún cuando ya la cabeza ensangrentada de la víctima palpitaba entre las manos impasibles del cirujano de la Pitié, enrojeciéndole a raudales los dedos, los puños y la ropa.

Era un rostro espantoso, horriblemente blanco, con los ojos abiertos y como distraídos, de cejas revueltas, de rictus crispado: los dientes entrechocaban; el mentón, en el extremo del maxilar inferior, había sido interesado.

Velpeau se inclinó rápidamente sobre esa cabeza y formuló, en el oído derecho, la pregunta convenida. Firme como era ese hombre, el resultado lo hizo estremecer de una especie de frío terror: *el párpado del ojo derecho bajó, mientras el ojo izquierdo, distendido, lo miraba*.

—¡En el nombre de Dios mismo y de nuestro ser, haga dos veces más esa señal! —gritó, algo trastornado.

Las pestañas se separaron, como por un esfuerzo interior, pero el párpado no volvió a levantarse.

La cara, de segundo en segundo, se tornaba rígida, helada, inmóvil. Era el fin.

El doctor Velpeau devolvió la cabeza muerta a M. Hendreich, quien, reabriendo el cesto, la colocó, como es costumbre, entre las piernas del cuerpo ya inerte.

El gran cirujano sumergió sus manos en uno de los cubos destinados al lavado, que ya comenzaba, de la máquina. En torno de él la muchedumbre se deslizaba inquieta, sin reconocerlo. Se enjugó, siempre en silencio.

Después, a paso lento, la frente pensativa y grave, se dirigió a su coche, estacionado en el ángulo de la prisión. Cuando subía a él, vio el furgón de la justicia que se alejaba al trote hacia Montparnasse.

8

Manuscrito antiguo
Franz Kafka

FRANZ KAFKA nació en Praga en 1883, hijo de padres judíos. Estudio derecho, trabajó largos años en una compañía de seguros, padeció pobreza y oscuridad, y murió tuberculoso en 1924, encargando a su amigo, Max Brod, la destrucción de sus manuscritos inéditos.

El incumplimiento de ese deseo reveló al mundo un escritor inquietante, cuya interpretación y ubicación en las letras contemporáneas aún no ha podido completarse, a pesar de innumerables estudios consagrados a su obra ya su vida. Todos coinciden, sin embargo, en señalar la vastísima influencia de Kafka en la actual literatura. El tiempo, Dios, la Ley, la culpa y el castigo son algunos de los temas que, trasmutados por un simbolismo muy peculiar, ocupan las minuciosas y a menudo terribles páginas de sus libros: *El Proceso*, *América*, *La Metamorfosis*, *La Colonia Penal*, *El Castillo*, etc.

Parece que el sistema defensivo de nuestro país fuera muy defectuoso. Hasta ahora hemos proseguido nuestro trabajo cotidiano sin ocuparnos de él; pero algunos acontecimientos recientes empiezan a inquietarnos.

Tengo una tienda de zapatero en la plaza, frente al palacio del Emperador. Apenas bajo los postigos, al primer resplandor del alba, ya veo soldados con armas apostados en todas las bocacalles de la plaza. Pero estos soldados no son nuestros; son, evidentemente, nómadas del Norte. De algún modo incomprensible para mí, han penetrado hasta la misma capital, aunque ésta se halla muy lejos de la frontera. Lo cierto es que aquí están; y cada mañana parecen más numerosos.

Acordes con su naturaleza, acampan a cielo descubierto, pues abominan las casas. Afilan sus espadas, aguzan sus flechas, adiestran sus caballos. Esta pacífica plaza, que siempre se ha mantenido tan escrupulosamente limpia, la han convertido, sin exageración, en un muladar. De tanto en tanto probamos salir de nuestras tiendas y limpiar, por lo menos, lo peor de la inmundicia, pero esto ocurre cada vez con menos frecuencia, porque la tarea es inútil, y además nos pone en peligro de caer bajo los cascos de los caballos salvajes o de ser tullidos a latigazos.

Hablar con los nómadas es imposible. No conocen nuestro idioma, y en verdad apenas puede decirse que tengan uno propio. Se comunican entre sí como las cornejas. Graznidos como de cornejas llenan incesantemente nuestros oídos. No comprenden ni les interesa comprender nuestras instituciones, nuestro modo de vida. Y en consecuencia se muestran reacios a entendernos por señas. Uno puede hacerles gestos hasta dislocarse las mandíbulas y las muñecas: no entienden ni entenderán nunca. A menudo hacen muecas; entonces ponen los ojos en blanco y sus labios se cubren de espuma, pero no significan nada, ni siquiera una amenaza. Lo hacen porque está en su naturaleza. Se apoderan de todo lo que necesitan. No se puede decir que lo tomen por la fuerza. Se aferran a algo y uno se aparta, simplemente, y los deja.

También a mí me han llevado muchas cosas de mi tienda. Pero no puedo quejarme cuando veo, por ejemplo, como sufre el carnicero de enfrente. Apenas trae la carne, los nómadas se la arrancan y la devoran. Hasta los caballos comen carne; a menudo se ve un caballo y su jinete, tendidos lado a lado, mordisqueando cada uno una punta de un hueso. El carnicero está nervioso y no se atreve a interrumpir sus entregas de carne. Nosotros lo comprendemos, sin embargo, y hacemos colectas para mantener su negocio. Si los nómadas no recibieran carne, quien sabe qué se les ocurriría; quién sabe, de todos modos, qué se les puede ocurrir, aunque reciban carne todos los días.

No hace mucho el carnicero pensó que, por lo menos, podía ahorrarse la molestia de faenar el ganado, y una mañana trajo un buey vivo. Pero nunca se atreverá a hacerlo nuevamente. Yo permanecí una hora tendido en el piso, al fondo de mi tienda, con la cabeza envuelta en todas las ropas, alfombras y almohadas que tenía, para no oír los mugidos de ese buey, sobre el que saltaban de todos lados los nómadas, arrancándole con sus dientes trozos de carne viva. Cuando me arriesgué a salir, hacía rato ya que no se oía nada; yacían embotados en torno a los restos del esqueleto, como ebrios alrededor de un tonel de vino.

Fue en esta oportunidad que me pareció ver al propio Emperador ante una ventana del palacio; por lo general nunca entra en esas habitaciones exteriores, sino que pasa la mayor parte del tiempo en el jardín interior; pero esta vez estaba de pie —por lo menos así me pareció— observando con la cabeza gacha lo que ocurría ante su residencia.

«¿Qué va a pasar? —nos preguntamos todos—. ¿Cuánto tiempo podremos soportar esta carga, este tormento? El palacio del Emperador ha atraído a los nómadas, pero no sabe como rechazarlos. La verja permanece cerrada; los guardias, que antes entraban y salían continuamente, en ceremoniosa marcha, ahora permanecen detrás de las ventanas enrejadas. La salvación de nuestro país depende de nosotros, artesanos y comerciantes; pero no somos capaces de semejante empresa; y nunca hemos afirmado que fuéramos capaces. Es un malentendido que sera la ruina de todos nosotros».

9

El Deán de Santiago y el Gran Maestre de Toledo
El Infante Don Juan Manuel

El Infante DON JUAN MANUEL nació en el castillo de Escalona, España, en 1282. Aún no había cumplido doce años cuando su primo Sancho IV lo nombró Adelantado Mayor en Murcia, con la misión de cuidar la frontera contra los moros.

Más tarde participó activamente en las intrigas, guerras y atrocidades que caracterizaron este período de la historia peninsular. Hombre instruido, «que tuvo conocimiento de todo el saber de su siglo», según un crítico, halló tiempo, a pesar de sus trajines políticos y guerreros, para realizar una considerable obra literaria, en parte perdida, en la que se destaca *El Conde Lucanor*, colección de relatos cuyos argumentos proceden de diversas fuentes: leyendas orientales, fábulas griegas, apólogos de la India. Uno de esos cuentos o «enxiemplos» es el que aparece aquí en versión modernizada.

Había en Santiago un deán que tenía muchos deseos de aprender el arte de la nigromancia, y oyó decir que don Illán de Toledo sabía de esto más que ninguno de su época; por tanto, fue a Toledo para aprender aquella ciencia; y el día que llegó a Toledo enderezó a casa de don Illán y lo halló que estaba leyendo en una cámara muy apartada; y luego que llegó a él lo recibió muy bien y le dijo que no quería que le dijese nada del porqué venía hasta que hubiese comido; y lo alimentó muy bien, y le hizo dar muy buen aposento y todo lo que hubo menester, y dióle a entender que le placía mucho estar con él. Después que hubieron comido, apartóse con él, le contó la razón por que había venido, y le rogó muy ahincadamente que le enseñara aquella ciencia, que él tenía muchos deseos de aprenderla. Don Illán le dijo que él era deán y hombre de calidad, y que podría llegar a gran estado, y los hombres que llegan a gran estado, cuando han resuelto todo lo suyo a la medida de sus deseos, olvidan muy presto lo que otros han hecho por ellos, y que él temía que en cuanto hubiese aprendido lo que quería saber, no le haría tanto bien como le prometía. El deán le prometió y le aseguró que cualquiera fuese el bien que recibiera, nunca haría sino lo que él mandase. Y en estas conversaciones estuvieron desde que hubieron comido

hasta que fue hora de cenar.

Y una vez que el pleito quedó muy bien asegurado entre ellos, dijo don Illán al deán que aquella ciencia no se podía aprender sino en lugar muy apartado, y que aquella noche le quería mostrar donde habían de estar hasta que hubiese aprendido lo que quería saber. Tomólo por la mano y llevólo a una habitación; y apartándose de las demás gentes llama a una criada de su casa, y le dijo que tuviese perdices para cenar esa noche, mas que no las pusiese a asar hasta que él se lo mandase. Dicho esto, llamó al deán, y entraron ambos por una escalera de piedra muy bien labrada, y fueron bajando por ella gran trecho, de suerte que parecían estar tan bajo que pasaba el río Tajo por encima de ellos; y cuando estuvieron al cabo de la escalera, hallaron alojamiento muy bueno en una cámara muy a propósito que allí había, donde estaban los libros y el estudio en que habían de leer. Luego que descansaron, estuvieron parando mientes en cuáles libros habían de comenzar a leer. Y estando ellos en esto entraron dos hombres por la puerta, y diéronle una carta que enviaba el arzobispo, su tío, en que le había saber que estaba muy enfermo y le mandaba rogar que, si lo quería ver vivo, fuese en seguida a donde él estaba. Mucho pesaron al deán estas nuevas; lo uno, por la dolencia de su tío; lo otro, por el temor que tenía de dejar tan pronto su estudio; hizo sus cartas de respuesta y las envió al arzobispo, su tío.

De allí a cuatro días llegaron otros hombres de a pie, que traían otras cartas al deán en que le hacían saber que el arzobispo había muerto, y que todos los de la iglesia querían su elección y confiaban por la merced de Dios que lo elegirían a él, y que por esta razón no se molestase en ir a la iglesia, pues mejor para él que lo eligiesen hallándose en otra parte, que no estando en la iglesia.

De ahí al cabo de siete u ocho días vinieron dos escuderos muy bien vestidos y muy bien aparejados, y cuando llegaron a el besáronle la mano y mostráronle las cartas por las que le habían elegido arzobispo.

Y cuando don Illán oyó esto, fue al electo, y le dijo que agradecía mucho a Dios por estas buenas nuevas que llegaron a su casa: y pues tanto bien le hiciera Dios, le pedía por merced que el deanato que quedaba vacante lo diese a un hijo suyo; y el electo le dijo que le rogaba que consintiese en que aquel deanato lo tuviese un hermano suyo; pero que él le haría bien en la iglesia de suerte que quedase contento, y le rogaba que fuese con él a Santiago y llevase con él a su hijo; y don Illán le dijo que lo haría.

Y se fueron para Santiago, y cuando llegaron allá fueron bien recibidos y con machos honores. Y cuando vivieron allí un tiempo, un día llegaron al arzobispo mandaderos del Papa, con cartas por las que le daba el obispado de Tolosa, y le concedía gracia para que pudiese dar el arzobispado a quien quisiese.

Y cuando don Illán oyó esto, comenzó a rogarle, recordándole con mucho ahínco lo que con él había tratado, y pidiéndole por merced que diese el arzobispado a su hijo. El arzobispo le rogó que consintiese en que lo hubiera un tío suyo, hermano de su padre, y don Illán dijo que bien entendía que le hacía un perjuicio muy grande,

pero que lo consentía con tal que le asegurase que lo enmendaría en adelante, y el arzobispo le prometió de mil maneras que así lo había, y rogóle que fuese con él a Tolosa y llevase a su hijo.

Cuando llegaron a Tolosa fueron muy bien recibidos por los condes y cuantos hombres buenos había en la tierra. Y luego que hubieron vivido allí unos dos años, llegáronle mensajeros del Papa con cartas por las que el Papa le había cardenal, y le otorgaba la gracia de dar el obispado de Tolosa a quien él quisiese; entonces fue a él don Illán y díjole que pues tantas veces le había faltado a lo que con él conviniera, que ya no había lugar para ponerle excusa alguna por no darle alguna de aquellas dignidades a su hijo; el cardenal le rogó que consintiese en que hubiese aquel obispado a un tío suyo, hermano de su madre, que era hombre bueno y anciano; más que pues él era cardenal, fuese con él a la corte, que habría mucho en que hacerle bien. Y don Illán quejóse mucho de esto, pero consintió en lo que el cardenal quiso, y fuese con él para la corte.

Cuando allá llegaron fueron muy bien recibidos por los cardenales y cuantos en la corte estaban, y vivieron allí mucho tiempo; y don Illán, apremiando cada día al cardenal que hiciese alguna gracia a su hijo, él le ponía sus excusas. Y estando así en la corte murió el Papa, y todos los cardenales eligieron a aquel cardenal por Papa, y entonces fue a él don Illán, y díjole que no podía ponerle más excusas de no cumplirle lo que le había prometido; y el Papa dijo que no lo apremiase tanto, que siempre habría lugar de hacerle merced, según fuese razón, y don Illán comenzó a quejarse mucho de esto, recordándole cuantas cosas le prometiera, y que nunca le había cumplido alguna, y diciéndole que aquello recelara él la primera vez que con él habló. Y pues a aquel estado había llegado, y no le cumplía lo que le prometiera, ya no cabía esperar de él bien alguno. De este apremio se quejó mucho el Papa, y comenzó a maltraerlo, diciéndole que si más le apretaba le había de echar en una cárcel, que era hereje y brujo, y que bien sabía él que no tenía otra vida ni otro oficio en Toledo, donde moraba, sino vivir de aquel arte de la nigromancia.

Cuando don Illán vio cuán mal le galardonaba el Papa lo que por él había hecho, despidióse de él, y ni siquiera le quiso dar el Papa algo para que comiese por el camino. Entonces don Illán dijo al Papa que pues no tenía otra cosa de comer, tenía que volver a las perdices que mandara asar aquella noche; y llamó a la mujer, y díjole que asase las perdices. Y cuando esto dijo don Illán, hallóse el Papa en Toledo, deán de Santiago, como lo era cuando allá vino; y tan grande fue la vergüenza que tuvo, que no supo que decirle, y don Illán díjole que se fuese en buena ventura, que asaz había probado lo que había en él, y que se tuviera por desventurado si le hubiera dado parte de las perdices.

10

El precio de la cabeza
John Russell

Esta es la historia del extraño viaje que hiciera a la parda Fufuti, «donde unos son ahumados y otros comidos», Christopher Alexander Pellett y su fiel amigo negro. Del autor, JOHN RUSSELL, sólo sabemos que publicó en 1919 un libro titulado *Color of the East*, de donde procede este memorable relato.

Los bienes de Christopher Alexander Pellett eran éstos: su nombre, que siempre cuidó de mantener intacto; unos pantalones de lienzo, ya no intactos, en cuyo interior vivía y dormía; una permanente sed de bebidas alcohólicas y un par de patillas rojas. Además, tenía un amigo. Ahora bien, ningún hombre es capaz de ganar una amistad, aún en las amables islas de la Polinesia, si no posee alguna cualidad propia: fortaleza física, buen humor, perversidad. Debe exhibir algún rasgo al que el amigo pueda atenerse y aferrarse. ¿Cómo explicar, pues, la constante devoción que a Christopher Alexander Pellett profesaba Karaki, el barquero de la compañía marítima? Ése era el misterio que nadie podía aclarar en Fufuti.

Pellett no tenía nada de malo. Nunca reñía. Nunca levantaba el puño. Aparentemente no había aprendido jamás que el pie de un hombre blanco, aunque camine haciendo eses, tiene por misión apartar a puntapiés a los nativos que se le pongan delante. Ni siquiera echaba maldiciones contra nadie, salvo contra sí mismo y contra el mestizo chino que le vendía *brandy*; y eso era disculpable, porque el *brandy* era muy malo.

Por otra parte, no se le encontraba ninguna virtud perceptible. Había perdido mucho antes la voluntad de trabajar, y aún, últimamente, el arte de mendigar. No sonreía, no bailaba, no exhibía ninguna de esas amables excentricidades que a veces granjean al ebrio cierta tolerancia. En cualquier otro lugar del mundo, se habría extinguido sin lucha. Pero el azar lo había llevado a las playas donde la vida es fácil como una canción, y su destino particular le proporcionó un amigo. Y así sobrevivía. Eso era todo. Persistía como un trozo de carne conservado en alcohol…

Karaki, su amigo, era un salvaje de Bougainville, lugar donde algunos son ahumados y otros comidos. Siendo negro, melanesio, era tan extranjero en la parda Fufuti como cualquier blanco. Hombrecito serio, eficiente, con ojos profundamente hundidos, tenía una gran mata de pelo lanudo y una total ausencia de expresión. Sus

gustos eran sencillos. Usaba un taparrabos de algodón rojo ceñido a la cintura, y un anillo de bronce, de los que se utilizan para colgar cortinas, suspendido de la nariz.

Un poderoso cacique de su isla natal había vendido a la compañía marítima, por tres años, los servicios de Karaki, cobrando por adelantado su salario de tabaco y abalorios. Cuando el contrato expirase, Karaki sería reembolsado con destino a Bougainville —situado a unas ochocientas millas—, donde desembarcaría no más rico que al partir, salvo en experiencia. Ésa era la costumbre, aunque tal vez Karaki abrigara otros planes.

Es raro que alguna de las razas negras del Pacífico posea esas virtudes por las que suelen ser admirados los pueblos esclavos. La fidelidad y la humildad pueden extraerse de otros colores, comprendidos entre el pardo y el chocolate. Pero el negro permanece salvaje inescrutable. Su corazón secreto le pertenece en exclusividad. De ahí el asombro de la población de Fufuti, que conocía las costumbres de los reclutas negros, al advertir que Karaki se convertía en protector del inservible extranjero.

—¡Eh, tú, Johnny! —gritó Moy Jack, el mestizo chino—. Mejor que vengas a recoger a tu amo. Está demasiado borracho.

Karaki abandonó la sombra del cobertizo de copra donde había estado esperando una hora o más y se adelantó a recibir el bulto informe lanzado a través de la puerta de la taberna. Lo levantó científicamente por la muñeca y la axila, y se dirigió con él había la playa. Moy Jack se quedó mirándolo desde su umbral con cínico interés.

—Eh, tú —dijo—, ¿por qué tomar tanta molestia por tu amo? ¿Por qué no me traer todas esas perlas? Yo te hago buen negocio, palabra.

A Moy Jack le molestaba tener que dar al hombre blanco una botella diaria a cambio del menudo aljófar que Pellett llevaba siempre consigo. Sabía de donde procedían esas perlas. Karaki buceaba en la laguna para pescarlas, aunque estaba prohibido. Moy Jack ganaba bastante con el trueque, pero habría ganado más negociando directamente con Karaki, a cambio de un poco de tabaco.

—¿Por qué le dar a tu amo todas esas perlas? —preguntó Moy Jack ofensivamente—. No servir para nada, vamos. Más le valdría morirse del todo.

Karaki no contestó. Miró a Moy Jack sólo una vez, y las palabras del mestizo se disolvieron en murmullos. Por un instante había aparecido en los ojos de Karaki una extraña luz, semejante al vago resplandor verdoso de un tiburón, entrevisto a diez brazas de profundidad…

Karaki llevó su carga a la playa, al pequeño cobertizo de hojas de pándano que constituía todo su hogar. Depositó suavemente a Pellett sobre una estera, le almohadilló la cabeza, lo lavó con agua fría y limpió la suciedad de sus cabellos y de sus patillas. Las patillas de Pellett eran auténticas, salientes coma los bigotes de un bagre, y tenían un hermoso color dorado cobrizo. Karaki las peinó con un peine de sándalo. Luego se sentó a su lado con un abanico, ahuyentando las moscas del rostro hinchado del borracho.

Poco después de mediodía, algo lo incitó a salir precipitadamente. Durante varias

semanas, había estado atento a todas las variaciones del tiempo, esperando el cambio que se produciría cuando el alisio del sudeste empezara a soplar más recio a través de aquel cinturón de calmas chichas y vientos pasajeros. Y ahora, mientras Karaki miraba, las nítidas sombras comenzaron a difuminarse sobre la arena y un velo cubrió la faz del sol.

Todos en Fufuti dormían. Los peones de la compañía roncaban en la galería trasera. Bajo la red del mosquitero, el agente soñaba, dichoso, con grandes cargamentos de copra y copiosas bonificaciones. Moy Jack dormitaba entre sus botellas. Nadie habría sido lo bastante insensato como para salir al descubierto en aquella hora meridiana de reposo: nadie salvo Karaki, el negro indomeñado, a quien no le importaba la costumbre, aunque le importaban los sueños. El sordo bramido de la marejada en las rompientes sofocó el rumor de sus pasos. Karaki iba de un lado a otro come un espectro. Y mientras Fufuti dormía, se aplicaba a una tarea que no especificaba su contrato…

Mucho tiempo atrás había determinado dos hechos esenciales: el lugar donde se guardaba la llave de la proveeduría, y el lugar donde se almacenaban los fusiles y las municiones. Abrió la proveeduría y eligió tres rollos de tela carmesí, unos pocos cuchillos, dos cajones de tabaco y un hacha pequeña y afilada.

Habría podido llevarse muchas otras cosas. Pero Karaki era un hombre de gustos sencillos, y era un hombre eficiente.

Con el hacha forzó un cajón de fusiles y sustrajo un Winchester y una gran caja de balas. Después penetró en el cobertizo de las barcas y desfondó la quilla de la ballenera y de los dos *cutters*, dejándolos inutilizables para muchos días. El hacha era en realidad un instrumento muy manuable, un verdadero *tomahawk*, con un filo de navaja. Karaki sintió un auténtico placer de artesano al ver sus cortes nítidos y profundos. El hacha era, casi, su botín más estimable.

Sobre la playa descansaba una gran proa, una de esas robustas canoas provistas de batangas que usa en Bougainville la tribu de Karaki, tan alta de proa y de popa que tenía casi forma de media luna. El último monzón del noroeste la había lanzado sobre la costa, y Karaki la había reparado por orden del propio agente de la compañía. Ahora la botó a la laguna y almacenó a bordo su botín.

Había efectuado una apresurada selección de provisiones. Llevaba una bolsa de arroz y otra de batatas. Hizo tres viajes a la barca, transportando en una red todos los cocos que pudo cargar. Embarcó una barrica de agua y una caja de galletas.

Mientras buscaba las galletas, se encontró con la bodega privada del agente: una docena de botellas del mejor *whisky* irlandés. Las miró de reojo y siguió de largo. Sabía lo que contenían, y era un salvaje, un negro. Pero pasó sin tocarlas. Cuando Moy Jack supo esto, más tarde, recordó lo que había visto en la mirada de Karaki, y aventuró la sorprendente profecía de que Karaki nunca sería capturado vivo.

Cuando todo estuvo listo, Karaki volvió al cobertizo y despertó a Christopher

Alexander Pellett.

—¡Eh, mi amo, venga!

Pellett se sentó y lo miró. Es decir, miró. Si vio algo o no, es cosa que pertenece a los problemas más intrincados de la psicología.

—Demasiado tarde —dijo Mr. Pellett con voz profunda—. Este negocio se cierra. Dales las buenas noches a todos esos malditos holgazanes. ¡Yo… me voy… a dormir!

Y dicho esto cayó de espaldas sobre el piso.

—Despierte, mi amo —insistió Karaki, sacudiéndolo—. Usted, dormido demasiado. ¡Eh, mi amo! ¡Ron! ¿Quiere ron? ¡Yo le doy ron, lo que quiera, palabra! ¡Mucho ron, mi amo!

Pero aún aquellas palabras mágicas, que todas las mañanas, infaliblemente, levantaban a Pellett de su cama, esta vez cayeron en oídos sordos. Pellett había bebido lo suyo, y probablemente dormiría el resto del día.

Karaki se arrodilló a su lado, lo alzaprimó hasta poder introducir el hombro bajo su cintura, y lo levantó como si fuera una bolsa de harina. Pellett pesaba setenta kilogramos, Karaki no más de cuarenta y cinco. Sin embargo, el hombrecito negro se las ingenió hábilmente, a la manera de los *coolies*, para llevar su carga, con las piernas colgando, en dirección a la playa. Más aún: logró embarcarla en la proa. Pellett estuvo a punto de ahogarse, y la proa de irse a pique. Pero Karaki se las arregló.

Nadie los vio partir. Fufuti seguía soñando. Mucho antes de que el agente de la compañía despertara, furioso, a la evidencia de la catástrofe, la extraña barca en forma de media luna había salido del atolón y se perdía a la distancia, en alas del alisio.

El primer día Karaki se vio en figurillas para mantener la proa corriendo en línea recta ante el viento. Grandes olas humosas surgían encrespándose del sudeste, con afán de romper sobre la barca a la menor oportunidad. Karaki era un pobre salvaje que ignoraba lo que fuese una brújula o un grado de latitud. Pero sus abuelos habían atravesado estas aguas en cáscaras de nuez, realizando travesías a cuyo lado la empresa de Colón era un simple viajecito en *ferry-boat*. Karaki achicaba el agua con un tacho de hojalata, en lugar de velas utilizaba una estera, y un canalete a modo de timón, pero seguía adelante.

A eso del amanecer Mr. Pellett se movió en el fondo de la barca y alzó una cara verde como un guisante. Lanzó una mirada de azoramiento al hirviente páramo que lo rodeaba, y se desmayó con un gemido. Al cabo de un intervalo razonable, hizo nuevamente la prueba, pero su alucinación se negaba a desaparecer: se volvió entonces hacia Karaki, acurrucado en la popa y reluciente de espuma.

—¡Ron! —exigió.

Karaki meneó la cabeza.

Una expresión desesperada asomó a los ojos de Pellett.

—Llévate… llévate toda esa porquería —suplicó patéticamente, señalando el

océano.

Por dos días consecutivos estuvo muy, muy enfermo, y aprendió que una embarcación pequeña, en cualquier lugar del mar, puede moverse en cuarenta y siete direcciones distintas en el espacio de un minuto. Y no es poco aprender, como han de saberlo quienes han atravesado por esa experiencia.

A Pellett le resultó casi fatal.

Al tercer día despertó, sintiendo la boca y el estómago como si fuesen de cuero, y asaltado por una gran debilidad, aunque con un renovado dominio de sus facultades mentales. El huracán había amainado, y Karaki preparaba silenciosamente un refrigerio de cocos. Pellett se despachó dos antes que se le ocurriera extrañar el *brandy* que invariablemente formaba parte de su desayuno. Pero cuando lo recordó, sintió en la garganta una brusca repugnancia por la leche de coco.

—Quiero ron.

—No haber ron.

Pellett miró a proa y a popa, a barlovento y sotavento. Mucho horizonte a la vista, pero nada más. Por primera vez tuvo conciencia de la anormalidad de la situación.

—¿Cómo hemos venido tan lejos?

—Agarramos viento grande —explicó Karaki.

Pellett no estaba en condiciones de poner en duda esa afirmación, ni de adivinar, por el previsor abastecimiento de la barca, que no se trataba de una ocasional expedición de pesca terminada en alta mar por el azar de una tormenta. Pellett tenía otras cosas en qué pensar. Algunas de esas cosas eran rosadas, y otras purpúreas, y otras abigarradas como un arco iris de sorprendente diseño, y todas sumamente nuevas e interesantes. Brotaban en muchedumbre de las vastas profundidades para entretener a Christopher Alexander Pellett. Y lo conseguían.

A un hombre que ha estado macerado en alcohol durante dos años es imposible suprimírselo sin obtener resultados más o menos pintorescos. Hubo días en que la proa atravesó los desiertos mares del sur dejando tras sí una estela de vociferados madrigales y coros. Atado de pies y manos, amarrado bajo un banco de bogar, Pellett desvariaba en torno a los versos de su inocente juventud. Cosa extraña de oír, si alguien lo hubiera oído, pero allí sólo estaba Karaki, a quien no le importaban los poetas menores de la época de Carlos 7 y en quien se desperdiciaban páginas enteras de Atalanta en Calidón. De tanto en tanto volcaba un cucharón de agua de mar sobre el hombre blanco, o tendía una esterilla para protegerlo del sol, o lo alimentaba a la fuerza con leche de coco. Era mal auditorio, pero excelente enfermero. Y dos veces al día peinaba las patillas de Pellett.

Entraron en la calma chicha. Pero el alisio los solivió otra vez, mas suave que antes, de suerte que Karaki arriesgó poner proa al oeste, y entonces navegaron raudamente bajo un cielo brillante como un metal pulido.

My heart is within me

As an ash in the fire;
Whosoever hath seen me
Without lute, without lyre,
Shall sing of me grievous things,
even things that were ill to desire…[6]

Así cantaba Christopher Alexander Pellett, cuyo rostro empezaba a parecerse cada vez más al de un hombre y cada vez menos a un racimo de algas podridas…

Siempre que la oportunidad se presentaba favorable, Karaki desembarcaba en la costa de sotavento de alguna de las diminutas islas que salpican la región de Santa Cruz y se las ingeniaba para cocinar arroz y papas en su balde de lata. Esto era peligroso. Un día arribaron a una isla habitada. Dos hombres blancos en un *cutter* salieron a detenerlos. Karaki no podía ocultar su condición de negro fugitivo, ni lo intentó. Cuando el *cutter* se acercó a cincuenta yardas de distancia, Karaki se reveló bruscamente como un negro fugitivo, pero provisto de un fusil. Y al irse, dejaba el *cutter* hundiéndose y a uno de los hombres, muerto.

—Hay un agujero de bala aquí, a mi lado —dijo Pellett, debajo del banco de bogar—. Será mejor que lo tapones.

Karaki lo taponó y libertó a su pasajero, quien se incorporó y empezó a desperezarse como si su cuerpo le inspirase cierta ingenua curiosidad.

—Así que eres real —observó Pellett mirando fijamente a Karaki—. Por Dios, ya lo creo, y eso es un consuelo. Tenía razón. Karaki era muy real. ¿Adónde llevas esta canoa?

—A Balbi —respondió Karaki, utilizando la palabra nativa que designa a Bougainville.

Pellett lanzó un silbido. Una evasión seguida de una travesía de ochocientas millas en un bote descubierto era una empresa considerable, que merecía su respeto. Por otra parte, acababa de tener una prueba incontestable de la eficiencia de aquel hombrecito negro.

—¿En Balbi tienes tu casa?

—Sí.

—Está bien, comodoro —dijo Pellett—. Adelante. No sé por qué me has embarcado de sobrecargo, pero cuenta con mi ayuda.

Era extraño —o quizá no—, pero aquel intervalo de su vida pasado en Fufuti se iba desvaneciendo de la memoria de Pellett a medida que el veneno del alcohol se disipaba en sus tejidos. El Christopher Alexander Pellett que emergía de la metamorfosis era el de sus años mozos: bastante arruinado, sin duda; flojo, indolente y despreocupado, en el mejor de los casos, pero con una dosis común de humanidad y una inteligencia algo superior a lo común.

Al principio se había sentido muy débil, pero la alimentación de cocos y batatas que le impuso Karaki dio un resultado maravilloso; llegó el momento en que se sintió

capaz de gozar del amargo gusto de la espuma salina en sus labios y de olvidar durante horas enteras su ansia desesperada de estimulantes. Extraña tripulación, aquellos dos: el simple salvaje y el ebrio convaleciente, pero en ningún momento se discutió sobre quién estaba al mando de la embarcación. Y esto se advirtió perfectamente a la tercera semana de la travesía, cuando la comida empezó a escasear, y Pellett observó que Karaki no comía nada en todo el día.

—Oye, eso no está bien —exclamó—. Me has dado el último coco y tú no has comido nada.

—No me gustan —repuso Karaki brevemente.

En las largas horas de ocio, cuando los únicos sonidos entre el mar y el cielo eran el susurro de la espuma bajo la barca y el crujir y chirriar de las batangas, Christopher Alexander Pellett meditó acerca de muchas cosas. A veces su frente parecía contraída de dolor. No siempre es agradable ser arrancado al presente para volver a los recuerdos. Los recuerdos largamente sumergidos no son buena compañía. Había conocido los horrores del delirio. Ahora debía enfrentarse con los demonios aún más reales de su pasado que antes rehuyera.

Mas ahora no podía escapar. Se resolvió contra ellos, y luchó, y los fue derrotando uno a uno.

Después de veintinueve días en el mar, sólo les quedaba, de sus provisiones, un poco de agua. Karaki la distribuía humedeciendo un trozo de corteza de coco y dándoselo a Pellett para que lo chupara. Y a pesar de las airadas protestas de Pellett, se negaba a probar una gota. Nuevamente el salvaje cuidó del indefenso Pellett, esta vez a lo largo de las últimas etapas de la sed, raspando las duelas del barril y ofreciéndole en la punta de un cuchillo el último residuo de humedad.

Y en el día trigésimo sexto de su partida de Fufuti, avistaron Choiseul, como una gran muralla verde que crecía lentamente en el oeste.

Ya al abrigo de sus promontorios, Karaki bien pudo gozar de su triunfo. Había elegido como destino el grupo de las Salomón, de unas seiscientas millas de largo. Pero haber acertado con cualquiera de ellas, en un barquichuelo semejante, sin instrumentos ni mapas, a través de corrientes marinas y tormentas, era toda una hazaña de navegación. Karaki, sin embargo, no festejó su proeza. Por el contrario, miraba larga y ansiosamente por encima del hombro en dirección al oeste.

El viento había soplado en rachas desde la mañana. Ahora parecía muerto sobre un mar sin embargo movedizo y aceitoso. Un barómetro habría formulado oscuras profecías. Karaki debió de adivinarlas, porque avanzó tambaleando hacia la proa y desmontó el pequeño mástil. Después amarró con firmeza todo su cargamento bajo los bancos, volcó en el canalete las fuerzas que le quedaban y puso el rumbo había una isleta avanzada, donde una mancha blancuzca era indicio de una playa. Habían tenido mucha suerte hasta entonces, pero aún estaban a dos millas de la costa cuando los sobrecogió la primera racha del huracán.

El propio Karaki estaba reducido a una matraca de huesos dentro de un pellejo

seco, y Pellett apenas podía levantar una mano. Pero Karaki luchó por Pellett entre las olas que saltaban como murallas de fuego contra los arrecifes. Por qué o cómo llegaron a destino, es cosa que ninguno de ellos habría podido decir. Quizá estaba escrito que después del alcohol, la enfermedad, la locura y el hambre, el hombre blanco debía ser salvado, una vez más, de las aguas enloquecidas, por el hombre negro. Cuando encallaron en la costa de la isleta, ambos estaban casi desollados, pero vivos, y Karaki todavía sujetaba la camisa de Pellett…

Durante una semana permanecieron en la isla, Pellett engordando gracias a ilimitados atracones de cocos, y Karaki calafateando la proa. Ésta había llegado maltrecha y anegada, pero los tesoros de Karaki estaban a salvo. Un pescador nativo que pasaba por allí le dio la posición de la isla, y entonces Karaki supo que todos sus tesoros estaban a buen recaudo. Su isla natal yacía del otro lado del estrecho de Bougainville, frente al cual se encontraban.

—¿Balbi está allí? —preguntó Pellett.

—Sí.

—Menos mal —exclamó Pellett calurosamente—. Éste es el límite de la jurisdicción británica, muchacho. El gran amo inglés tiene que pararse aquí, no puede cruzar al otro lado.

Karaki lo sabía perfectamente. Si había algo que temía en el mundo, era el Tribunal de Fiji y el Comisionado Residente de las islas Salomón del Sur, que ejercitaba una inflexible justicia en cuantos violaban su territorio. Una vez cruzado el estrecho, podrían acusarlo de haber robado mercaderías y no haber cumplido su contrato. Pero nunca —y esto era lo importante—, nunca podrían castigarlo por algo que hiciera en Bougainville.

Y ése era el motivo de la satisfacción de Karaki. Christopher Alexander Pellett también estaba contento. Su cuerpo había sido purgado, raído y estrujado; había vencido a sus demonios. El aire perfumado, la limpia luz del sol, se posaban en sus labios y bajaban a su corazón. Sentía una nueva vitalidad en los huesos. A medida que recobraba las fuerzas solía nadar por la laguna interior de la isla o ayudaba a Karaki a remendar su proa. A veces se pasaba horas enteras tendido sobre la arena tibia o deleitándose en los delicados arabescos de una diminuta concha marina, canturreando en voz baja, mientras la marejada murmuraba a lo largo de la playa, saboreando la vida como nunca lo había hecho.

—¡Oh, esto es bueno… es bueno! —exclamaba.

Karaki lo intrigaba, mas sin llegar a irritarlo, porque un asombro sonriente y pueril, un asombro por todas las cosas, le llenaba el alma. Pero meditaba en aquel salvaje taciturno que había coronado con el más raro de los sacrificios una devoción sin esperanza de gratitud. Y ahora que podía pensar sobriamente, el porqué de esa conducta se le escapaba. ¿Por qué? ¿Afecto? ¿Amistad? Debía ser eso. Y entonces Pellett experimentaba una cálida simpatía por aquel hombrecito silencioso, de ojos hundidos y cara inexpresiva, en la que era imposible suscitar jamás el gesto más

insignificante.

—Eh, Karaki, ¿por qué no te ríes como yo? ¿Qué? ¿Tienes miedo por esas chucherías que robaste? Olvídate de eso, negro bribón. Si alguien te molesta, yo me entenderé con él. ¡Diablos, diré que las robé yo mismo!

Karaki se limitó a gruñir, y se sentó a limpiar su Winchester con un trozo de género y algunas gotas de aceite que había extraído prensando un coco seco.

—No, eso tampoco lo preocupa —murmuró Pellett, desconcertado—. Me gustaría saber qué piensas debajo de ese mono de colores que llevas en la cabeza, viejo. Eres como el gato de Kipling, que camina solo. Dios sabe que no soy ingrato. Ojalá pudiera demostrarte…

Se incorporó de un salto.

—¡Karaki! Yo soy tu amigo, ¿entiendes? Tú eres mi amigo. ¡Los dos somos amigos, palabra!… Eh, ¿qué dices?

—Sí —dijo Karaki brevemente. Miró a Pellett, después miró en dirección a Bougainville—. Sí —dijo—, palabra.

Y el negro isleño, inescrutable, incomprensible, siempre un enigma, seguía limpiando su fusil.

El epílogo se produjo dos días después, en Bougainville.

En un deslumbrante amanecer entraron en una bahía que parecía abrir a la barca enjoyados brazos de bienvenida. La tierra se extendía ante ellos con sus lujuriosos atavíos, entre dormida y despierta, sonrosada y sonriente, sensual, íntima, palpitante de vida, envuelta en tibios perfumes…

Éstas fueron algunas de las necias frases que Pellett balbuceó para sus adentros al saltar a tierra y correr hacia una elevación rocosa, para ver y sentir y guardar para sí todo el encanto de aquel sitio.

Entretanto Karaki, aquel hombrecito simple y eficiente, se ocupaba metódicamente en sus asuntos. Desembarcó sus rollos de tela, su tabaco, sus cuchillos y el resto de su botín. Desembarcó su caja de cartuchos, su fusil y su hacha. Las demás mercaderías habían sido un poco averiadas por el agua de mar, pero las armas estaban cuidadosamente limpias y pulidas…

Pellett declamaba versos en alta voz a la fascinante soledad, cuando percibió una suave pisada y se volvió, sorprendido, para encontrarse con Karaki parado tras él, con el fusil apoyado en la cadera y el hacha en una mano.

—Bueno —dijo Pellett alegremente—. ¿Qué quieres, viejo?

—Quiero… —respondió Karaki, brillando en sus ojos la extraña luz que había percibido Moy Jack, semejante al fulgor de un tiburón que se da vuelta para atrapar la presa—, quiero esa cabeza.

—¿Qué? ¡Una cabeza! ¿De quién?… ¿Mi cabeza?

—Sí —repuso Karaki simplemente.

Y esa fue la explicación. Ése era todo el misterio. El salvaje estaba prendado de la

cabeza del inglés, y Christopher Alexander Pellett había sido traicionado por sus fatídicas patillas rojas. En el país de Karaki la cabeza de un hombre blanco, bien ahumada, vale más que la riqueza y la tierra, más que la fama de los jefes y el amor de las mujeres. En todo el país de Karaki no había una cabeza comparable a la de Pellett. Y Karaki había servido para conquistarla con la paciencia y la sencilla fe de un Jacob. Para esto había urdido sus planes, para esto había esperado y robado y asesinado; para esto había consumido el sudor de su cuerpo y la astucia de su mente, padecido hambre y mortificaciones, curado, atendido, alimentado y salvado a su hombre: para traer su cabeza viva y en pie —por así decirlo— al lugar donde podría cercenarla tranquilamente y gozar sin riesgo de los frutos de sus trabajos.

Pellett vio todo esto en un relámpago, lo comprendió en la medida en que un blanco podía comprenderlo, advirtió la elemental y estupenda simplicidad de toda la aventura. Y erguido en su roca, con sus nuevas fuerzas y su renovada lucidez, bajo la rubia promesa de la mañana, lanzó una carcajada que repercutió sobre las aguas y ahuyentó a las aves marinas de las peñas, la profunda carcajada de un hombre que comprende y acepta la última broma colosal de su destino.

Porque ahora el inventario corregido de los bienes de Christopher Alexander Pellett era éste: su nombre todavia intacto; las ruinas de unos pantalones de lienzo; sus preciosas patillas rojas… y un alma prolijamente rescatada, renovada, pulida, reanimada y devuelta a su dueño por su buen amigo Karaki.

Thou shouldst die as he dies,
For whom none sheddeth tears;
Filling thine eyes
And fulfilling thine ears
With the brilliance… the bloom
And the beauty…[7]

Así cantaba Christopher Alexander Pellett sobre las aguas de la bahía. Y de pronto giró sobre sí mismo, abrió bien anchos los brazos y gritó:

—¡Tira, maldito! ¡A ese precio es barata!

Notas

[1] «*C’est au diable Vauvert*» y «*C’est au diable aux vers*» son las dos expresiones del texto original, que se pronuncian en forma más o menos parecida. <<

[2] A UNA JOVEN. ¡Tú, que no has sido, eres! — Pálidas melodías irresueltas — y encajes de viejos sonidos — tocados con una flauta podrida — se mezclan con el ruido de los címbalos enrojecidos por la herrumbre — y extrañas y ambiguas formas — yacen sangrando en el polvo — heridas con heridas. — Por eso es — que en tu imitación — de antiguas burlas, — ¡tú no has sido ni eres!». <<

[3] NOCTURNO. «En torno a la plaza desierta — anduve y anduve del brazo del Diablo. — Otro ruido no había que el son de sus cascos — y el metal de su risa y la mía. — Habíamos bebido vino tinto. — “¡Te corro, Maestro!”, grité — “¿Qué importa esta noche”, chilló — “quién corra más rápido?”. — “¡Nada podemos temer esta noche” — “a la sucia luz de la luna!”. — Entonces lo miré a los ojos, — y me reí a gritos de su mentira — y del miedo oculto que lo roía. — Era cierto lo que tantas veces me dijeran: — Estaba viejo, viejo». <<

[4] El «idioma fonético» de Soames no tiene equivalente en castellano. En inglés el párrafo transcripto reza así: «Fr egzarmpl, a riter ov th time, naimd Max Beerbohm, hoo woz stil alive in th twentieth cenchri, rote a stauri in with e pautraid an immajnari karrakter kauld “Enoch Soames” — a thurd-rait poit hoo beleevz imself a grate jeneus an maix a bargin with th Devvl in auder ter no wot posterriti thinxs ov mi. It iz a sumwot labud sattire but not without vallu as showing hou seriusli the yung men ov th aiteen-ninetiz took themselvz. Nou that th littreri profeshn haz bin auganized az a departmnt of publik servis, our riters hav found their levvl an hav lernt ter doo their duti without thort ov th morro. “Th laibrer iz werthi ov hiz hire”, an that iz aul. Thank hevvn we hav no Enoch Soameses amung us todai!». <<

[5] Conjunto de los magistrados del ministerio público. (N. del T.). <<

[6] «Mi corazón es dentro de mí — como una ceniza en el fuego; — quien me haya visto — sin laúd, sin lira — cantará de mí cosas crueles — cosas que estaría mal desear…». <<

[7] «Deberías morir como aquel — por quien nadie derrama una lágrima — llenando tus ojos — y llenando tus oídos — con el brillo… el esplendor — y la belleza…». <<